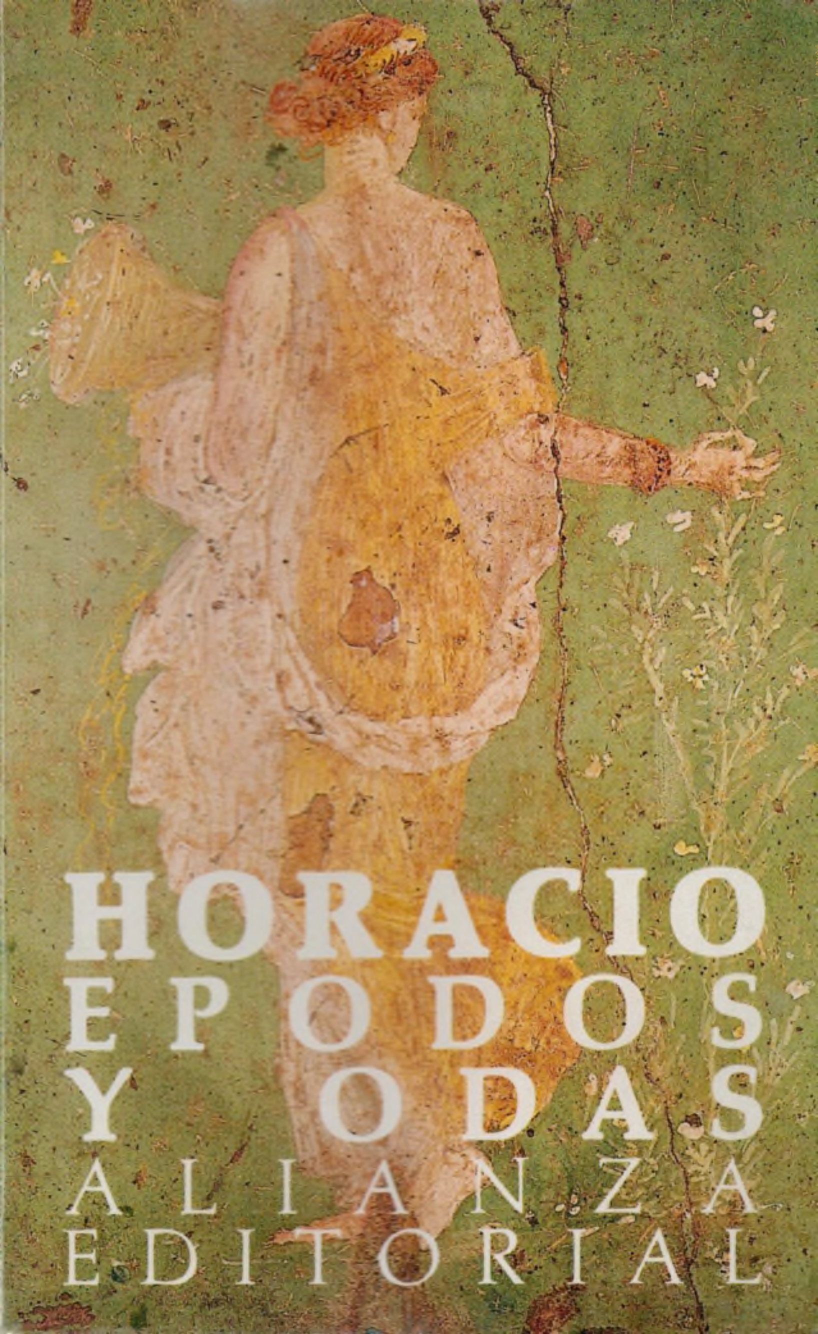

HORACIO
EPODOS
Y ODAS
ALIANZA
EDITORIAL

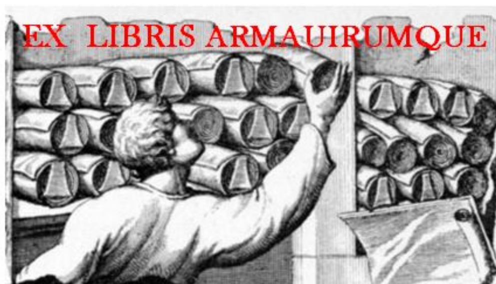
La poderosa personalidad de Quinto HORACIO Flaco (65-8 a. C.) domina —junto con Virgilio y Ovidio— la edad de oro de la poesía latina. Este volumen —preparado, prologado, traducido y anotado por VICENTE CRISTOBAL LOPEZ— incluye dos obras básicas de su labor creadora: el libro de los EPODOS y los cuatro libros de ODAS. El tono mordaz y punzante de los «Epodos» —compuestos en dísticos, mayoritariamente de naturaleza yámbica— responde a las características tradicionales del género, especializado en el arte del dicterio, la maldición y la injuria. En cambio, el rasgo dominante de las «Odas» —cuya métrica nace de la adaptación al ritmo latino de los versos eolios— es el uso de la alabanza y el panegírico, que elige objetos tan diversos como la figura de Augusto, la religiosidad de antaño, las relaciones amorosas, los sentimientos de amistad, la vida bucólica y el ejercicio de virtudes asociadas con las doctrinas epicúreas. La perfección formal de la obra horaciana la convirtió en modelo indiscutible para los poetas líricos desde el Renacimiento hasta el Romanticismo; la presente versión, consciente de los riesgos implicados en la recreación del verso horaciano, ha optado por una fiel traducción en prosa de sus significados.

Cubierta: Daniel Gil. Fotografía: M. Pucciarelli - Flash Press

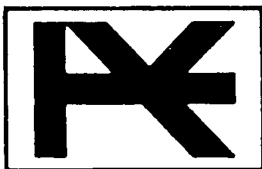
El libro de bolsillo Alianza Editorial

# Horacio:
# Epodos y odas

Traducción, introducción y notas de
Vicente Cristóbal López




El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid



Traductor: Vicente Cristóbal López


Calle Milán, 38; ☎ 200 00 45
ISBN: 84-206-0121-7
Depósito legal: M. 24.807-1985
Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.
Impreso en Hijos de E. Minuesa, S. L.
Ronda de Toledo, 24. 28005 Madrid
Printed in Spain

*A mi maestro, Antonio Ruiz de Elvira.*
*Y a mis alumnos de segundo curso, los que fueron, los que son y los que tal vez sean.*

# Introducción

Presentamos aquí traducidas las dos obras líricas del poeta de Venusia, Quinto Horacio Flaco, que durante siglos ha sido para Occidente maestro y puntal de aquel tipo de poesía cantada, en sus orígenes, al son de la lira.

De los antiguos géneros poéticos, creados por los griegos y recreados por los latinos, éste es el único que ha sobrevivido hasta nuestros días; pues bajo el desnudo nombre de poesía hoy parece arroparse sin más el concepto de lo lírico, aun contando con la reabsorción a su órbita de competencias de otros de los géneros del clasicismo tales como la elegía o el epigrama. De los demás, no quedan apenas vestigios, sea por haber desaparecido del todo, una vez muerta la circunstancia en que amanecieron e innecesaria ya la función que cumplían, sea por haberse transformado en cualquiera de sus elementos hasta el punto de hacerse irreconocibles. ¿Qué queda hoy, por ejemplo, de la vieja epopeya al estilo de Homero y Virgilio?, ¿quién tendrá suficientes motivos y aliento para cantar a la guerra o quién será el atrevido que dedique 10.000 versos como mínimo (pues 15.693 tiene la *Ilíada* y 9.896 la *Eneida)* a narrar las hazañas de algún héroe?

(¿hay héroes todavía?, preguntará incluso alguien). Podremos decir, en todo caso, que la épica hoy se ha refugiado en los anchos cauces de la novela o incluso que ha sido absorbida por el cine, perdiendo ya todo vínculo con la poesía. Más aún, ¿quién no se escandalizará en nuestros días al oír hablar de poesía didáctica, etiqueta que ya en mente de algunos vendría a ser casi como una antítesis? Para didáctica ya están las enciclopedias, los manuales y los recetarios. Por otra parte, tienen una singular camaradería con las musas antiguas aquéllos que todavía juntan poesía y teatro. Y así podríamos alargar la lista de géneros perdidos, metamorfoseados o sustituidos, con una cantilena que sonaría al tópico del *Ubi sunt?* Hoy, en suma, prácticamente excluidos del ámbito de las bellas letras géneros como el ensayo y la historiografía, parece que todo lo literario tienda a encasillarse en alguno de los tres apartados: poesía, novela o teatro, que son, a su vez, transmutación de la tripartición poética: lírica, épica y dramática, respectivamente, a que quedó reducida en el Renacimiento la abigarrada constelación de géneros poéticos antiguos.

Pues bien, de lo que contemporáneamente se entiende como genuina poesía, han sido las *Odas* de Horacio, más que sus *Epodos,* módulo y paradigma hasta los tiempos recientes del Romanticismo, en que el lirismo se perfiló y encerró, casi exclusivamente, en el cercado angosto de la manifestación subjetiva, límite al que no se circunscribe, ni mucho menos, la lírica horaciana. Es ésta, sin duda, la principal discoincidencia entre su poética y la actual noción de lo lírico, o lo que es lo mismo, de lo poético.

Pero dejemos de adelantar descripciones de la obra y vayamos primero a fijarnos, como es de rigor, en la persona y circunstancia de su autor.

## *Biografía de Horacio*

Nació el 8 de diciembre del año 65 a. C. en la ciudad sureña de Venusia (hoy Venosa), en la tobillera —por así

decirlo— de la bota que dibuja en el mapa la península Itálica. Le cupo vivir en una época verdaderamente crítica y crucial en la historia de Roma y de la Humanidad, momento en que las continuadas guerras civiles entre romanos dieron al traste con la República como forma de gobierno; y tiempos de tránsito de un mundo a otro, de una era a otra, «plenitud de los tiempos» —para decirlo con frase paulina *(Ad. Gal.,* 4, 4)—, pues Horacio murió ocho años antes tan sólo de que en Palestina empezara a gestarse la revolución cristiana.

Si echamos una mirada panorámica a su vida, ésta se nos antoja mediatizada y determinada por su contacto con una serie de personas, jalones a lo largo de su existencia: su padre, en primer lugar; el maestro Orbilio; Bruto, asesino de César; Virgilio, el más ilustre poeta de su generación; su imponderable amigo Mecenas; y por último, Augusto, el príncipe. Ellos mayormente —según lo que nosotros sabemos—, aparte de su deuda con filósofos y poetas, lo encaminaron a ser lo que fue.

Su padre era un liberto, cosa de la que nunca se dolió el poeta, y ejercía el curioso oficio de cobrador de subastas *(coactor exactionum),* medianero monetario entre compradores y vendedores. No consta que tuviera más hermanos ni se nos dice tampoco nada de su madre; dedúcese de silencio tal que muriera cuando él era aún muy pequeño, y corrobora esta hipótesis el hecho de que nos hable de su nodriza Pulia en una de sus *Odas* (III, 4, 10). De modo que es de suponer que, desde muy pronto, padre e hijo quedaran frente a frente como únicos miembros de la familia, siendo consecuencia de ese cariño exclusivo —según testimonio entrañable del propio Horacio— la excepcional atención paterna de que gozó. En efecto, cuidando de darle una más esmerada educación, desestimó para ello la escuela local, de la que era maestro un tal Fulvio, y lo llevó a Roma para que se instruyera en las mismas escuelas que los hijos de caballeros y senadores, instalándose él mismo en la capital. «Todo el que veía mis vestidos y el séquito de mis esclavos, dignos de la gente de alcurnia entre la que me movía —dice el poeta

en elogio de su progenitor—, creía que era la herencia de mis abuelos la que me proporcionaba aquellos lujos. Mi padre mismo me acompañaba siempre en mis lecciones cual guardián insobornable. ¿Qué añadir a esto? Mi castidad, gala primera de la virtud, la preservó no sólo de toda acción vergonzosa, sino también de cualquier infamante agravio. No hubo de temer que nadie le reprochara algún día si yo, agente de ventas o cobrador, como él mismo lo fue, obtenía un menguado salario; y no me habría quejado de ello; pero ahora, por eso mismo, se merece por mi parte el aplauso y un mayor agradecimiento. Nunca me avergonzaré de un padre tal, mientras me mantenga en mi sano juicio, ni me defenderé, como hace tanta gente, diciendo que si no tiene padres nobles y esclarecidos no ha sido por culpa suya. Mis palabras y mis convicciones difieren mucho de las de esos individuos» (*Sat.*, I, 6, 78-93).

En esta etapa de su vida aparece el nombre del maestro Orbilio, inseparablemente unido al adjetivo con que Horacio lo tizna (*Epist.*, II, 1, 70): «aficionado a los palmetazos» (*plagosus*). Con él, que —como se ve— no le dejó ningún grato recuerdo, leía la traducción de la *Odisea* de Livio Andronico.

Después de su aprendizaje en Roma bajo la férula de Orbilio y otros maestros, a instancias del padre marchó a Atenas, como era usual entre los hijos de familias distinguidas, para culminar su educación escuchando a los filósofos y ampliando sus conocimientos de literatura griega. Era el año 45, y Horacio contaba ya casi veinte de edad. De entonces datarían sus versos en griego, de los que tenemos noticia pero que no se nos han conservado. Su padre debió de morir también por esas fechas. Su adolescencia había transcurrido con el telón de fondo de la guerra civil cesáreo-pompeyana; en el 48 había tenido lugar la decisiva victoria de César en Farsalia, que lo encumbraría como dictador; cuando Horacio llegó a Atenas en el 45, César llevaba a cabo su campaña en Hispania; y el 15 de marzo del 44 (idus de marzo) César fue asesinado.

Tras la muerte de César, los tiranicidas marcharon fuera de la urbe. Bruto se estableció en Atenas, donde se rodeó de un círculo de jóvenes, adictos a la República, entre los que se contaba Marco, hijo de Cicerón, Mesala y el propio Horacio. En tanto que seguía con ellos las lecciones de los filósofos, se aprestaba también para la guerra y a tal fin se aseguraba las tropas de Macedonia. A Horacio precisamente lo honró con el cargo de tribuno militar. Y como tal tomó parte —una muestra más de la tan frecuente vinculación histórica entre armas y letras, cual en Garcilaso o Cervantes más tarde se daría— en la batalla de Filipos (año 42), que trajo la derrota a las tropas republicanas de los asesinos de César. Años después recordaría el poeta tan duros momentos, cuando deshonrosamente abandonó el escudo [1], en una oda dirigida a su camarada Pompeyo Varo (II, 7, 1-10).

Acogiéndose a la amnistía que otorgaron los triúnviros a los soldados del bando vencido, volvió a Roma. Allí se vio desposeído de la casa y hacienda de su padre en Venusia, a causa de los repartos de tierra que se hicieron entre los veteranos de la facción vencedora. Pudo aún, acosado por la indigencia, comprarse el cargo de escriba del cuestor y combinar con este trabajo sus primeros pasos en la literatura. Comenzó entonces a escribir sus *Epodos* y *Sátiras*. Corría el año 41.

Fue sin duda en la escuela epicúrea de Nápoles, que entonces debió de frecuentar, donde conoció al que sería para las generaciones futuras cumbre por excelencia de la literatura romana, Virgilio, al que Horacio califica de «mitad de mi alma» en una de sus odas (I, 3, 8). De la admiración sentida por la persona del mantuano, que era cinco años mayor que él y se había dado ya a conocer como poeta, nos habla directamente en algunas de sus *Sátiras* e indirectamente a través de la deuda temática que se detecta en ciertos *Epodos* (II y XVI especialmen-

[1] Cf. *Odas,* n. 236. Discusión sobre el tema en Fränkel, *Horace,* Oxford, 1980 (= 1957), pp. 11-12. Y ya antes en A. Magariños, «Horacio, oda II, 7, 11-12», *Emerita,* 22, 1954, pp. 215-219.

te) con respecto a las *Bucólicas*. La anécdota de *Sat.*, I, 5, donde cuenta el viaje que más tarde, en el año 37, hizo a Tarento junto con Plocio, Vario y Virgilio en seguimiento de Mecenas, que acudía allí para establecer negociaciones con Marco Antonio, nos pone bien ante los ojos cuál era la relación amistosa que mediaba entre aquellos colegas de literatura. Dos años antes habían sido precisamente Virgilio y Vario quienes lo habían presentado a Mecenas en una entrevista que en principio no pareció tener mucho éxito, pero que a la postre daría cauce a su vida. Y, sin embargo, a pesar de tan estrecha relación con el vate de Mantua, Horacio siguió en pensamiento y en obra literaria su propio camino, bien distinto del de aquél.

La entrevista con Mecenas, poetizada en *Sat.*, I, 6, 54-63, transcurrió así: Virgilio y Vario hablaron de Horacio al colaborador de Augusto; lo trajeron a su presencia; díjole el poeta tartamudeando cuál era su situación; Mecenas, que era hombre de pocas palabras, se da por enterado sin más y lo despide. Imaginamos su frustración y decepción ante el aparente fracaso. Pero, como si su definitiva intromisión en el mundo de la cultura augústea se hubiera gestado milagrosamente en el vientre de una madre, «al cabo de nueve meses —dice el poeta, dirigiéndose a Mecenas— me vuelves a llamar y me pides que me incluya en el número de tus amigos. Eso lo tengo yo a mucha honra: haberte agradado a ti». Desde ahora y hasta el final de su vida, la amistad con Mecenas será factor decisivo y sello de toda su obra literaria: el nombre del consejero del príncipe se lee por doquier en sus poemas, muchos de los cuales le van dedicados. A la buena sombra de tan buen árbol tuvo Horacio su cobijo. Mecenas, por su parte, no le iba a la zaga en demostraciones de afecto; la *Vita Horatii* suetoniana nos transmite tres versos de un epigrama suyo que dicen así: «Si no te aprecio ya más que a mis entrañas, Horacio, veas tú a tu amigo en el extremo de la delgadez», palabras que adquieren su sentido pleno a sabiendas de la extraordinaria obesidad de Mecenas; también el biografista, a colación de tal propósito, recuerda la recomendación que Mecenas

hace a Augusto en su testamento: «acuérdate de mi amigo, Horacio Flaco». En suma, desde esta fecha tenemos a Horacio formando parte del famoso círculo literario, ágora de las figuras más señeras de aquel momento, el más brillante, a su vez, en la historia de las letras latinas. Mecenas le regaló además una finca en Sabina que hizo las delicias del poeta, tan amante del campo. Allí se retiraba huyendo de las molestias urbanas, de allí brotaba su poesía, que lleva tan a menudo la impronta de un ocio tranquilo en comunión con escenarios agrestes. Sin embargo, bien dicho está que «no todo el campo es orégano» y también el campo tuvo sus riesgos para Horacio: unos años más tarde, en las calendas de marzo del año 30, la caída accidental de un árbol estuvo a punto de costarle la vida; el suceso lo recuerda en varias de sus odas y celebraba anualmente —dice— el día en que se vio salvado de tan mortal peligro.

Entretanto, la vida pública había seguido su curso. Negociaciones de Tarento y prolongación del triunvirato hasta el 33. Victoria de Agripa sobre Sexto Pompeyo en Nauloco (año 36). Crecía el prestigio de Octavio, mermaba el de Marco Antonio. Rumores de pretensiones orientalistas por parte de este último. Hasta que, por fin, caducado el pacto triunviral, se llega al enfrentamiento. La victoria de Accio (2 de septiembre del año 31) proporciona a Octavio un triunfo resonante. Suicidados Antonio y Cleopatra, el sobrino de César se constituye en señor del Imperio.

De todos estos acontecimientos hallamos eco en las *Odas,* que Horacio comenzó a escribir por aquellos años. A partir de ahora, en su obra se reflejan también las consignas de renovación moral que pretendía el *princeps,* quien, por mediación de Mecenas (como Mecenas por mediación de Virgilio), llegó a conocerle bien y a intimar con él, hasta el punto de que, según la *Vita* —que cita al propósito una carta de Octavio a Mecenas—, le ofreció el cargo de secretario suyo. Pero Horacio rehusó alegando, al parecer, razones de salud y Octavio no se molestó por ello. La *Vita* es bastante prolija acerca de las relacio-

nes entre el príncipe y el hijo del liberto, y cuenta que, entre otras bromas, el señor de Roma llamaba a nuestro poeta *purissimum penem* y *homuncionem lepidissimum.* Tuvo Octavio en mucha consideración su obra, y buena prueba de ello es que a ningún otro sino a él le encargó la composición del *Canto Secular,* pidiéndole también que celebrara las victorias de sus hijastros Druso y Tiberio. Se hace eco además Suetonio de una anécdota singular ocurrida entre ambos, de la que halló asimismo testimonio epistolar: después de leer las *Sátiras,* el príncipe se queja a Horacio de que no se haya dirigido a él en ninguna pieza de dicha obra: «¿acaso temes —le reprocha— que te traiga mala fama en la posteridad el aparecer como confidente mío?». Y Horacio le dedica, a raíz de ello, la primera del segundo libro de sus *Epístolas,* cuyos primeros versos dicen así: «Puesto que tú solo te ocupas de tantos y tan importantes negocios (defiendes a Italia con las armas, la engalanas con las buenas costumbres, la reformas con las leyes), pecaría yo contra el bien público si entretuviera tu tiempo, César, con una larga conversación.» No sabemos si es sincera o irónica tanta modestia, aunque suena más bien a lo último.

A partir de ahora su vida, dividida entre el ocio y la poesía, se vuelve pobre en acontecimientos dignos de relieve.

Otros sucesos, otras personas, que no encontraron lugar en la historia escrita, debieron marcar su vida. No sabemos, por ejemplo, el auténtico nombre de las mujeres que amó y conoció, puesto que parece que muchas de las Cínaras, Lidias, Galateas, Glíceras, Pirras, Neeras, Tíndaris, Cloes, Inaquias, Lálages, Cloris y Frines lo tuvieran fingido en su poesía, pero mujeres reales, aunque no fueran tantas, latentes bajo tales pseudónimos, animarían la vida ociosa de este perpetuo solterón. Igual duda subsiste respecto a un tal mancebo Ligurino.

En el año 23 aparecieron publicados los tres primeros libros de las *Odas.* En el 17, en el transcurso de los Juegos Seculares, organizados por Augusto con toda pompa y esplendor, se cantó el *Canto Secular.* Desde la pu-

blicación de sus tres libros de *Odas,* trabajó también en el primer libro de las *Epístolas,* que estaría concluido hacia el año 20. A éstas añadió las tres epístolas literarias que forman el libro segundo y que fueron escritas del 19 al 14. Del 17 al 13 compuso por fin su libro cuarto de *Odas.*

Mientras tanto, a lo largo del Imperio se extendía un período de paz, que había sido acogido con mayor alborozado entusiasmo por cuanto que venía a culminar todo un siglo de discordias entre conciudadanos.

Y por fin, el 27 de noviembre del año 8 a. C. murió Quinto Horacio a los cincuenta y siete años de edad. Había nombrado públicamente a Augusto como heredero, aunque la rapidez de su enfermedad no le permitió sellar las tablillas. El mismo año, sólo unos meses antes, había muerto su amigo Mecenas. Tan corto espacio de tiempo mediando entre la muerte de ambos, ya la había previsto curiosamente el poeta en la oda XVII de su segundo libro: «iré, iré tan pronto como tú te me adelantes, dispuesto a emprender contigo el último viaje». Los poetas vaticinan cosas de éstas, ya se sabe (también Machado dijo aquello de: «y cuando llegue el día del último viaje, / y esté al partir la nave que nunca ha de tornar, / me encontraréis a bordo, ligero de equipaje, / casi desnudo como los hijos de la mar», y acertó). Fue enterrado en el Esquilino, junto a la tumba de Mecenas.

Era pequeño y obeso, en abierta contradicción, ¡oh ironía!, con su *cognomen: Flaccus;* como tal lo define el propio Augusto en otra epístola, citada por el biógrafo, con palabras que descubren la faceta humorística del príncipe: «te falta estatura, pero cuerpecillo no te falta». Se tiende a ver el retrato suyo en un relieve proveniente de Roma y conservado en el Museo of Fine Arts de Boston, que lo presentaría sentado bebiendo a la sombra de una parra, al filo de sus cuarenta y cinco o cincuenta años, con cabeza redonda, cabello corto y rizado, y frente despejada. En cuanto a su carácter, nada mejor que una lectura de sus obras para hacerse una idea: tranquilo aunque irritable por momentos, humilde, leal, afectuoso pero indepen-

diente, perspicaz, meticuloso, amante del campo y, a su tiempo, de los placeres. Dice la *Vita* que, según rumores (muy propio de Suetonio), en lo amoroso era intemperante, y añade una cierta anécdota de espejos en la habitación. Los que no creen en la total sinceridad de su conversión a la causa de Augusto lo llaman oportunista y servil, pero no hay razones para tal desconfianza. En la esfera de lo religioso, él mismo manifiesta haber sido «parco y poco asiduo adorador de los dioses» en sus días jóvenes, pero más devoto de ellos en su madurez. Un hombre, en fin, en la encrucijada de dos mundos, como todos los de su época; y en la entrevía, como tantos otros, del placer y la virtud, o mejor dicho: en los dos caminos simultáneamente.

## *Obra literaria. Los* Epodos

En cuanto a su obra poética, según lo expuesto anteriormente, distinguimos dos períodos, en cada uno de los cuales combina su dedicación a lo discursivo y a lo lírico alternativamente. Así, en un primer período, que abarca desde el año 41 hasta el 30, compone, por una parte, las *Sátiras,* poesía crítica y conversacional (precisamente llamadas también *Sermones,* es decir, «charlas»), con abundantes elementos filosóficos y biográficos, siguiendo las pautas marcadas para el género por el poeta romano Lucilio, un siglo anterior a Horacio, y escritas en hexámetros; y, como contrapunto lírico, aunque también con ciertos rasgos comunes, como es el tono mordaz y punzante, escribe el libro de los *Epodos,* del que a continuación hablaremos con más extensión. En su segundo período, que va desde el año 30 hasta el año 13, en que parece abandonar todo cultivo de las letras, escribe los cuatro libros de *Odas,* poesía lírica, como antes hemos precisado, y los dos libros de *Epístolas,* también en hexámetros, como las *Sátiras,* cuyos ingredientes temáticos predominantes son los consejos morales a sus amigos, la meditación filosófica, alguna que otra anécdota personal y, muy

especialmente, la crítica literaria, llevada a su culmen y perfección sistemática en la tercera epístola del libro segundo, dirigida a la familia de los Pisones y más conocida por *Arte Poética,* que ha tenido, junto a la *Poética* de Aristóteles, una larga influencia en la literatura occidental como manual de preceptiva literaria.

Seguidamente atenderemos a las dos obras líricas objeto de nuestra traducción, *Epodos* y *Odas.*

El género de los *Epodos* constituye, dentro de la lírica, un tipo especial: es en su origen lírica de maldición e injuria, poetización del insulto.

El creador de tal estofa literaria es el poeta griego Arquíloco de Paros (siglo VII a. C.), quien, partiendo de prototipos populares —recuérdese que también la injuria era componente de ciertos tipos de poesía popular latina como los *fescennini* versus o las canciones que cantaban los soldados a su general—, usó los dardos de su invectiva poética contra Licambes por haberle negado la mano de su hija Neobule, de la que el poeta estaba enamorado. El mismo Horacio se confiesa su seguidor *(Epod.,* VI, 11-13, y *Epist.,* I, 19, 23-25). En el mismo *Epodo,* VI, invoca como antecesor e Hiponacte de Éfeso, otro yambógrafo griego del siglo VI a. C. En la comedia antigua de Éupolis y Aristófanes se hallaba asimismo difundido un tono invectivo semejante al que domina en esta obra. Y dentro ya de la literatura latina, precedente suyo para los *Epodos* —como mucho más lo estaba siendo para las *Sátiras*—, fue Lucilio, padre de la sátira romana y maestro en el arte del dicterio. Evidente parece incluso que para el II y el XVI utilizara Horacio una obra de muy distinto espíritu al de la suya, las *Bucólicas* de Virgilio, que a fines del año 39 ya habían visto la luz, testimoniándose así una temprana devoción por tan señero poeta.

Siendo muy frecuente en toda la colección el tono injurioso del que hablamos (así, por ejemplo, el III, breve suma de improperios contra el ajo; el IV, contra un liberto enriquecido; el VIII, contra una vieja lasciva; el X, contra el poetastro Mevio), hay algunos poemas que, aunque con cierto aire de acritud, escapan, desde luego, al vitu-

perio. Dos de ellos son los que decimos endeudados con Virgilio (y ésa podría ser precisamente una razón del desvío): el II y el XVI, curiosamente los más citados, conocidos e imitados. En el II, el famosísimo *Beatus ille,* toda la bendición lanzada en pro de la vida del campo queda incluida, mediante un simple toque de ironía en sus cuatro versos finales, en el marco de una ridiculización, sin que, sin embargo, tal manejo desvirtúe las alabanzas campestres propiamente dichas [2]. El XVI, uno de los más bellos especímenes del lirismo horaciano, contiene, como el VII, protestas contra la guerra fratricida y está marcado por un lóbrego tinte de pesimismo; las maldiciones lanzadas contra la ciudad eternamente belicosa se alían con la esperanzada pintura de unas tierras felices allende el océano, hacia las cuales propone escapar el poeta. Dos más, el V y el XVII, referentes al tema hechiceril en general y a la bruja Canidia en particular, acaso testimonian una confluencia o contagio de dos términos etimológicamente no dispares: ἐπῳδή (= conjuro mágico) y ἐπῳδός (= verso o grupo de versos añadido a una serie anterior; y también nombre genérico del tipo de poemas que nos ocupa).

En cuanto a la característica formal más destacable del género, ésta es su composición en dísticos, mayoritariamente de naturaleza yámbica (trímetro el primer verso y dímetro el segundo: así en los diez primeros poemas), por lo que la colección es conocida también con el nombre de «Yambos», con el que el propio Horacio se refiere a ella. No obstante, como variantes al esquema regular, hallamos combinaciones de ritmo yámbico con ritmo dactílico.

Con su definitiva incorporación al círculo de Mecenas, con el obsequio que Mecenas le hizo de la quinta en Sabina, fuente de sosiegos para él, y el propio transcurso del tiempo que va robando fuerzas a la juventud, su ánimo se fue calmando y predisponiendo para el cultivo de

---

[2] Cf. J. de Echave-Sustaeta, «Horacio desde dentro: el secreto del *Beatus Ille*», *Anuario de Filología,* Barcelona, 1975, pp. 59.65.

una lírica menos apasionada. Lo «dionisíaco» se esfuma en favor de lo «apolíneo». Cuando se publicó la obra, contaba Horacio treinta y cinco años. Más tarde recordaría cómo también a él, en la dulce juventud, la efervescencia del corazón lo arrastró enloquecido a escribir poesía en el rápido ritmo de los yambos (*Carm.*, I, 16, 22-25). Al sabio poeta de las *Odas*, los *Epodos* se le antojaban ya faltos de comedimiento y repletos de desmesura. El rencor tempestuoso dejaría paso a la serena contemplación del hombre y de las cosas.

## *Las* Odas. *Su temática*

Los cuatro libros de las *Odas*, cuyo título latino, *Carmina*, debería propiamente traducirse como «Poemas» o «Canciones», constituyen la obra maestra de Horacio. Cuando trabajaba en la elaboración del libro cuarto, una vez acogidos favorablemente los tres primeros y cantado públicamente el *Canto Secular*, podía el poeta jactarse de su éxito y dar gracias a la Musa: «La prole de Roma, princesa de las ciudades, se digna colocarme a mí en los amables coros de los poetas y ya el diente de la envidia me muerde menos. ¡Oh Piéride, que ajustas el dulce son de la lira de oro, oh tú, que darías incluso a los mudos peces el canto del cisne, si te pluguiera, esto es por completo fruto de tu dadivosidad: el que yo sea señalado por el dedo de los transeúntes como tañedor de la lira romana. Mi inspiración y mi éxito, si es que lo tengo, obra tuya es» (IV, 3, 13-24). La razón de tal éxito hay que buscarla sobre todo en el pulcro acabamiento de su forma, a la par que en la sabia conjunción de las propias convicciones con un especial estado de ánimo, generalizado en su tiempo, que daba la bienvenida al nuevo orden de cosas traído por la paz de Augusto.

Habíase propuesto Horacio en esta obra trasladar a la lengua latina la canción de los poetas lesbios, Alceo y Safo, tras los aislados y poco ambiciosos ensayos de Catulo en tal empresa. El proyecto comportaba un salto de

lo que en sus modelos había sido genuina poesía para ser cantada al ritmo de la lira a lo que, desde época helenística, venía siendo simplemente literatura, es decir, poesía escrita para ser leída y no para ser cantada ni acompañada de instrumento ninguno, a pesar de que Horacio conserva y se deleita en la ficción de conversar con su lira. El legado de Alceo [3] y Safo es patente sobre todo en la métrica, pero también en el contenido, aunque el estado fragmentario en que nos ha llegado la poesía de éstos dificulta la estimación del grado de dependencia. Es dado observar además, sobre todo en el último libro, la influencia de Píndaro [4] (a pesar de la declaración en IV, 2 de su inimitabilidad), que atañe no sólo a temas concretos, sino también a la estructura total de ciertos poemas. Mérito de G. Pasquali es haber resaltado en las *Odas* la presencia de temas tópicos de la lírica alejandrina y especialmente de Calímaco [5]. De entre los latinos, algún recuerdo detectamos de Catulo: así en el comienzo de II, 6 reconocemos el eco del comienzo del poema 11 del *Liber,* también en estrofas sáficas. Curiosa es, por otra parte, la coincidencia temática entre ciertos pasajes de las *Odas* y algunos de la *Eneida,* que parece apuntar a una dependencia, aunque sea problemático establecer (en lo que concierne a los tres primeros libros de *Odas)* en qué sentido: si de Horacio con respecto a Virgilio o viceversa, y si se diera el primer caso, no habría podido Horacio conocer el pasaje sino de oídas en alguna lectura, pues sabido es que la *Eneida* no se publicó hasta después de morir Virgilio en el año 19 [6].

Como nota distintiva frente a los *Epodos,* aparte de las

---

[3] Un minucioso estudio de la deuda de Horacio con Alceo, y de los procedimientos de imitación que emplea, se encontrará en el excelente libro de A. Thill, *Alter ab illo. Recherches sur l'imitation dans la poésie personnelle à l'époque augustéenne*, París, 1979, pp. 115-160. Asimismo, en el ya clásico de G. Pasquali, *Orazio lirico,* Firenze, 1966, pp. 1-141.

[4] Cf. A. Thill, *op. cit.,* pp. 160-220.

[5] *Op. cit.,* pp. 141-642. Cf. asimismo, sobre la presencia de Calímaco en las *Odas,* A. Thill, *op. cit.,* pp. 224-269.

[6] Para la relación I, 7, 30 y ss. con *Eneida,* I, 197 y ss., cf. el comentario de Nisbet-Hubbard al libro I (Oxford, 1970), p. 107.

obvias divergencias métricas, cabe señalar un predominio de la bendición panegírica que reviste formas diversas: elogios amicales, especialmente de Mecenas y Augusto, aretalogías de los dioses en las composiciones hímnicas y todo tipo de ponderación de bellezas.

Pasamos a continuación a analizar los varios conjuntos temáticos que pueden aislarse en la obra.

1. En primer lugar ocupa una parte considerable el elogio de Augusto, su reconocimiento como salvador de Roma y la prédica de su renovador programa político [7]. Más en concreto, las seis primeras odas del libro III, conocidas como «romanas», están dedicadas a exponer las reformas morales proyectadas por Augusto. La vuelta a la sobriedad, y austeridad de los viejos tiempos republicanos late como consigna en muchos puntos de la obra y especialmente en esas seis composiciones. Como contrapartida, se critica el lujo contemporáneo, la molicie y el libertinaje.

Brota asimismo un arrepentimiento y condena de las recién clausuradas guerras civiles; y como si ello fuera un remedio o expiación, se persigue encaminar los odios y el espíritu bélico contra los pueblos orientales, especialmente contra los partos, habida cuenta de que no se había lavado la herida aún que para los romanos constituyó la afrentosa derrota de Craso en Carras (año 53).

Mas la expiación segura de los fraternos crímenes la encuentra Horacio, y Augusto (que en su testamento se jactaba de haber restaurado ochenta y dos santuarios), en la vuelta a la religiosidad nacional de antaño.

Aparte de este hacerse eco de su programa, las odas abundan en panegíricos dedicados a la propia persona del príncipe, a su victoria, a su obra de paz, a su familia y a su ascendencia divina.

---

7 Cf. especialmente A. La Penna, *Orazio e l'ideologia del principato,* Torino, 1963; también E. Castorina, *La poesia di Orazio,* Roma, 1965, pp. 239-294; y, entre nosotros, V. Bejarano, «Poesía y política en Horacio», *Estudios Clásicos,* 77, 1976, pp. 241-284.

En el *Canto Secular,* por último, se refleja de manera conjunta y plena todo lo antedicho.

2. En segundo lugar se nos muestra, con no menor relevancia, el tema de la amistad. Muchos de los poemas nacen como admonición, apóstrofe o confidencia a alguno de sus amigos (especialmente Mecenas, pero también Virgilio, Asinio Polión, Agripa, Tibulo, Septimio, Pompeyo Varo). A lo largo de la obra se respira el ambiente de entrañable camaradería en el que se movió aquella pléyade de hombres cultos, unánimes en su formación e ideales, aunados en torno a la figura singular de Mecenas.

3. Un tercer bloque temático que impregna, colorea, se entrelaza e ilumina todos los demás contenidos poéticos de las *Odas* es la inspiración filosófico-moral, mayormente epicúrea [8], pero con elementos traídos también del estoicismo. (Aunque, según viene siendo reconocido, los sistemas filosóficos postaristotélicos coinciden en muchos postulados y es difícil o imposible distinguir lo que es de uno u otro.)

Precisamente la abundancia de expresiones amicales y el énfasis que pone en ellas es algo que —sin negar, naturalmente, su carácter espontáneo y gratuito— concuerda con los criterios y prácticas de los seguidores de Epicuro, quien había usado de una expresión poética para referirse a la amistad: «La amistad danza alrededor de la tierra y a todos pregona que despertemos para gozar de la felicidad.» También epicúreo es ese deseo de distanciarse de la vida pública como si de prisión se tratara, para mantenerse tranquilo en existencia retirada —*procul negotiis,* como ya había dicho en el epodo II—, gozando de los bienes del campo; esa afición al campo, bien testimoniada por Horacio en todas sus obras, era precisamente otra de las notas que distinguían al sabio epicúreo.

A pesar, sin embargo, del tono epicúreo dominante,

[8] Sobre el epicureísmo horaciano, v. E. Castorina, *op. cit.,* páginas 81-107.

hay puntos de discrepancia con respecto a él, notoriamente la creencia confesada en la providencia de los dioses (I, 3, 21-22; I, 9, 9-10; I, 12, 13-16; III, 29, 29-30), y el testimonio de una tajante conversión religiosa que implica, al menos parcialmente, una conversión filosófica: «Parco y poco asiduo adorador de los dioses, mientras deambulaba imbuido en una doctrina loca, me veo obligado ahora a volver hacia atrás las velas» (I, 34, 1-5).

Por lo demás, Horacio tan pronto nos muestra el sendero de la virtud como nos incita al placer, y al disfrute de lo efímero. Y en esa virtud están comprendidos objetivos morales como la templanza, mesura o medianía —la famosa *mediocritas aurea*—, la justicia y fortaleza de espíritu y, dentro de esta última, la imperturbabilidad o ataraxia, que era un concepto clave para Epicuro como vía hacia el supremo bien del placer, pero que en un cierto momento penetró también en la estoa como equivalente de la apatía o impasibilidad [9]. Bajo el concepto de apatía se pueden situar las varias condenas horacianas a la pasión de tener, al lujo, a la molicie, a los viajes por mar —como signo de inconformismo con lo propio e inmediato—, su exaltación de la vida austera y poco exigente (principio que los cínicos habían llevado a regla de conducta), y sus recriminaciones contra la ira (objeto más tarde de meditación filosófica para Séneca en el *De ira),* aquella ira que en su juventud lo arrastró a cultivar un género literario demasiado violento.

Ahora bien, hay algo en Horacio que disuena poderosamente y quiebra sus pretensiones de imperturbabilidad y desapasionamiento, algo que le impide alcanzar la deseada sabiduría: la angustia desazonada que le produce la idea de la muerte, concebida no como estado inconsciente de los bienes perdidos, lo cual a los epicúreos se les antojaba ya razón suficiente para no temerla, sino como lóbrego tormento inevitable, fin de los placeres y fin del todo. La reiterada mención y meditación sobre la muerte

9 Cf. Pohlenz, *La stoa. Storia di un movimento spirituale,* Firenze, 1967 (= Götingen, 1955), II, p. 112, n.

como destino universal del hombre hace de Horacio un poeta preexistencialista, cuyo pensamiento se adelanta a la concepción heideggeriana [10]. Así se entiende, a la vista aterradora de los límites del hombre, su también reincidente prédica del goce como contrapartida o desquite [11]. Que tan enraizada y espontánea postura vital horaciana concuerde con la concepción epicúrea del placer como sumo bien es algo totalmente secundario (del mismo modo que el sentimiento profundo de la amistad que muestra el poeta se pliega bien al tipo de conducta preconizado por Epicuro), porque, además, ese placer cantado por Horacio, fruto del vino y del amor, tiene más visos de una filosofía popular e intemporal que de la filosofía epicúrea, por más que el concepto de la una subyazga al de la otra: sabido es que el placer epicúreo es algo más que el mero placer físico [12]. El tópico del *carpe diem,* en consecuencia, no podría decirse que sea en Horacio una plasmación del ideal epicúreo, sino, en todo caso, una superposición de la noción epicúrea sobre un principio del saber vulgar (recuérdense, en la misma línea, refranes y dichos nuestros tales como: «Más vale pájaro en mano que ciento volando», «El muerto al hoyo y el vivo al bollo», «Hermano, bebe, que la vida es breve», etc.).

Hallamos, pues, un inextricable entramado de ideas provenientes de las doctrinas helenísticas o, más bien, un madurado eclecticismo moral de sus conceptos —fronterizos, por otra parte, y equiparables incluso—, pasados

[10] Es con la luz de esta moderna filosofía con la que los profesores Otón («Horacio y su poesía de la muerte», *Estudios Clásicos,* 77, 1976, pp. 49-71) y Mariner (*Raíces clásicas del existencialismo literario,* Madrid, 1977, y «La actitud vital de Horacio a la luz del existencialismo», *Estudios de Filología Latina en honor de la profesora Carmen Villanueva Rico,* Granada, 1983, pp. 97-115) han enfocado la postura horaciana ante la muerte.

[11] Cf. Mariner, *art. cit.,* p. 111.

[12] Y por más que en la oda I, 11, que contiene la fórmula titular del tópico, pueda haber también una cierta conformación con una expresión de Epicuro en *Ep. ad Men.,* 126: χρόνον οὐ τὸν μήκιστον, ἀλλὰ τὸ ἥδιστον καρπίζεται.

por el sabio tamiz de la experiencia vital y el sentido común de alguien que, más que filósofo, era poeta.

4. Adentrándonos ya en los temas más puramente literarios y tradicionales de la poesía, cúmplenos señalar cómo lo amoroso cobra un papel relevante en las *Odas*. Presente en la lírica antigua, el tema erótico fue desglosado y desarrollado en sus motivos concretos por el epigrama alejandrino; y Horacio no podía menos que hacerse receptor y testigo de tal tradición, aunando con ella, sin duda, las propias vivencias personales y ficcionalizándolas en alguna medida. Es difícil distinguir en este abigarrado cúmulo de nombres y situaciones la aventura real de la ficticia, si consideramos que bajo nombres fingidos pueden esconderse amantes reales y que la circunstancia biográfica es susceptible de compadecerse con el tópico. Pero un mismo nombre propio parece emplearse indistintamente para referirse a varias personas, y ello nos orienta hacia la ficción más que a la autobiografía: por ejemplo, el nombre de Glícera, que designa en la obra varias veces a uno de los amores del poeta, sirve también para llamar a la amada desdeñosa de Tibulo (aunque cabe pensar, como remota posibilidad, en la realidad de que ambos compartieran o se sucedieran en dicho amor).

Frente a los elegíacos, es de destacar, y así ha sido señalado a menudo, el mayor desapasionamiento y objetividad con que Horacio —tanto del suyo como del de los demás— habla del amor; ello es, sin embargo, una caracterísde tono que afecta a todos los temas de su producción lírica.

En sus piezas se destaca lo engañoso y efímero del amor, sus efectos pasivizantes, los celos, la acérrima fidelidad, la traición; se caricaturiza la inoportuna lascivia de viejas cortesanas o matronas; a Venus se la llama cruel o, recurriendo a una antítesis preñada de sugerencias, se la designa como «madre cruel de los dulces Amores», dando a entender así los efectos polares del enamoramiento, expresados frecuentemente en la historia de la literatura, desde la famosa declaración catuliana del *odi*

*et amo,* hasta las invocaciones de nuestros poetas a su dueña como a una dulce o amada enemiga (por ejemplo, aquel soneto de Gutierre de Cetina que comienza: «Dulce enemiga mía, hermosa fiera»). No faltan tópicos altamente fecundos entre los alejandrinos, como el del «paraclausithyron», lamentos del amante a las puertas de la amada (III, 10), o el de la musa pederástica (III, 20; IV, 1, 33).

5. El tema del vino anda asimismo disperso por todo el cancionero horaciano como un legado de la poesía de Alceo y Anacreonte que el poeta ha sabido asimilar y modular con voz propia. El vino es uno de esos placeres que conviene cosechar antes que llegue la muerte: la exhortación a la bebida constituye una concreción del tema del *carpe diem*. Es medicina de zozobras y compañero de fiestas y celebraciones. Ciertos elementos fijos, signos de la ocasión simposíaca, aparecen asociados a él en múltiples pasajes de las *Odas:* el perfume y la guirnalda de flores. Se multiplican los nombres de variedades de caldos: el Falerno, el Cécubo, el Másico, el Albano, el Lesbio, etc., así como los epítetos del dios Baco, cuyo nombre frecuentemente sirve como metonimia para designar al licor de las uvas: Líber, Evio, Basareo, Lieo, Tioneo, Leneo.

6. Otro es el tema del campo y del paisaje natural, que con sus diversos elementos: prados, riachuelos o fuentes, bosque o sombra arbórea, abejas, etc., conformando el tópico del *locus amoenus,* era ya un hábito arraigado y promovido especialmente por el bucolismo helenístico, y no sólo se concretizó en el género teocriteo, sino que también se constituyó en tema asiduo del epigrama. Hemos dicho ya antes, además, cómo el sabio epicúreo debía ser amante del campo y de la vida en contacto con la naturaleza. Así pues, menciones y recreaciones del paisaje son abundantes en las *Odas* y no insólitas en un poeta que más de una vez testimonió encontrar en el campo su deleite. Pero su visión de la naturaleza lo es desde un prisma particular: suele contemplársela en el momento

pasajero de la estación, cuando cambia de rostro, con la intuición de su constante mutabilidad: «Los fríos se templan al soplo de los Zéfiros, a la primavera la arrolla el verano, que habrá de sucumbir, a su vez, tan pronto como el pomífero otoño haya derramado sus frutos, y viene corriendo más tarde de nuevo el invierno inactivo» (IV, 7, 9-12). A lo largo de la obra lírica horaciana podemos entresacar un discontinuo poema de las cuatro estaciones, que tendría su versión primera en los versos 9-36 del epodo segundo. Cuadros primaverales tenemos en I, 4; IV, 7, y IV, 12; imágenes del verano en III, 13, 9-12, y III, 29, 17-24; del otoño en III, 18; y por fin del invierno en I, 9. Esa periódica renovación le sirve al poeta para crear un contraste con la irrevocable finitud del ser humano, bien claramente expresado en I, 4 (es la misma idea de aquel viejo villancico: «La Nochebuena se viene, la Nochebuena se va, / y nosotros nos iremos y no volveremos más»). Más que concretada en un paisaje estático, la estación, pues se revela al poeta en su devenir, como momento transitorio en la voluble cadena del tiempo; y las bellezas naturales no tanto se le antojan complemento, adorno o escenario de su poesía, como materia y resorte adecuado para la meditación.

7. En cuanto a la mitología, cabe distinguir al menos dos modalidades de empleo: como argumento del poema y como mero ejemplo. Lo primero sucede particularmente en los himnos donde se enumeran o desarrollan ciertos hechos del dios invocado: la actividad educadora de Mercurio, su filiación de Júpiter, su carácter de mensajero divino e inventor de la lira, su legendario hurto de las vacas a Apolo, etc. (I, 10); Baco acompañado de ninfas y sátiros, matrimonio con Ariadna y regalo que le hizo de la famosa corona, ruina de Penteo y Licurgo, etc. (II, 19); venganza de Apolo sobre los hijos de Níobe y sobre Aquiles, concretando la actuación en Troya de este último (IV, 6); atribuciones propias de Apolo y Diana, así como el viaje de Eneas realizado con su consenso y beneplácito *(Canto Secular)*. La oda I, 15 es toda ella, con la

breve presentación de los cinco versos iniciales, que son palabras del poeta, una profecía cantada por el dios Nereo a Paris y Helena sobre las funestas consecuencias de su adulterio: la recurrencia al discurso en boca de algún personaje mítico —siguiendo el ejemplo de Píndaro [13]— llega en esta pieza a su máximo rendimiento, pero lo encontramos también como excurso dentro de la narración en I, 7, 25 y ss. (discurso de Teucro), en III, 3, 18 y ss. (de Juno), en III, 11, 37 y ss. (de Hipodamía), en III, 27, 24 y ss. (monólogo de Europa).

En los dos últimos pasajes citados el nexo entre el mito y la materia propiamente debatida en la oda es la ejemplaridad; pero el uso del mito como ejemplo se realiza más frecuentemente en simples alusiones de ciertos nombres significativos: el poeta atestigua con ejemplos del mito (Tántalo, Titono, Minos) el principio de la universalidad de la muerte (I, 28, 7 y ss.), o apoya su afirmación de que no es avergonzante amar a una esclava con los casos de Aquiles y Briseida, Áyax y Tecmesa, Agamenón y Casandra (II, 4, 3 y ss.), siendo más frecuentes las series de tres ejemplos con ampliación del último.

Predominan los temas de la saga troyana y en ello la obra homérica, que desde la escuela romana conocía bien el poeta, le ofrecía una inagotable cantera; colaboraba además así a la promovida por Augusto vinculación de Roma con sus orígenes míticos, que hallaría en la *Eneida* su más cumplida plasmación.

Indistinta función que la del mito desempeña en las *Odas* la historia romana antigua: como paradigma de romanismo y lealtad a la patria es traída la figura de Régulo en III, 5, al que presta su voz el poeta a lo largo de seis estrofas después de haberlo presentado; así también, para mostrar la valentía y eficacia militar de la familia de los Nerones se recuerdan sus gestas en las guerras púnicas y se pone en labios de Aníbal un largo discurso encomiástico de la nación romana (IV, 4).

---

13 Cf. A. Thill, *op. cit.,* p. 201.

8. Por último, una no despreciable parte en el conjunto de las *Odas* está destinada a la reflexión sobre el hecho literario mismo, que reviste formas diversas. Es muy frecuente —y en ello Horacio seguía una moda muy de su tiempo, signo de filiación con respecto a ideales estéticos alejandrinos— que el poeta defienda su inspiración y su Musa lírica frente a la épica y, en general, frente a los géneros poéticos de más altos vuelos: es el tópico de la llamada *recusatio,* que parece derivar del prólogo de los *Aitia* de Calímaco (fr. 1 Pfeiffer). De tal tópico encontramos muestras en I, 6, 5 y ss.; I, 19, 10-12; II, 12, y IV, 15. Subyace en ello la afición por la obra de reducidas dimensiones, por el poema corto y de tema no heroico y, consiguientemente, su fobia contra la épica y los temas grandilocuentes, gustos proverbializados en el conocido lema «un gran libro es un gran mal».

En la misma línea están las reconvenciones que el poeta hace a la Musa por haberse excedido, en ocasiones en que se deslizan asuntos *paulo maiora* en los estrechos límites del poema lírico: así en II, 1 y en III, 2.

En varios lugares del libro IV pone de relieve el peculiar poder inherente a la poesía, de salvar del olvido e inmortalizar a todo aquello y aquéllos que son materia del verso, motivo éste de herencia pindárica: en IV, 8, 25-29 y IV, 9, 25-28, por ejemplo.

Pero también la poesía es capaz de inmortalizar a su agente, el poeta. Horacio se refiere doblemente, en acertado vislumbre, a su futura inmortalidad por la fama de sus versos: en II, 20 y III, 30, tratándose en ambos casos de poemas clausulares de sendos libros.

Estos son, pues, los bloques temáticos que componen la poesía de las *Odas*.

## *Arte y estilo*

Y pasamos ahora al análisis formal, donde estriba el secreto, la peculiaridad y la razón del éxito de la producción literaria horaciana.

En primer lugar, la métrica. Frente a la versificación yámbica de los *Epodos,* las *Odas* resultan de la adaptación al ritmo latino de los versos eolios, que comportaban como nota característica el número fijo de sílabas; los versos, a su vez, se agrupan en estrofas, de las que las más usuales son: la sáfica, alcaica y las asclepiadeas A y B, todas ellas de composición tetrástica; y en realidad todas las odas horacianas, incluso las compuestas en estrofas dísticas o en versos en serie de un único tipo —menos la IV, 8—, tienen un número de versos divisible por cuatro o, lo que es lo mismo, pueden agruparse en estrofas tetrásticas (ley de Meineke). La unidad superior es la estrofa, no el verso; son absolutamente regulares, por tanto, los encabalgamientos interversales; menos frecuentes, en cambio, los interestróficos, por tendencia a hacer coincidir unidad métrica con unidad sintáctica. Los esquemas métricos de cada uno de los versos y estrofas pueden hallarse en cualquier edición comentada.

Abordamos en segundo lugar cuestiones de arquitectura y composición. En la ordenación de las piezas dentro de un libro [14] no se descubre ninguna norma rígida para todo el *corpus,* si exceptuamos el hecho de que todos los libros concluyen con poemas epifonemáticos relativos al hecho literario mismo (incluso I, 38, si es que su mensaje de austeridad implica también, como parece probable, una proclama de la propia estética poética). A veces se observa una cierta contigüidad por criterios temáticos (ya sea por coincidencia o contraste entre los poemas), por ejemplo, I, 34 y I, 35 acaban y comienzan respectivamente por el tema de la Fortuna (la segunda es un himno a dicha diosa); a su vez, entre I, 35 y I, 36 descubrimos un singular contraste: César y la nueva generación marchan a la guerra de Oriente (así a finales de I, 35), mientras que Númida regresa de la guerra de España, llamada Hesperia, es decir, «tierra occidental» (así a comienzos de I, 36); a su vez, entre I, 36 y I, 37, de nuevo se

[14] Cf. para este asunto la visión de N. E. Collinge, *The structure of Horace's Odes,* London, 1961, pp. 36-55.

hace obvio un paralelismo temático, un engarce de fin de la una a comienzo de la otra mediante los temas del banquete, del vino y del ejemplo de los salios; también el tema final de I, 37, el «triunfo ostentoso» y el orgullo de Cleopatra, aparece recogido en el «odio la suntuosidad de los persas» con que comienza I, 38, pieza final del libro. Otras veces se sigue un criterio de variación métrica en el encadenamiento de las odas: así sucede en las 11 primeras del libro II, alternando las escritas en estrofa alcaica con las escritas en sáfica. Precisamente para la ordenación de las doce primeras odas del libro II, W. Ludwig [15] descubre, conjugado con el métrico, un criterio de agrupación temática, en bloques de dos, en torno al núcleo constituido por VI y VII: así, I y XII van dirigidas a sendos patrones y hombres de letras, Polión y Mecenas; II-III y X-XI son de temática filosófica; IV-V y VIII-IX son amorosas; y el núcleo VI-VII va dirigido a sus amigos y versa sobre aventuras del pasado. Según estos diferentes criterios, se ha buscado un orden armónico para la concatenación interna de los otros libros, y se han propuesto arquitecturas similares, objeto de discusión en el libro de Collinge.

En cuanto a la composición de cada uno de los poemas, Horacio —tanto en *Epodos* como en *Odas*— pone en práctica el *lucidus ordo,* del que teoriza en *Ars Poetica,* 40 y ss., como condición necesaria de la obra poética. La disposición de las diferentes unidades temáticas se realiza según dos posibles sistemas: 1) sistema jónico: mediante libres asociaciones de ideas, en las que el pensamiento se va abriendo progresivamente, terminando frecuentemente en fuga (I, 8); 2) sistema dórico: mediante una arquitectura simétrica y equilibrada en sus partes y responsiones temáticas y verbales entre ellas (IV, 4). Como posibilidades, dentro de estos dos sistemas, caben las estructuras bipartitas (I, 9) y tripartitas *(Epod.,* X); caben las «composiciones anulares», es decir, las responsiones y correspondencias temáticas entre principio y fin

[15] «Zu Horaz, C. II, 1-12», *Hermes,* 85, 1957, pp. 336-345.

del poema con una ampliación central (I, 28); caben las estructuras mesódicas, en las que las diferentes partes se disponen simétricamente, creando círculos, en torno a un centro (I, 1); es posible que una oda se componga de un solo pensamiento o vivencia —eso ocurre especialmente con las más breves (I, 30)—; y posible también que en una misma oda haya superposición de dos estructuras distintas, cualesquiera de las anteriormente reseñadas (II, 3)[16].

Descendamos a las unidades menores. Hay enunciado en la *Epístola a los Pisones* (vv. 46-48 y 242-243) un principio de creación poética, el de la *callida iunctura* («ingeniosa juntura»), que, puesto en práctica anteriormente en las *Odas* y *Epodos,* había resultado de extraordinaria eficacia y rendimiento [17]: una palabra ve potenciada su fuerza expresiva por su colocación junto a determinada otra; ambas pueden iluminarse recíprocamente, ya sea por contraste, ya por convergencia. Ello se hace patente en una serie de figuras estilísticas, patrimonio de toda poesía, pero objeto aquí de una muy especial voluntad artística, tales como el oxímoron, la aliteración, e incluso la rima. La búsqueda de ciertas junturas, creadoras de tales efectos, produce, a su vez, desuniones de adjetivos con respecto a los substantivos a que determinan y estructuras entrelazadas y quiásticas en cuanto al orden de palabras. Tenemos, por ejemplo, combinación de oxímoron y aliteración en I, 7, 15: *albus ut obscuro;* en I, 11, 6-7: *spatio brevi spem longam;* en I, 34, 2: *insanientis dum sapientiae;* oxímoron y homeoteleuton en I, 16: *neu vivax apium neu breve lilium;* oxímoron simple

[16] Sobre todo lo cual, además del libro de Collinge ya citado, cf. F. Cupaiuolo, *Lettura di Orazio lirico. Structtura dell'ode oraziana,* Napoli, 1967, pp. 39 y ss. Cf. asimismo mi trabajo «Estructura de Hor., *Carm.,* II, 3», *Actas del I Congreso Andaluz de Estudios Clásicos,* Jaén, 1982, pp. 164-167.

[17] Principio y práctica horaciana que F. Cupaiuolo pone de especial relieve, *op. cit.,* pp. 12 y ss., y antes, *A proposito della «callida iunctura» oraziana,* Napoli, 1942; también explica y ejemplifica el concepto L. P. Wilkinson, *Horace and his lyric poetry,* Cambridge, 1951 (= 1945), pp. 125-126.

en I, 34, 9: *bruta tellus et vaga flumina;* II, 8, 14: *simplices Nymphae, ferus et Cupido;* I, 6, 9: *tenues grandia;* aliteraciones onomatopéyicas, como la estupenda de I, 1, 23-24, en que se reproduce el sonido de la trompeta guerrera de la que se está hablando —repetición cuádruple de la sílaba tu—: *multus castra iuvant et lituo tubae / permixtus sonitus...*, o la de *Epod.*, XVI, 1: *altera iam teritur,* en que repitiéndose triplemente la secuencia *tr* se reproduce el sonido de la trituración, que es la imagen usada para hablar de las generaciones muertas en las guerras civiles; un oxímoron cuya consecución ha motivado asimismo un quiasmo con enmarcamiento del verbo en I, 3, 10: *fragilem truci commisit pelago ratem;* un quiasmo múltiple con enmarcamiento de la preposición, lo que, de rechazo, ocasiona una anástrofe, aderezado además todo ello con la rima *memento...mentem* en II, 3, 1-2: *aequam memento rebus in arduis / servare mentem* [18].

En fin, tales son unas cuantas muestras de aquella laboriosidad artística horaciana, de aquel cuidado no sólo por la palabra, sino por su colocación en el lugar preciso, quehacer de selección y meticulosidad que él mismo comparaba al de la abeja, en un alarde de modestia: «al modo y manera de la abeja del Matino, libando industriosamente dulces tomillos cabe la espesura del bosque y riberas del húmedo Tíbur, compongo laboriosos versos en mi pequeñez» (IV, 2, 29-32). Éste es el arte de Horacio y ésta su gloria.

## *Breve nota bibliográfica*

Los trabajos de conjunto más importantes, los de Wilkinson, Fränkel, Pasquali y Cupaiuolo, y otros relativos a

[18] Como ejemplos de análisis del estilo horaciano y sus recursos llevados a cabo por nuestros filólogos, v. A. Fontán, «Análisis estructural de la poesía: un comentario a Horacio, od. III, 30», *Estudios Clásicos,* 10, 1966, pp. 123-133, y J. de Echave-Sustaeta, «El estilo de la oda I, 1 de Horacio», *Anuario de Filología,* 3, 1977, pp. 81-89.

cuestiones concretas, especialmente españoles, aparecen citados en las notas.

Ediciones comentadas de gran utilidad son las de Kiessling-Heinze, Berlín, 1968 (= Leipzig, 1908); y Nisbet-Hubbard, Oxford, 1970 *(Odas,* libro I) y 1978 *(Odas,* libro II).

Gran copia de artículos relativos a la exégesis del texto horaciano de las *Odas* debemos, en la revista *Emerita,* a la pluma de uno de nuestros filólogos más horacianos, A. Magariños; algunos de ellos los citamos en las notas de la introducción o del texto; otros: *Em.,* 10, 1942, pp. 13-27 (sobre I, 12); *Em.,* 15, 1947, pp. 155-160 (sobre I, 4); *Em.,* 20, 1952, p. 93 (sobre I, 16); etc.

El asunto de la presencia de Horacio en nuestras letras, con el que no hemos querido alargar esta introducción, queda expuesto con suficiente amplitud en el *Horacio en España* de Menéndez Pelayo, Madrid, 1885 (recogido en su *Bibliografía hispano-latina clásica,* Santander, 1951, VI); añádanse las agudas intuiciones de María Rosa Lida en su reseña crítica *(Revista de Filología Hispánica,* II, 1940, pp. 370-378) al libro conjunto *Orazio nella letteratura mondiale,* recogida en *La tradición clásica en España,* Barcelona, 1975, pp. 253-276; el libro de G. Agrait, *El «beatus ille» en la poesía lírica del Siglo de Oro,* Méjico, 1971; el de B. González de Escandón, *Los temas del «carpe diem» y la brevedad de la rosa en la poesía española,* Barcelona, 1938; la comunicación de J. de Echave Sustaeta «Presencia de Horacio en nuestras letras», *Actas del II Congreso Español de Estudios Clásicos,* Madrid-Barcelona, 1961, pp. 475-489; y el artículo de M. C. García Fuentes «Pervivencia horaciana en Jorge Manrique», *Cuadernos de Filología Clásica,* IX, 1975, pp. 201-211.

### *La presente traducción*

Desde el Renacimiento hasta el siglo pasado han proliferado en nuestro país las traducciones de Horacio; no

tanto, sin embargo, en nuestro siglo. En cualquier caso, siempre se ha creído que su exquisita poesía debía ser vertida al castellano sólo en el molde del verso. Mas la que en principio parecía tan sana intención ha conllevado necesariamente un poetizar sobre la poesía y, a causa de ello, no pocas infidelidades y menoscabos al texto original. Por más que el resultado fuera, a veces, especialmente en los casos de Fray Luis y Javier de Burgos, hermosos endecasílabos y reproducción, en los mejores casos, de ciertas cualidades rítmicas horacianas. Nosotros, en cambio, hemos pretendido, ante todo, decir lo que Horacio dice y por ello, rehuyendo los peligros de infidelidad que comportaría un verso recreador del horaciano —*non omnia possumus omnes*— y descartando, desde luego, esa falacia de verso que consiste en colocar una frase debajo de otra sin que ello conforme ningún tipo de ritmo (como si expresarse en verso fuera sinónimo de hablar entrecortadamente, multiplicando las pausas), hemos hecho en prosa nuestra versión. Procurando, eso sí, que fuera lo más digna posible de la voz del antiguo poeta. Además, puesto que sobran traducciones no completamente fieles al contenido en su afán de recreación formal, persiga la nuestra lo contrario, aunque sólo sea por compensación.

Novedad en ella es haber colocado, siguiendo el orden cronológico de composición, primero los *Epodos* y luego las *Odas*. Deben leerse antes aquéllos que éstas, si se quiere seguir el hilo evolutivo del pensamiento y el arte del poeta. La práctica común de editores y traductores optaba, sin embargo, por colocar los *Epodos* tras de las *Odas*, como si fueran apéndice suyo.

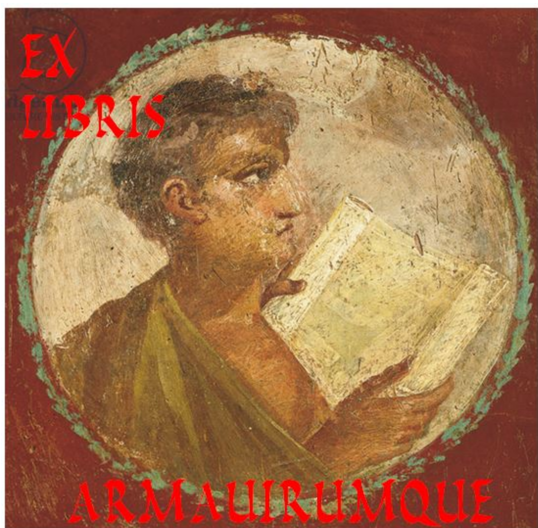
He seguido la edición oxoniense de Wickham-Garrod, salvo en el pasaje III, 4, 10, en que he preferido la lectura de los manuscritos *limina Pulliae*, frente a la conjetura *limen Apuliae*: el texto puede entenderse así perfectamente. Y proporciona, por cierto, una noticia preciosa para la biografía de Horacio (cf. *Odas*, nota 331).

Doy las gracias a quienes de una forma u otra me han

ayudado en esta pequeña empresa, especialmente a la doctora M. Felisa del Barrio, colega y amiga, cuyas sabias puntualizaciones, producto de una revisión esmerada, han mejorado sensiblemente la traducción.

Valdilecha-Madrid, noviembre de 1984.

Epodos



1.

Irás en bajeles liburnos[1] entre los elevados baluartes de las naves, amigo, dispuesto a afrontar con tu propio riesgo, oh Mecenas[2], todos los peligros de César.

¿Qué haremos nosotros, para quienes la vida es grata si tú estás a salvo, y penosa en caso contrario? ¿Buscaremos quizá, como has aconsejado, un sosiego, amargo si no es a tu lado, o soportaremos esta prueba con el espíritu con que deben soportarla los varones recios? La soportaremos, y te seguiremos con ánimo valiente ya sea a través de las cumbres de los Alpes y el Cáucaso inhospitalario, ya sea hasta el golfo más extremo de Occidente.

¿Preguntas cómo puedo ayudar a tu tarea con mi es-

---

[1] Navíos ligeros llamados así por su parecido con los que usaban los piratas de Liburnia, región de Iliria.

[2] Mecenas, a quien va dedicado el libro, se dispone a partir en compañía de Augusto a la campaña contra Marco Antonio y Cleopatra, que finalizaría con la victoria de Accio. El poema puede fecharse, por tanto, en la primavera del año 31.

fuerzo, calmoso y enfermizo como soy? Acompañándote, habré de tener menos miedo; mayor es el miedo que se apodera de los que están lejos: igual que el pájaro, posado cerca de sus polluelos implumes, teme más la llegada de la serpiente si los abandona que si se queda a su lado, no pudiendo, sin embargo, prestarles más ayuda, aunque estuviera con ellos.

De buen grado serviré en esta guerra y en cualquier otra, esperando alcanzar tu favor, no para que aumente el número de mis bueyes que, uncidos, tiran de los arados, ni para que mi ganado se traslade antes de la estación calurosa de los pastos de Calabria a los de Lucania, ni para que mi quinta, resplandeciente de blancura, alcance las murallas circeas [3] de Túsculo, alzada sobre un monte. Harto y sobradamente me ha enriquecido tu benevolencia; no pienso acumular riquezas para esconderlas bajo tierra como el avariento Cremes [4], o para dilapidarlas cual heredero de túnica desceñida.

## 2.

«Dichoso aquél que, lejos de ocupaciones, como la primitiva raza de los mortales [5], labra los campos heredados de su padre con sus propios bueyes, libre de toda usura [6], y no se despierta, como el soldado, al oír la sangui-

---

[3] Las murallas de Túsculo pasaban por haber sido fundadas por Telégono, hijo de Circe y Ulises.

[4] Nombre frecuente en la comedia nueva y paliata para el padre del joven protagonista. Tal personaje era muchas veces caracterizado como avaro.

[5] Es decir, como los hombres de la antigua edad de oro, que vivían en comunión con la naturaleza agreste. Sin embargo, según los testimonios mitográficos, en aquella época no era preciso cultivar la tierra, sino que ésta, espontáneamente, ofrecía sus frutos. La comparación debe entenderse, por tanto, en sentido amplio o bien referida sólo al «lejos de ocupaciones», pues que aquellos hombres —se decía— gozaban de un ocio feliz.

[6] La alusión al final de la pieza al usurero *(fenerator)* Alfio, en cuya boca se pone este elogio del campo, va adelantada ya en

naria trompeta de guerra, ni se asusta ante las iras del mar, manteniéndose lejos del foro y de los umbrales soberbios de los ciudadanos poderosos.

Así pues, ora enlaza los altos álamos con el crecido sarmiento de las vides, ora contempla en un valle apartado sus rebaños errantes de mugientes vacas, y amputando con la podadera las ramas estériles, injerta otras más fructíferas, o guarda las mieles exprimidas en ánforas limpias, o esquila las ovejas de inestables patas.

O bien, cuando Otoño ha levantado por los campos su cabeza engalanada de frutos maduros, ¡cómo goza recolectando las peras injertadas y vendimiando la uva que compite con la púrpura, para ofrendarte a ti, Príapo [7], y a ti, padre Silvano [8], protector de los linderos!

Agrádale tumbarse unas veces bajo añosa encina, otras sobre el tupido césped; corren entretanto las aguas por los arroyos profundos, los pájaros dejan oír sus quejas en los bosques y murmuran las fuentes con el ruido de sus linfas al manar, invitando con ello al blando sueño.

Y cuando la estación invernal de Júpiter tonante apresta lluvias y nieves, ya acosa por un sitio y por otro con sus muchas perras a los fieros jabalíes hacia las trampas que les cierran el paso, ya tiende con una vara lisa sus redes poco espesas, engaño para los tordos glotones, y captura con lazo la tímida liebre y la grulla viajera, trofeos que le llenan de alegría.

¿Quién, entre tales deleites, no se olvida de las cuitas desdichadas que el amor conlleva?

Y si, por otra parte, una mujer casta, cumpliendo con su oficio, atiende la casa y a los hijos queridos —como la sabina o la esposa, abrasada por el sol, del ágil ápu-

---

esta mención de la usura *(fenore),* creándose con tal eco verbal y conceptual una «composición en anillo».

[7] Dios de los huertos y jardines, al que se representaba dotado de una verga exagerada.

[8] Dios de los bosques, a veces asimilado a Fauno. También, como aquí se le llama, dios de los linderos.

lo [9]—, enciende el fuego sagrado del hogar con leños secos un poco antes de que llegue su fatigado esposo y, encerrando la bien nutrida grey en la empalizada del redil, deja enjutas sus ubres repletas; si, sacando vino del año de la dulce tinaja, prepara manjares no comprados, no serán más de mi gusto las ostras del lago Lucrino [10], o el rodaballo o los escaros [11] —si tronando la tempestad en las olas orientales desvió algunos hacia este mar—, ni el ave africana [12] ni el francolín jónico caerán en mi estómago más placenteramente que la aceituna recogida de las ramas más cargadas de los olivos, o la hoja de la acedera, amante de los prados, o las malvas salutíferas para el cuerpo enfermo; o que la cordera sacrificada en las fiestas Terminales [13], o que el cabrito arrancado al lobo.

Entre estos manjares, ¡qué gusto da contemplar las ovejas que vuelven rápidas al aprisco después del pasto, contemplar los bueyes cansados arrastrando con su cuello lánguido el arado vuelto del revés, y los esclavos, enjambre de la fecunda casa, colocados en torno a los Lares relucientes!» [14]

Cuando el usurero Alfio hubo así discurseado, dispuesto a convertirse de inmediato en labrador, recogió en las Idus todo su dinero, decidido a renovar sus préstamos en las Calendas [15].

---

[9] Habitante de Apulia, región del Sureste de Italia, costera del Adriático.

[10] En realidad no se trataba de un lago propiamente dicho, sino una parte del golfo de Cumas —en la costa sudoccidental de Italia— cerrado por un dique. Era famoso por sus bancos de ostras.

[11] Pez tan apreciado en la Antigüedad que se le llamaba también «cerebro de Júpiter».

[12] La gallina africana o pintada.

[13] Estas fiestas, en honor del dios Término —que compartía con Silvano la facultad de patrocinar los linderos—, se celebraban el 23 de febrero.

[14] Porque sus estatuillas se abrillantaban con cera y aceite.

[15] Día primero de cada mes, en el que se solían hacer los préstamos, que a su vez solían cobrarse en las Idus, fecha que marcaba la mitad del mes.

## 3.

Si alguien alguna vez ha roto el cuello a su anciano padre con mano impía, que coma ajos, más dañinos que la cicuta. ¡Oh entrañas despiadadas de quienes los recogen! ¿Qué veneno es éste que me roe las tripas? ¿Es que, sin saberlo, he comido sangre de víbora, cocida con tales hierbas, o que Canidia [16] aderezó estos horribles manjares?

Cuando Medea, entre todos los argonautas, se pasmó ante la belleza deslumbradora de su caudillo, fue con ajos con lo que embadurnó a Jasón por todo el cuerpo para que unciera los toros al yugo desconocido. Y tras vengarse de su rival con obsequios impregnados en ajos, huyó en alas de un dragón [17].

Nunca el sol hizo caer un bochorno tan grande sobre la sedienta Apulia; ni obsequio tan abrasador ardió en las espaldas del laborioso Hércules [18].

Y si una cosa así la has deseado tú alguna vez, bromista Mecenas, ¡ojalá —tal es mi ruego— que tu amante ponga freno a tus besos con su mano y duerma en el borde de la cama!

## 4.

Cuanta discordia les cupo en suerte a lobos y corderos por decisión del destino, tanta siento yo contra ti, que tienes señalada la espalda por las sogas ibéricas [19] y las piernas por la rozadura de los duros grilletes.

---

16 Hechicera de la que se hablará más prolijamente en los epodos 5 y 17.

17 Después de su venganza sobre Jasón y su prometida, Medea huye en su carro de fuego tirado por dragones alados.

18 El obsequio abrasador es el manto que le envió Deyanira, su esposa, embadurnado en la sangre venenosa del Centauro Neso y que resultaría mortífero para el héroe sufridor de los doce trabajos («laborioso»).

19 Las sogas más fuertes se hacían con esparto de España.

Aunque andes pavoneándote de tu dinero, la riqueza no cambia el nacimiento.

¿No ves, mientras tú recorres la vía Sacra con una toga de dos veces tres codos [20], cómo la muy espontánea indignación de los transeúntes les hace volver la mirada hacia un lado y a otro?: «Este individuo, señalado por los azotes de los triúnviros hasta producir cansancio al pregonero [21], ara mil yugadas de tierra en Falerno [22], desgasta la vía Apia arrastrado por sus jacos, y se sienta como influyente caballero en los primeros asientos, contraviniendo lo dispuesto por Otón [23]. ¿De qué sirve que tantas proas de navíos, provistas de espolón, sean llevadas con su enorme peso contra los piratas y contra una tropa de esclavos, si éste, ¡éste!, es tribuno militar?» [24]

## 5.

«Pero..., ¡oh divinidad, cualquiera que sea, la que en el cielo gobierna la tierra y al género humano!, ¿qué significa ese alboroto? o ¿qué esas miradas salvajes de todas vosotras lanzadas sólo contra mí? Por tus hijos te suplico, si es que Lucina [25] al ser invocada asistió verdaderamente a tus partos, por este adorno inútil de la púr-

---

20 A menudo en poesía se recurre a perífrasis como éstas para expresar los numerales cardinales, ya sea por necesidades métricas, ya sea por entender como poco poética la expresión pura y simple del cardinal.

21 El pregonero proclamaba en voz alta ante el público los motivos del castigo.

22 Comarca de Campania, renombrada por sus vinos.

23 Según una ley propuesta por el tribuno L. Roscio Otón (67 a. C.), se reservaban a los caballeros las gradas primeras del anfiteatro, detrás de los asientos de los senadores.

24 Los motivos en que se funda Horacio para denostar a este liberto enriquecido chocan extraordinariamente a quien lo lee, por cuanto que parece arrojar piedras a su propio tejado: también él era hijo de liberto y, no obstante, llegó a ser tribuno militar.

25 Diosa de los alumbramientos, identificada con Juno o con Diana.

pura[26], por Júpiter que condenaría estas cosas, ¿por qué me miras como una madrastra o como una fiera atacada con arma de hierro?»

Cuando, habiendo así protestado con su trémula voz, se quedó quieto el niño, despojado de sus adornos, cuerpo impúber, tal que podría ablandar los corazones despiadados de las mujeres tracias[27], Canidia, rodeándose los cabellos y la cabeza despeinada con pequeñas víboras, manda que se ponga a cocer sobre las llamas de Colcos[28] higos silvestres arrancados de los sepulcros, ramas del fúnebre ciprés, huevos untados en sangre de sucia rana y las plumas de la nocturna lechuza, hierbas enviadas desde Yolco[29] e Iberia[30], fecunda en venenos, y huesos arrancados de las fauces de una perra hambrienta.

Y Sagana, diligente, va salpicando la casa entera con aguas del Averno[31], hirsutos sus cabellos ásperos como si fuera un erizo de mar o un jabalí lanzado a la carrera. Sin que remordimiento ninguno la apartara de su tarea, Veya, jadeando en medio de su esfuerzo, cavaba la tierra con un pesado azadón, para que, enterrado allí el niño, pudiera morir a la vista de unos alimentos que le cambiaban dos y tres veces a lo largo del día, asomando con su rostro cuanto sobresalen por encima del agua, a la altura de la barbilla, los cuerpos de los nadadores, a fin de que su médula arrancada y su hígado seco se convirtieran en filtro amoroso, una vez que las pupilas se le hubieran consumido, fijas en el alimento inalcanzable.

Tanto la ociosa Nápoles como todas las ciudades de su contorno aseguran que no faltó allí Folia, la de Arími-

---

26 Una banda purpúrea remataba la vestimenta de los muchachos antes de que tomaran la toga viril a los diecisiete años.

27 Referencia a las Bacantes.

28 Es decir, en los fuegos mágicos, o lo que es lo mismo, propios de la bruja Medea, natural de Colcos.

29 Ciudad de Tesalia, tierra de hechiceras.

30 Parece ser que no se refiere a España, sino a otra región homónima situada entre el Ponto Euxino y el mar Caspio.

31 Lago de Campania, junto al que se hallaba una de las entradas al mundo infernal.

no [32], de gustos varoniles, la que hacía desprenderse del cielo a las estrellas y a la luna, obedientes a su conjuro tesalio.

¿Qué dijo entonces o qué calló la cruel Canidia, mientras con su diente negruzco se mordía la uña del pulgar, nunca cortada?:

«¡Oh vosotras, testigos no infieles de mis operaciones, Noche y tú, Diana, que imperas sobre el silencio mientras se celebran los ritos arcanos, ahora, ahora sedme propicias, ahora volcad vuestra ira y poder a las casas enemigas! Cuando en las selvas pavorosas se esconden las fieras, languidecientes por el dulce sopor, ladren los perros de la Suburra [33] a ese viejo libertino —de manera que todos se rían de él—, ungido por completo con un perfume de nardo tan bien preparado como no hubieran podido elaborarlo mis manos... ¿Qué sucede?, ¿por qué tienen hoy menos poder los venenos ponzoñosos de la bárbara Medea, con los que se vengó de su rival orgullosa, la hija del gran Creonte, y huyó después que el manto, regalo impregnado en sangre corrupta, hiciera morir en un incendio a la recién casada? [34] Y sin embargo no se me ha olvidado ni la hierba ni la raíz que se esconde en lugares escabrosos. Duerme en los lechos, rociados de olvido, de todas las meretrices. ¡Ay!, ¡ay! Libre deambula gracias al ensalmo de una hechicera más sabia que yo. ¡Oh Varo, cabeza destinada a muchos llantos!, correrás a mí en virtud de unas pócimas poco frecuentes y volverá a mí tu pensamiento, reclamado no por los conjuros marsos [35]: prepararé algo más eficaz, un brebaje más eficaz te haré beber a ti, que me desdeñas, y antes el cielo se situará por debajo del mar, colocándose encima de ellos la tierra, que dejes tú de abrasarte de amor por mí, igual que el betún en los negros fuegos.»

Después de oír esto, el niño no trataba ya, como an-

---

[32] Hoy Rímini.

[33] Barrio plebeyo de Roma, al noroeste del foro.

[34] Creúsa, por quien Jasón abandonó a Medea.

[35] Los marsos, pueblo antiguo del Lacio, tuvieron fama de magos y adivinos.

tes, de persuadir a las sacrílegas con palabras suplicantes, sino que, dudando por dónde romper su silencio, lanzó estas imprecaciones dignas de Tiestes[36]:

«Los venenos pueden trastocar las poderosas disposiciones y prohibiciones de los dioses, pero no pueden cambiar el curso de las cosas humanas. Os perseguiré con maldiciones; una fiera maldición no puede expiarse con víctima ninguna; incluso, cuando, condenado a morir, haya exhalado mi alma, correré a vuestro encuentro, convertido en Furor nocturno, atacaré, siendo fantasma, vuestro rostro con mis uñas corvas —ése es el poder de los dioses Manes[37]— y, aposentándome en vuestras entrañas intranquilas, os robaré el sueño aterrorizándoos; la muchedumbre persiguiéndoos a pedradas de barrio en barrio, de una y otra parte, os aplastará, viejas repugnantes; luego, los lobos y las aves del Esquilino[38] dispersarán vuestros miembros insepultos, y mis padres, que me sobrevivirán, ¡ay!, no quedarán sin ver este espectáculo.»

## 6.

¿Por qué, perro cobarde contra los lobos, te ensañas con los extranjeros que no lo merecen?, ¿por qué, si eres valiente, no vuelves hacia aquí tus vanas amenazas y me atacas a mí, dispuesto como estoy a devolverte el mordisco? Pues como el moloso o el rojizo laconio[39], compañía fiel de los pastores, perseguiré por las nieves de las

[36] Tiestes comió, sin saberlo, en un banquete macabro que le ofreció su hermano Atreo la carne de sus propios hijos. El tema era conocido a los romanos por el teatro: Ennio y Vario Rufo habían escrito tragedias sobre el tema; luego también lo haría Séneca.

[37] Espíritus de los muertos, entendidos y honrados como dioses.

[38] La parte oriental del monte Esquilino fue utilizada en tiempos de la República como cementerio. Dejó de usarse como tal en época imperial.

[39] El perro moloso —del Epiro— y el de Laconia o Lacedemonia eran apreciados como guardianes del rebaño y a la vez cazadores.

alturas con la oreja enhiesta a cualquier fiera que corra por delante de mí.

Tú, después que has llenado el bosque con tus ladridos temibles, olfateas ahora el cebo que te he arrojado. ¡Cuidado, cuidado!, que, lleno de resentimiento contra los malvados, levanto mis cuernos prestos para la embestida, como el yerno al que el desleal Licambes despreció [40], o el enconado enemigo de Búpalo [41].

¿Acaso, si alguien me ataca con su diente negro, voy a llorar como un niño sin responderle?

7.

¿A dónde os lanzáis, a dónde, criminales?, o ¿por qué adaptáis a vuestras diestras las espadas que habían sido envainadas? [42], ¿es que ha sido poca la sangre latina derramada por llanuras y por mar?: no para incendiar el romano las fortalezas altaneras de la envidiosa Cartago, ni para que el britano, sin sufrir heridas, descienda encadenado por la vía Sacra, sino para que esta capital perezca bajo su propia diestra, según los deseos de los partos.

Ni lobos ni fieros leones tuvieron nunca costumbre tal, si no era contra animales de distinta especie. ¿Tal vez os arrastra la locura cegadora, o una fuerza mayor, o vuestro propio sentimiento de culpa? ¡Respondedme!

Callan y una blanca palidez cubre sus rostros; quedan desconcertadas sus mentes, al sentir el reproche.

Así es: destinos amargos y el crimen del fratricidio persiguen a los romanos desde que se derramó por tierra

---

40 Referencia a Arquíloco. Cf. introducción.

41 Referencia a Hiponacte, de quien se decía que persiguió con la invectiva de sus versos al escultor Búpalo, que lo había representado caricaturizando su fealdad.

42 Probablemente este rebrote de la guerra civil al que alude el poeta no es sino la reanudación de hostilidades entre Octavio y Sexto Pompeyo, que acabaría con la victoria del primero en Nauloco. Si es así, el epodo podría fecharse a principios del año 38.

la sangre, funesta para sus descendientes, del inocente Remo [43].

8.

¿Preguntar tú, podrida por tus años sin cuento, qué es lo que enflaquece mi virilidad, tú, que tienes renegrida la dentadura y a quien una vejez añeja ha surcado la frente de arrugas, tú, cuyo asqueroso trasero se abre entre las nalgas enjutas, como si fuera el de una vaca enfermiza?...

Pero me subyuga [44] tu pecho y tus senos fláccidos como ubres de yegua, tu vientre fofo y tus delgados muslos trabados a las hinchadas pantorrillas.

¡Sé afortunada y vayan imágenes triunfales delante de tu cortejo fúnebre; y no haya matrona que pasee cargada con perlas más redondas que las tuyas!

¿Qué me importa si los libelos estoicos suelen estar esparcidos entre tus almohadillas de seda? ¿Se endurecen acaso menos por eso mis nervios analfabetos o deja de languidecer por eso mi miembro? A éste, para sacarlo de la ingle orgullosa, tienes que trabajarlo con la boca.

9.

¿Cuándo, gozoso por la victoria de César [45], beberé el Cécubo [46] reservado para banquetes festivos, contigo, Mecenas dichoso —ojalá lo quiera Júpiter—, bajo el techo

---

[43] Remo, asesinado por su hermano Rómulo, el fundador de Roma. Interpreto *scelus fraternae necis* como sujeto de *agunt,* y no como objeto, según otras traducciones.

[44] Dicho con evidente ironía.

[45] Victoria de Accio (2 de septiembre del año 31) sobre Antonio y Cleopatra. La pieza debe fecharse, en consecuencia, un mes después aproximadamente, tiempo que tardaría en llegar la noticia a Roma.

[46] Llevaba ese nombre una ciudad del Lacio y su campiña, cuyos vinos eran célebres.

de tu alta mansión? Entonces, combinada con las flautas, hará sonar la lira su música: aires dorios ésta, bárbaros aquéllas, como hace poco, cuando el caudillo hijo de Neptuno [47], hostigado por mar, huyó tras haberse quemado sus naves, él, que amenazaba a la urbe con unas cadenas que, amistoso, había quitado a esclavos traidores.

El romano, ¡ay! —los hombres del futuro lo negaréis—, sometido a una mujer [48], lleva la empalizada y las armas como un soldado y es capaz de esclavizarse a eunucos llenos de arrugas; y el sol contempla entre sus enseñas militares el afrentoso pabellón egipcio; contra éste los galos, glorificando con cánticos a César, lanzaron sus dos veces mil caballos relinchantes, y las popas de las naves enemigas, dirigiéndose rápidas hacia la izquierda, se ocultan en el puerto. ¡Hurra, Victoria!, ¿retardas tú el carro de oro y las novillas no uncidas al yugo? ¡Hurra, Victoria!, tú nos has devuelto a un general no equiparable al de la guerra contra Yugurta [49], ni al Africano, a quien su virtud le erigió un sepulcro sobre Cartago [50]. El enemigo, vencido por tierra y por mar, cambió su sayón purpúreo por otro enlutado; ora se dispone a marchar a Creta, famosa por sus cien ciudades, sirviéndose de vientos que no son los suyos, ora se dirige a las Sirtes [51], batidas por el Noto [52], o se deja arrastrar a la deriva por el mar.

Trae aquí, muchacho, copas más grandes y vino de Quíos o de Lesbos; o, si quieres, sírvenos con medida el Cécubo [53], para impedir así el acceso de mis vómitos.

---

[47] Este caudillo es Sexto Pompeyo, que así se hacía llamar y que había sufrido en el año 36 la derrota de Nauloco. Cf. introducción y nota 42.

[48] Cleopatra.

[49] Mario.

[50] Escipión Emiliano.

[51] Bajíos de arena, situados frente a la costa de Libia, peligrosos y temidos por los marinos.

[52] Viento del Sur.

[53] La mención del Cécubo, repetida al final del poema haciendo eco con el principio, remata aquí también una composición en anillo.

Pláceme disipar mi zozobra y temor por la suerte de César con dulce Lieo[54].

## 10.

La nave desanclada bajo funesto auspicio parte llevando al maloliente Mevio[55].

¡Acuérdate, Austro[56], de azotar sus dos flancos con las olas encrespadas; que el tenebroso Euro[57] disperse los cables y remos rotos por el mar revuelto; levántese el Aquilón[58] tan fiero como cuando en las altas montañas quiebra las encinas temblorosas; no aparezca constelación propicia en la negra noche, por donde declina el funesto Orión[59], ni haga la travesía por un mar más apacible que el que tuvo el ejército vencedor de los griegos, cuando Palas trasladó su cólera de la abrasada Ilio a la nave impía de Áyax![60]

¡Oh cuánto sudor amenaza a tus marineros, y a ti cuánta palidez amarillenta, cuánto de ese griterío impropio de varones y cuántas súplicas a Júpiter contrario, una vez que el golfo Jónico, resonando, haya quebrado la quilla a embates del lluvioso Noto!

Y si la espléndida presa, arrojada en la curva playa, complace a los somormujos, sacrificaré un lascivo macho cabrío y una cordera a las Tempestades.

---

[54] Sobrenombre dado al dios del vino, Baco, que significa «el que relaja». Aquí en metonimia por vino.

[55] Poetastro al que también se refiere peyorativamente Virgilio en sus *Bucólicas*.

[56] Otro nombre (además de Noto) para designar el viento del Sur.

[57] Viento del Sureste.

[58] Viento del Norte.

[59] Cuando declina la constelación de Orión en la primera quincena de noviembre, se levantan en el mar fuertes tempestades.

[60] Áyax, hijo de Oileo, había arrancado a Casandra, la profetisa hija de Príamo, de la efigie de Atenea ante la cual se había refugiado en la última noche de Troya. Por ello Palas Atenea lo castigó con la muerte, haciéndole naufragar en su regreso a Grecia.

## 11.

Petio, ningún placer siento ya al escribir versos como antaño, cuando estaba herido por el amor acuciante, por el amor que me busca a mí, entre todos, para abrasarme por los mancebos delicados o las muchachas.

Desde que cejé en mi delirio por Inaquia, éste es el tercer Diciembre que ha despojado a los bosques de sus galas. ¡Ay de mí! —pues me avergüenza tanta insensatez—, ¡cuánta habladuría hubo de mí por la ciudad! También siento remordimiento de los banquetes en los que la melancolía, el silencio y los suspiros, arrancados de lo hondo del pecho, me delataban como enamorado.

«¿Es que contra el afán de riqueza nada puede el sentimiento espontáneo de un pobre?», así me quejaba de ti llorando, siempre que, al encandilarme por un vino más ardiente, el dios indiscreto [61] había sacado a la luz mis recónditos pensamientos. «Y si se me enciende la bilis en las entrañas, con libertad como para que disperse a los vientos estos remedios ingratos, que ninguna curación traen a la grave herida, mi vergüenza, desechada ya, dejará de luchar contra enemigos desiguales.»

Cuando, estando sobrio, había aprobado tales determinaciones en presencia tuya, después que me ordenaras marcharme a casa, me dejaba llevar con pie indeciso a las puertas, ¡ay!, de mi enemiga y a sus duros umbrales, ¡ay!, en los que rompí mis riñones y mi costado [62].

Ahora me tiene cautivo el amor de Licisco, que se ufana de superar en ternura a cualquier mujerzuela, del que no podrán liberarme ni los consejos sinceros de mis amigos, ni las molestas murmuraciones, sino un ardor nuevo por alguna muchacha de blanca tez o mancebo de bien torneados miembros que se anude su larga cabellera.

---

[61] A saber, Baco.

[62] Ejemplo del tema del *paraclausithyron* (el amante postrado ante las puertas de la amada).

12.

¿Qué pretendes, mujer digna enteramente de los negros elefantes?, ¿por qué me mandas regalos o por qué mensajes, siendo, como soy, joven poco robusto y de nariz no grosera? Pues si hay un pólipo o si el fétido macho cabrío duerme en las hirsutas axilas[63], soy el único en olerlo con tanta sutileza como un perro sagaz que descubre por su olfato dónde se esconde el jabalí.

¡Qué hedor y qué olor tan malo brota por doquier de sus miembros ajados, cuando, lánguido mi miembro, se apresura ella a calmar su rabia indómita!, ¡y no se le mantiene ya ni la creta, al humedecerse, ni el maquillaje compuesto con estiércol de cocodrilo, y en su pasión desbordada acaba por romper el colchón y el dosel del tálamo!

O bien recrimina mis desdenes con palabras violentas: «Con Inaquia te agotas menos que conmigo; a Inaquia puedes complacerla tres veces por noche, conmigo quedas siempre sin fuerzas al hacerlo una sola vez. Muérase enhoramala Lesbia, que te me puso ante los ojos a ti, un enclenque, cuando lo que yo buscaba era un toro; y eso que entonces me atendía Amintas de Cos, cuyo miembro se arraiga en sus ingles indómitas con más firmeza que un árbol nuevo en los cerros. ¿Para quién aprestaba yo los vellones de lana teñida dos veces en púrpura tiria? Para ti, por supuesto: para que no hubiera entre los de tu edad comensal a quien su amante quisiera más que yo a ti. ¡Ah, infeliz de mí, pues me huyes, como una cordera que teme a los fieros lobos a como las cabras a los leones!»

---

[63] El hedor que emanaba de las axilas aparece personificado en la poesía antigua como «macho cabrío»: abundantes ejemplos de ello se encuentran en la obra de Catulo.

## 13.

La estación del frío ha aglomerado las nubes, y las lluvias y nieves hacen descender a Júpiter[64]; ahora el mar, ahora los bosques resuenan a embates del Aquilón de Tracia[65]. Cojamos, amigos, la ocasión que nos brinda el día, y mientras nuestras rodillas se mantienen vigorosas y ello nos cuadra, desaparezca la vejez de nuestra frente fruncida[66].

Tú tráete el vino prensado en el consulado de Torcuato, año de mi nacimiento[67]; deja de hablar de otros temas: un dios pondrá quizá todo eso en su sitio, cuando el tiempo regrese benévolo. Pláceme ahora ungirme todo el cuerpo con esencia aquemenia de nardo y aliviar mi corazón de sus cuitas acuciantes con la lira de Cilene[68]. Como el ilustre Centauro[69] vaticinó a su corpulento pupilo: «Invicto joven, mortal nacido de la diosa Tetis, te aguarda la tierra de Asáraco[70], que cruzan las frías corrientes del pequeño Escamandro y del peligroso Símois; las Parcas con su trama segura te han roto el regreso desde allí y no podrá tu cerúlea madre devolverte al hogar. Alivia allí todas tus penas con el vino y el canto, dulces consuelos de la melancolía que deforma el rostro.»

---

64 Júpiter, dios, entre otras cosas, de los fenómenos atmosféricos, es aquí aludido como tal; asociado y hasta identificado, por tanto, con el objeto de su patronazgo: cuando nieve y lluvia bajan a la tierra, puede entenderse —en virtud de una casi metonimia— que Júpiter desciende con ellas.

65 Siendo el Aquilón viento del Norte (cf. nota 58), sólo puede explicarse que se le llame tracio por influencia de la poesía griega, pues la Tracia, que estaba al Norte de Grecia, estaba situada al Nordeste con respecto a Italia.

66 He aquí el primer ejemplo horaciano del tema del *carpe diem*, tan frecuentado por nuestro poeta.

67 Año 65.

68 En Cilene, montaña de Arcadia, había nacido Mercurio, inventor de la lira, por lo que puede considerarse asimismo patria de la lira.

69 Quirón, que fue ayo de Aquiles.

70 La tierra de Asáraco es Troya. Asáraco, hijo de Tros y hermano de Ilo y Ganimedes, es a su vez abuelo de Anquises, el padre de Eneas.

14.

¿Por qué la muelle ociosidad ha derramado tanto olvido en lo más profundo de mis mientes, como si hubiese bebido con garganta seca unos tragos del agua que produce sueños del Leteo? [71] Con tal pregunta me torturas a menudo, oh Mecenas, hombre sin doblez; porque un dios, un dios [72], sí, me prohíbe alargar hasta el cilindro [73] mis comenzados yambos, poema prometido desde hace tiempo.

No de otro modo —cuentan— ardió por Batilo de Samos Anacreonte de Teos [74], que muy a menudo lloró su amor con la hueca concha de tortuga [75] en pies poco trabajados. Tú mismo te abrasas, infeliz; pero si una llama no más hermosa que la tuya consumió a Ilio después de su asedio [76], alégrate de tu suerte; a mí Frine, liberta y no contentadiza con uno solo, me tiene atormentado.

---

[71] El Leteo o la Lete era un río o laguna, situado en el infierno, cuyas aguas producían el olvido. Sueños del Leteo es, por tanto, sinónimo de olvido.

[72] A saber, el Amor.

[73] Se trata del cilindro o varilla, de madera, marfil o hueso, en torno de la cual se enrollaban los pergaminos para formar el volumen, cuya última parte estaba pegada a dicha varilla. Llegar al cilindro vale, pues, por llegar al término del papel disponible. Visto exteriormente el volumen desde uno de sus lados, mostraba la figura de un círculo, de cuyo centro sobresalía el extremo de la varilla adornado con un botón que recibía el nombre de ombligo *(umbilicus)*, precisamente por su situación medial.

[74] El famoso poeta griego (siglo VI a. C.) que cantó en sus poemas los placeres del vino, siendo padre de este tipo de poesía. Andaba enamorado de este mancebo Batilo al que aquí se hace referencia.

[75] Las liras, en un principio, se hacían con caparazones de tortuga, que servían de caja de resonancia.

[76] Nos parece detectar aquí cierta ambigüedad entre el incendio, propiamente dicho, en el que se abrasó Troya, y el amor de Paris por Helena (aludido como llama, siguiendo la metáfora empleada para referirse al amor de Anacreonte y Mecenas), que fue causa de la guerra y del incendio real de Troya.

## 15.

Era de noche y la luna brillaba en el cielo sereno entre los astros menores, cuando tú, dispuesta a ofender la divinidad de los dioses soberanos, jurabas sobre mis palabras, pegándote a mí con tus brazos enredadizos más apretadamente que se adhiere la yedra a la encina enhiesta, que, mientras el lobo fuera enemigo del rebaño y Orión, funesto para los nautas [77], hiciera encresparse el mar en invierno, y mientras la brisa agitara los cabellos intonsos de Apolo, este amor sería recíproco.

¡Ah, Neera, cuánto sufrirás por mi orgullo varonil, pues si en Flaco [78] hay algo de varón, no aguantará que tú dediques una tras otra tus noches a otro, prefiriéndole a él, y, en su rabia, buscará un amor que le corresponda; su porfía no cejará ante tu hermosura ofendida una sola vez [79], si es que el resentimiento ha penetrado en él con verdadero fundamento.

Y tú, quienquiera seas el que más feliz que yo y ufanándote de mi desgracia paseas, ¡ojalá seas rico en ganado y en extensión de tierras!, ¡fluya para ti el Pactolo [80], no encierren para ti secreto alguno los arcanos del resucitado Pitágoras, y superes en galanía a Nireo! [81] ¡Ay!, ¡ay!, llorarás cuando veas tus amores trasladados a otro. Entonces yo, a mi vez, me reiré de ti.

## 16.

Las guerras civiles trituran ya a una segunda generación y por sus propias fuerzas cae abatida Roma. No pudieron acabar con ella ni sus vecinos los marsos, ni el ejército etrusco del amenazante Porsena [82]; y no la ven-

---

77 Cf. nota 59.

78 *Cognomen* de Horacio.

79 Quiere decir el poeta que no se conformaría con serle infiel una sola vez.

80 Río de Lidia, cuyas aguas arrastraban oro.

81 El más hermoso —según Homero— de los griegos que acudieron a Troya, después de Aquiles.

cieron ni el valor de Capua[83], émulo del suyo, ni el fiero Espártaco[84], ni el alóbroge, traidor a la revolución[85], ni la salvaje Germania con su ojiazulada juventud[86], ni Aníbal, detestado por las madres; somos nosotros, generación impía, hija de sangre maldita, quienes la haremos sucumbir, y su suelo será de nuevo habitación de fieras.

Un bárbaro vencedor, ¡ay!, pisoteará sus cenizas y, montado a caballo, flagelará la ciudad con su casco resonante; y los huesos de Quirino[87], que están a salvo de vientos y soles —¡sacrilegio contemplarlo!—, los irá esparciendo en el colmo de su osadía.

Tal vez todos en conjunto, o el grupo más sensato de entre vosotros[88], buscáis cómo libraros de tan penosas desgracias. Ninguna solución hay quizá mejor que ésta (a ejemplo de los foceos[89], cuya ciudadanía, cubierta de maldiciones, huyó de sus campos y lares patrios, dejando los templos para que los habitaran los jabalíes y lobos rapaces): ir adonde nos lleven los pies y adonde a través de las olas nos llame el Noto o el Ábrego[90] impetuoso. ¿Os parece bien?, ¿o tiene alguien otro plan mejor que proponer?, ¿por qué, siendo halagüeños los auspicios, esperamos para embarcar?

Pero juremos en estos términos: cuando los guijarros asciendan del fondo del agua y sobrenaden, entonces deje

---

82 Rey etrusco que luchó contra Roma con el propósito de restablecer a Tarquino el Soberbio en el trono.

83 En la Segunda Guerra Púnica, Capua se convirtió en rival de Roma por pasarse a la causa de Aníbal.

84 Caudillo en la guerra de los esclavos (73-71 a. C.), que con su ejército recorrió toda Italia practicando el pillaje y la matanza.

85 En la conjuración de Catilina, los alóbroges, pueblo de la Galia Narbonense, traicionaron a los conjurados revelando a Cicerón sus proyectos.

86 Los cimbrios y teutones derrotados por Mario (102 y 101 a. C.).

87 Nombre de Rómulo, divinizado después de su muerte.

88 Horacio se dirige a una asamblea de ciudadanos romanos.

89 Los habitantes de Focea, en Asia Menor, abandonaron su ciudad cuando ésta era asediada por Ciro, y huyeron por mar hasta tierras occidentales, fundando en la Galia la ciudad de Marsella.

90 Viento del Suroeste; frente al Noto, viento del Sur.

de ser un sacrilegio la vuelta. Y deje de afligirnos girar las velas rumbo a la patria, cuando el Po haya bañado las cumbres del Matino[91], o bien el alto Apenino haya bajado corriendo a la mar, y un amor milagroso haya producido monstruosas uniones, frutos de pasión nueva: de modo que a las tigresas les plazca ser cubiertas por los ciervos, adultere también la paloma con el milano, no teman los rebaños, confiados, a los rojizos leones, y el macho cabrío, haciéndose tersa su piel, guste de la salada llanura del mar[92].

Obligada ya la ciudad con tales imprecaciones y otras que pudieran cortar el dulce regreso, marchémonos todos o la parte mejor de nuestra indócil grey; ¡el perezoso y el sin esperanza sigan apegados hasta el fin a estas madrigueras de siniestro augurio!

Vosotros, en quienes reside el valor, dejad a un lado el mujeril lamento y volad más allá de las playas etruscas. Nos espera el Océano que fluye en derredor de la tierra: las campiñas, busquemos las feraces campiñas y las islas afortunadas[93], donde la tierra cada año hace entrega de Ceres[94] sin haber sido arada y sin haberla podado florece siempre la viña; renueva sus brotes también el ramo de olivo sin nunca frustrar esperanzas, y el higo morado engalana el árbol en el que nació; mieles manan de la hueca encina; de la altura de los montes baja saltando la linfa ligera con pie bullidor. Allí las cabrillas, sin ser guiadas, marchan al ordeño, y el ganado amigo regresa trayendo sus ubres repletas; ni el oso al caer la tarde gruñe en torno del aprisco, ni las profundidades del suelo se hinchan, llenas de víboras; otras muchas maravillas, además, contemplaremos felices: cómo ni el Euro lluvio-

---

91 Monte de Apulia, situado junto a la costa.

92 He aquí un ejemplo conspicuo de la figura llamada *adynaton* o enumeración de cosas imposibles.

93 Islas situadas en Occidente, donde se creían que iban a vivir los puros y piadosos después de la muerte, más o menos identificadas con el Elisio.

94 Metonimia por cereales, siendo Ceres la patrona de ellos y la que les da nombre.

so[95] erosiona los campos con aguaceros continuos, ni las fértiles simientes se abrasan en la gleba seca, equilibrando los dos extremos el rey de los celestes moradores[96]. No puso rumbo hacia aquí ningún pino impulsado por remo argonáutico[97], ni la impúdica joven de Colcos[98] dirigió aquí su pie, ni hacia aquí torcieron sus espolones los marineros sidonios[99], ni tampoco la tripulación de Ulises, sufridora de trabajos; ninguna enfermedad daña al ganado aquí, ni el abrasante calor de astro ninguno sofoca a la grey.

Júpiter reservó aquellas playas para la gente piadosa cuando mancilló con bronce la edad dorada; con bronce, y después con hierro endureció los siglos[100], de los que una fácil huida brindo yo, visionario poeta, a los hombres piadosos.

## 17.

—Ya rindo mis manos, ya, a tu ciencia poderosa y, suplicante, te imploro por los reinos de Prosérpina, y por el poder inconmovible de Diana, también por los libros de conjuros, capaces de hacer bajar las estrellas, desclavándolas del cielo: cesa ya de una vez, Canidia, en tus mágicos ensalmos, y deja correr hacia atrás el huso, déjalo correr.

Télefo conmovió al nieto de Nereo[101], contra quien,

---

95 Viento del Sureste.
96 Júpiter.
97 La nave Argo, que, según se decía, había sido la primera nave.
98 Medea.
99 Los fenicios, famosos navegantes.
100 El mito hesiódico de las sucesivas razas humanas en el comienzo del mundo distinguía cinco de ellas: las de oro, plata, bronce, de los héroes y de hierro. Virgilio sólo distingue dos edades: la de oro o de Saturno, y la de hierro o de Júpiter. Horacio, según se ve, hace aquí distinción de tres: oro, bronce y hierro; cada una de ellas, entiende el mito, era progresivamente peor que su antecesora.
101 Aquiles, hijo de la Nereida Tetis. Este hirió a Télefo y más tarde, a petición suya, lo curó con herrumbre de la misma lanza con que lo había herido.

desafiante, había movilizado los batallones de los misios y contra quien había blandido dardos punzantes; ungieron las matronas ilíacas el cadáver de Héctor, matador de hombres, condenado a ser pasto de aves de rapiña y de perros, después que, abandonando las murallas, el rey [102] cayó de hinojos, ¡ay!, a los pies del obstinado Aquiles; los remeros de Ulises, sufridor de trabajos, desvistieron sus miembros, cubiertos de cerdas, de las duras pieles, cuando quiso Circe [103]: entonces su raciocinio y su voz volvieron a ellos, y a sus rostros regresó la dignidad de siempre.

Suficiente y harto he soportado tus castigos, oh la muy amada de marineros y mercaderes. Huyó de mí la juventud [104], y el color ruboroso ha abandonado mis huesos, cubiertos de piel morada; cano está mi cabello por culpa de tus sahumerios; ningún esparcimiento me alivia de mis desdichas; apremia al día la noche y a la noche el día, y no hay ocasión de descanso para mi pecho, tenso y jadeante.

Así pues, me veo obligado a creer, infeliz de mí, lo que no había querido creer: que los conjuros sabelios [105] violentan mi corazón y que mi cabeza estalla por efecto de un sortilegio marso.

¿Qué más pretendes?, ¡oh mar y tierra!, ardo como no ardió Hércules, impregnado en la sangre negruzca de Neso [106], y como no arde, vigorosa, la hirviente llama en el Etna de Sicilia [107]; tú, fábrica de venenos colquidios [108],

---

102 Príamo, que acudió a Aquiles para rescatar el cadáver de su hijo Héctor.

103 La poderosa hechicera había metamorfoseado a los compañeros de Ulises en cerdos, según la *Odisea.*

104 Horacio debía contar cuando compuso este poema unos treinta y cuatro años.

105 Es decir, sabinos. También los sabinos, como los marsos, tenían fama de hechiceros.

106 Cf. n. 18.

107 El volcán Etna es empleado a menudo en comparaciones para ilustrar y poner de relieve el fuego amoroso o pasional. Herencia de esa tradición tenemos en el famoso monólogo de Segismundo en *La vida es sueño,* de Calderón: «En llegando a esta pasión / un volcán, un Etna hecho, / quisiera arrancar del pecho...»

sigues en plena actividad, hasta que los vientos afrentosos me esparzan, convertido en ceniza seca.

¿Qué fin me aguarda o qué precio he de pagar? ¡Dímelo! Sufriré con sumisión el castigo que me impongas, presto a purificarme, ya si reclamas cien toros, o si quieres que al ritmo de lira mentirosa proclame de ti: «tú, casta, tú, honrada, pasearás entre los astros, estrella dorada».

Cástor, ofendido por la difamación de Helena, y con el gran Cástor también su hermano, ambos doblegándose a la plegaria, devolvieron al poeta la vista de que le habían privado [109]: también tú, pues tienes poder para ello, líbrame de la locura, ¡oh ni contaminada por la inmundicia de tu padre, ni vieja perita en dispersar cenizas el día noveno de los funerales en las sepulturas de los pobres! Tienes corazón benévolo y manos puras; hijo tuyo es Pactumeyo [110], y la comadrona lava las ropas teñidas de tu sangre siempre que, repuesta después del parto, saltas fuera de la cama.

—¿Por qué viertes súplicas a unos oídos cerrados? No más sordos a los nautas desnudos son los escollos que bate el tempestuoso Neptuno en alta mar.

¿Cómo vas a quedar sin castigo, después de haberte burlado de los misterios de Cotito [111], que previamente divulgaste, y de la ceremonia del amor libre, y vas a quedar sin pagar tu merecido, después de llenar la ciudad con mi nombre, cual pontífice del mágico Esquilino? [112], ¿de qué me serviría haber enriquecido a las viejas pelignias [113] o haber mezclado el veneno con más rapidez?

108 A saber, propios de Medea de la Cólquide.

109 Este poeta fue el griego Estesícoro de Hímera (siglos VII-VI a. C.), que por haber injuriado a Helena en un poema quedó ciego, y al retractarse de lo dicho volvió a recuperar la vista.

110 Quiere decir el poeta que ese supuesto hijo de Canidia es de noble familia. Los Pactumeyo eran una antigua *gens*.

111 Diosa, originaria de Tracia, en honor de la cual se celebraban unos obscenos misterios.

112 Cf. n. 38.

113 Los pelignios eran de origen sabino y vecinos de los marsos; como ellos, también expertos en magia.

Pero te espera una muerte más tardía de lo que tú quisieras; desgraciado, has de arrastrar una vida ingrata. Para esto: para verte sin cesar expuesto a nuevas penalidades. Desea el descanso el padre del traidor Pélope, Tántalo, siempre falto del manjar copioso[114], deséalo igualmente Prometeo, condenado al águila[115]; lo desea Sísifo, condenado a colocar la piedra en la cima del monte[116]; mas se lo prohíben las leyes de Júpiter. Querrás unas veces arrojarte desde elevadas torres, otras veces abrirte el pecho con una espada nórica[117], y en vano anudarás un lazo a tu garganta, entristecido por esa amarga aflicción. Entonces yo cabalgaré sobre tus hombros enemigos, y la tierra cederá ante mi arrogancia.

¿O acaso yo, que puedo infundir movimiento en figuras de cera, como tú mismo comprobaste en tu curiosidad, y arrancar la luna del cielo con mis conjuros; yo, que puedo resucitar a los muertos, ya incinerados, y componer filtros amorosos, voy a llorar el fracaso de mi arte, que nada puede contigo?

---

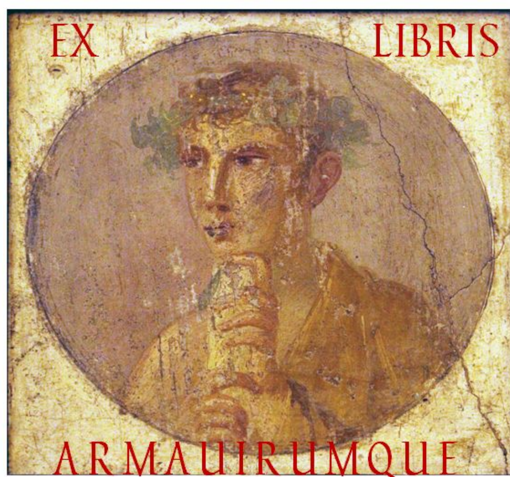
[114] Uno de los condenados en el infierno; causa de su condena fue el haber difundido los secretos de los dioses, de los que se enteró por haber participado en sus banquetes. Se hallaba sumergido en una corriente de agua sin poder saciar su sed, pues cuando se agachaba para hacerlo, el nivel del agua disminuía más y más; colgaba cerca de él la rama de un manzano, pero cuando se alzaba para coger las frutas, la rama se elevaba. Ése era su castigo.

[115] Por haber robado el fuego del cielo y habérselo traído a los hombres, Prometeo fue castigado por Júpiter con el tormento del águila que constantemente se alimentaba de su hígado. Pero no en el infierno, sino en el Cáucaso (cf. *Odas,* n. 258).

[116] Quizá el más célebre condenado infernal. Su castigo era subir a la cima de un monte una piedra que, antes de ser colocada en lo alto, volvía a rodar pendiente abajo. Motivo de tal pena era el haberse burlado varias veces de la Muerte.

[117] El Nórico era una región situada entre Retia y Panonia, al sur del Danubio. Su hierro era muy apreciado para la fabricación de armas.

Odas



# Libro I

## 1.

¡Mecenas, descendiente de regios antepasados, oh tú, defensa y dulce ornamento mío! [1]: hombres hay que gustan de haberse manchado en su carrera con el polvo de Olimpia, y la meta evitada por las ruedas candentes, así como la palma insigne, los alza hasta los dioses, señores de la tierra [2].

---

[1] Horacio, al igual que hacía en los *Epodos,* abre su libro de *Odas* con una dedicatoria a su amigo y protector, Gayo Cilnio Mecenas, colaborador de Octavio, descendiente por línea materna de una familia etrusca de Arretium (Arezzo), que había dado reyes o *lucumones* a la ciudad.

[2] En la enumeración de los diversos tipos de vida humana, según el objeto buscado en la misma (tópico que aparecía en los antiguos poetas —Solón, Píndaro, Baquílides— y del que se adueñaron los filósofos, recreándolo), nuestro poeta comienza por aquéllos que ansían conseguir la fama en los juegos olímpicos. En un poema preambular, en el que se termina hablando de la vocación lírica, esta referencia a los juegos debe entenderse también como una implícita alusión a los epinicios de Píndaro, cumbre de la poesía lírica según el canon alejandrino.

Disfruta éste, si la muchedumbre de inconstantes ciudadanos pugna por ensalzarlo con la triple magistratura [3]; aquél, si en su propio granero ha almacenado todo lo que se recoge en las eras de Libia.

Al que se goza en cavar con la azada los campos heredados de su padre, nunca lo persuadirás con las riquezas de Átalo [4] para que en nave chipriota, cual medroso marinero, corte el mar de Mirto [5]. El mercader, cuando teme al Ábrego combatiendo con las olas de Icaria [6], alaba el ocio y las campiñas de su ciudad, aunque luego repara las naves rotas, incapaz de soportar la pobreza [7].

Hay quien no desprecia ni unas copas de añejo Másico [8] ni pasarse parte de un día entero tumbado, con sus miembros tendidos ya bajo un verde madroño, ya junto al plácido manantial de una fuente sagrada [9].

A muchos les sirve de recreo el campamento, y el son de la trompa mezclada con el clarín, y las guerras, que las madres detestan.

Quédase bajo el frío cielo el cazador, sin acordarse de su dulce esposa, ya si sus fieles perros han avistado una cierva, ya si un jabalí marso [10] ha desgarrado las finas redes.

---

[3] Edilidad, pretura y consulado.

[4] Rey de Pérgamo, instaurador de una dinastía, prototipo de lujo y opulencia.

[5] Isla del Sur de Eubea.

[6] Una de las Cícladas que recibe su nombre a partir de Ícaro, el legendario volador frustrado. También al mar que la rodea se le llama Icario (cf. *Ilíada,* II, 143), en recuerdo de la mortal caída del héroe.

[7] El mismo pensamiento se esboza aquí que el desarrollado en el epodo II: también el usurero Alfio elogia la vida del campo, pero se ve preso por la rutina de su propio negocio y sigue viviendo como de costumbre.

[8] El Másico era un monte de Campania, en cuyas laderas abundaban las viñas productoras de un afamado vino.

[9] En estos versos queda retratada la imagen del sabio epicúreo, amante de la naturaleza, tal y como aparece en Lucrecio (II, 27 y ss.), figura que hasta cierto punto encarnan también los pastores teocriteos y virgilianos.

[10] Los marsos (cf. *Epodos,* n. 35), pueblo del Lacio. Abundaban los jabalíes en su comarca.

A mí la yedra, premio de frentes cultivadas, me reúne con los dioses de arriba; a mí la fresca espesura del bosque y los coros ligeros de las Ninfas acompañadas de los Sátiros me apartan de la plebe [11], siempre que Euterpe no haga callar sus flautas y Polihimnia [12] no se resista a tocar la lira de Lesbos [13]. Y si tú [14] me pones en la serie de los vates líricos, tocaré las estrellas con mi cabeza enaltecida.

## 2.

Ya bastante de nieve y aciago granizo ha enviado a la tierra el Padre [15] y, disparando con diestra rojiza contra los alcázares sagrados, ha movido a terror a la urbe; ha movido a terror a los pueblos, temerosos de que volviera el siglo funesto de Pirra [16], la que se quejó de prodigios nunca vistos, cuando Proteo [17] condujo su rebaño completo a ver las alturas de los montes, y cuando el linaje de los peces quedó colgado en la copa del olmo —la que hasta entonces fue morada habitual de las palomas—, y las medrosas gacelas nadaron en un mar derramado de sus orillas.

Hemos visto al rubio Tíber lanzarse impetuoso desde la costa etrusca, con su corriente encrespada, contra el

---

[11] Cf. *Odas,* III, 1, 1: «Odio al vulgo profano y me aparto de él.»

[12] Polihimnia y Euterpe son dos de las nueve Musas. Hijas de Júpiter y de Mnemósine, todas ellas son patronas de las diversas actividades espirituales y artísticas. El reparto de patronazgos entre las nueve, que es tradicional desde el Renacimiento, aparece en la Antigüedad de modo esporádico y con muchas divergencias. Horacio mismo, en su poesía lírica, tan pronto invoca a una como a otra. Sobre esta cuestión, v. A. Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica,* Madrid, 1975, pp. 73-75.

[13] Referencia a los poetas lesbios, Alceo y Safo, modelos de Horacio en su poesía.

[14] Con la renovada alusión a Mecenas, como al principio, se cierra esta oda en una composición anular.

[15] Júpiter.

[16] Mujer de Deucalión, los únicos que, según el mito clásico, se salvaron del diluvio.

[17] Dios marino, pastor de focas.

monumento del rey [18] y el templo de Vesta, mientras se ufanaba de ser el vengador de Ilia [19], quejosa en demasía, y errante se desbordaba de su ribera izquierda, río complaciente con su esposa, contra la voluntad de Júpiter.

La juventud, disminuida por el yerro de sus progenitores, tendrá noticia de que los conciudadanos han afilado un hierro, que mejor hubiera servido para que con él perecieran los temibles persas; tendrá noticia de las batallas.

¿A cuál de los dioses invocará el pueblo rogando por el edificio del imperio que se derrumba? ¿Con qué plegarias las sagradas vírgenes acosarán a Vesta, que se hace sorda a sus cánticos? ¿A quién dará Júpiter la misión de expiar el crimen?

Te pedimos que vengas por fin, cubriendo con una nube tus hombros resplandecientes, profeta Apolo.

O tú, si lo prefieres, sonriente diosa del Érix [20], en torno a la cual vuela el Juego y el Amor.

O tú, nuestro progenitor [21], si es que te vuelves a mirar a tu olvidado linaje y a tus nietos, demasiado cansado, ¡ay!, de las continuas prácticas deportivas [22], tú, a quien agrada el griterío y los pulidos yelmos y la mirada iracunda del infante moro contra el enemigo cubierto de sangre.

O tú, alado hijo de la nutricia Maya [23], si es que, cambiando tu figura, adoptas en la tierra el aspecto de un joven, consintiendo en llamarte vengador de César: ¡ojalá que sea tarde cuando regreses al cielo y alegre convivas largo tiempo con el pueblo de Quirino! [24], ¡no te arrebate una brisa demasiado apresurada a ti, molesto por nuestros yerros!; disfruta mejor aquí de tus grandes triunfos,

---

18 Un palacio construido por el rey Numa.

19 Ilia o Rea Silvia, amada por Marte y madre de Rómulo y Remo, fue posteriormente esposa del rey Tíber.

20 Venus, que en el monte Érix de Sicilia tenía un templo.

21 Marte, padre de la raza romana, por cuanto que era padre de Rómulo, fundador de la ciudad.

22 Que solían celebrarse en el Campo de Marte.

23 Mercurio, hijo de Júpiter y de la Atlántide Maya.

24 Nombre de Rómulo, una vez divinizado. Cf. *Epodos,* n. 87.

disfruta aquí al oírte llamar padre y príncipe, y no permitas, César, que, siendo tú el caudillo, cabalguen impunes los medos.

3.

¡Ojalá la diosa que impera en Chipre[25], ojalá los hermanos de Helena, refulgentes estrellas[26], y el padre de los vientos[27], encerrando a todos menos al Yápige[28], te guíen, oh nave, que nos debes a Virgilio[29], a ti confiado; entrégalo, sano y salvo, a las costas del Ática —te lo ruego— y consérvame la mitad de mi alma.

Madera de roble y triple lámina de bronce en torno al pecho tenía aquel hombre que por primera vez entregó una barquilla frágil al salvaje piélago[30], y no tuvo miedo del Ábrego arrollador pugnando con los Aquilones, ni

---

25 Venus, que nació en el mar, junto a Chipre, de donde su epíteto Cipris.

26 Cástor y Pólux, catasterizados en la constelación de Gémini y protectores de la navegación.

27 Eolo.

28 Viento del Noroeste, propicio para los que navegaban a Grecia.

29 El famoso poeta, amigo de Horacio, autor de las *Bucólicas*, las *Geórgicas* y la *Eneida*. En consecuencia, esta oda presenta un no leve problema de cronología, pues si Virgilio hizo su viaje a Grecia en el año 19 —como sabemos—, y los tres primeros libros de odas habían sido ya publicados en el 23, no se explica bien cómo Horacio pudo con tanta antelación referirse a la nave y a la travesía: no cabe otra razón para aclararlo sino entender que Virgilio abrigara el proyecto de tal viaje desde varios años antes de emprenderlo, y que alguna vez, antes del año 23, presto ya para hacerse a la mar —momento en el que Horacio escribirá la oda—, abandonara su intento en espera de mejor ocasión.

30 Tópico de la maldición contra el inventor de la navegación (cf. Propercio, I, 17, 13 y ss.; Séneca, *Medea,* 301 y ss.; Plinio el Viejo, *Hist. Nat.,* 19, 6), del que hallamos también un ejemplo en aquel soneto de Quevedo que comienza: «¡Malhaya aquel humano que primero / halló en el ancho mar la fiera muerte, / y el que enseñó a su espalda ondosa y fuerte / a que sufriere el peso de un madero!...»

de las funestas Híadas, ni de la furia del Noto [31], mayor que el cual no hay otro soberano en el Adriático, ya si se le antoja encrespar o menguar las olas.

¿Qué clase de muerte temió el que contempló con ojos sin lágrimas monstruos nadadores, el que contempló el mar turbulento y los montes Acroceraunios [32], escollos tristemente célebres?

En vano la divinidad providente separó las tierras poniendo el Océano en medio, si, a pesar de todo, barcas impías atraviesan los mares que no debieron tocar.

La raza de los hombres, audaz para afrontarlo todo, precipitóse sacrílegamente por lo prohibido.

Audaz el hijo de Jápeto [33], con malicioso hurto, trajo el fuego a los humanos.

Después que el fuego fue robado de la mansión celestial, la penuria y una nueva muchedumbre de dolencias se abatió sobre la tierra, y la fatalidad, antes tardía, de una muerte relegada apresuró su paso [34].

Dédalo [35] probó a volar por el aire vacío con alas que no le habían sido dadas al hombre. Se abrió paso a través del Aqueronte el esfuerzo de Hércules [36]. Nada se les antoja difícil a los mortales. En nuestra estulticia pretendemos el cielo mismo, y por culpa de nuestra maldad no dejamos que Júpiter deponga sus coléricos rayos.

---

31 El Ábrego, viento del Sudeste; el Aquilón, del Nordeste; el Noto, del Sur; las Híades, conjunto de estrellas integradas en la constelación del Toro, cuya aparición y ocaso solía coincidir con lluvias.

32 Acantilados en la costa del Epiro.

33 Prometeo.

34 Que en la edad de oro la muerte llegaba tarde es noticia que, aunque no es de extrañar en el conjunto de las condiciones óptimas de vida que para aquel tiempo se suponen, no aparece fuera de este texto. Hesíodo dice únicamente que morir era «como dejarse vencer por el sueño» *(Trabajos y días,* 116).

35 El mítico constructor del Laberinto que escapó de Creta volando junto con su hijo Ícaro, con alas de cera y plumas que él mismo fabricó.

36 En el duodécimo y último de sus trabajos Hércules penetró en el Hades, tras atravesar el Aqueronte —río infernal—, para capturar al perro Cérbero.

4.

Dilúyese el riguroso invierno con el retorno plácido de la primavera y del Favonio[37]; las máquinas arrastran las quillas secas; y ya ni el ganado se goza con los establos, ni el labrador con el fuego, ni blanquean los prados cubiertos de canas escarchas; ya la Citerea Venus guía los coros a la luz de la luna y las Gracias hermosas[38], unidas a las Ninfas, golpean alternativamente el suelo con su pie; en tanto, el ardiente Vulcano va a inspeccionar las fraguas laboriosas de los Cíclopes[39].

Ahora es el momento de coronar la cabeza esplendente con verde mirto o con la flor que producen las esponjadas glebas; ahora también es momento de hacer sacrificios a Fauno[40] en los bosques umbríos, ya lo reclame de cordera o lo prefiera de cabrito.

La pálida Muerte golpea con pie igualitario las cabañas de los pobres y las torres de los ricos. ¡Oh Sestio afortunado! La breve suma de la vida nos prohíbe poner cimientos a una esperanza larga. En seguida la noche, los Manes[41] de la leyenda y la enjuta morada de Plutón[42] te harán su víctima; tan pronto como hayas partido hacia allí, no sortearás con los dados la realeza en el vino[43], ni admirarás al tierno Lícidas, por quien los jóvenes todos se enardecen hoy y por quien mañana las muchachas se encandilarán.

---

37 Viento del Oeste, heraldo de la primavera. Su nombre griego, Zéfiro.

38 Diosas del cortejo de Venus, en número de tres: Aglaya, Eufrósina y Talia, hijas de Júpiter y de la Oceánide Eurínome. Horacio nos las muestra en actitud parecida a como las pinta Rubens en su famoso cuadro.

39 Los Cíclopes ayudaban a Vulcano, dios herrero, en su tarea. Habitaban en fraguas subterráneas, ya sea en el Etna, ya en la isla Lípari, ya en la isla de Lemnos.

40 Dios protector de los rebaños.

41 Espíritus de los muertos. Cf. *Epodos,* n. 37.

42 El Infierno.

43 El simposiarca o jefe del banquete, que ordenaba en qué medida se debía mezclar el vino.

## 5.

¿Qué esbelto muchacho en alfombra de rosas, ungido todo con líquidos perfumes, te abraza, Pirra, al cobijo de amena gruta?, ¿para quién te sueltas la rubia cabellera, sencilla en tus ornatos?

¡Ay!, ¡cuántas veces llorará las promesas quebrantadas y la mudanza de los dioses, y, desacostumbrado a ello, contemplará estupefacto los mares encrespados por negros vientos, él, que goza crédulo ahora de tu momento dorado, que espera encontrarte disponible siempre, complaciente siempre, sin acordarse de la brisa falaz!

¡Desgraciados aquellos ante quienes resplandeces sin que te hayan conocido!

En cuanto a mí, la pared del templo testimonia en una tabla votiva que he dejado colgadas mis vestiduras mojadas como ofrenda al dios que gobierna en el mar [44].

## 6.

Vario [45], águila del canto meonio, dirá de ti en sus escritos que eres valiente y vencedor de los enemigos, cualquiera que sea la hazaña que en las naves o con la caballería haya llevado a cabo el feroz soldado, siendo tú general.

Nosotros, en cambio, Agripa [46], no intentamos cantar tales temas ni la cólera funesta del Pelida [47], incapaz de doblegarse, ni el doble itinerario a través del mar del engañoso Ulises [48], ni la casa sangrienta de Pélope [49]; pues

---

[44] Neptuno.

[45] El poeta Vario Rufo, conocido por su tragedia *Tiestes,* pero también —a lo que aquí se alude con la perífrasis «águila del canto meonio» (es decir, homérico)— poeta épico; amigo de Virgilio y Horacio.

[46] El lugarteniente de Octavio, que había luchado a su lado en Nauloco, contra Sexto Pompeyo, y en Accio.

[47] Aquiles: referencia a la *Ilíada.*

[48] Referencia a la *Odisea:* los poemas homéricos como modelo de poesía épica.

carecemos de fuerza para tan solemnes argumentos, en tanto que la Vergüenza y la Musa, dueña de la lira pacífica, nos prohíben menoscabar las glorias del egregio César y las tuyas por nuestra falta de ingenio.

¿Quién escribiría dignamente acerca de Marte, cubierto con una coraza de acero, o de Meríones [50], ennegrecido por el polvo de Troya, o del Tidida [51], igualado a los dioses excelsos por obra de Palas?

Nosotros, banquetes; nosotros, reyertas de doncellas irritadas contra los jóvenes, que usan como arma sus uñas cortadas: eso es a lo que cantamos cuando estamos libres de amor; o bien al objeto de nuestro fuego, siempre que alguna pasión nos abrasa, frívolos cual de costumbre.

## 7.

Otros alabarán la esclarecida Rodas, Mitilene, Éfeso o las murallas de Corinto, la de los dos mares; Tebas famosa por Baco, o Delfos y el tesalio valle del Tempe [52], famoso por Apolo.

Hay quienes tienen como única tarea celebrar en un poema interminable la ciudad de la casta Palas [53], y mostrar en su frente la oliva, recogida por doquier.

Muchos cantarán, en alabanza de Juno, a Argos, buena para los caballos, y a la rica Micenas.

---

[49] Son los Pelópidas un paradigma mítico de crímenes monstruosos: Atreo asesinó a los hijos de su hermano Tiestes y se los sirvió en un banquete (cf. *Epodos*, n. 36). Este sería el tema de la tragedia *Tiestes*, de Vario Rufo, a la que aquí implícitamente se hace referencia. En esta *recusatio* (cf. introducción) se opone, como puede verse, la poesía épica y trágica —como *Musa gravis*— a la poesía lírica.

[50] Auriga del carro de Idomeneo en la guerra de Troya.

[51] Diomedes, famoso guerrero griego en la guerra de Troya.

[52] Valle de Tesalia, por el que corría el río Peneo, entre el monte Osa y el Olimpo. Se decía que allí se retiraba Apolo en invierno. Celebrado frecuentemente como lugar placentero en la poesía griega y latina.

[53] Atenas, que recibe su nombre del de la diosa, Palas Atenea.

A mí, sin embargo, no tanto me ha cautivado la austera Lacedemonia ni tanto la llanura de la feraz Larisa, como la morada de la resonante Albúnea y el Anio, que se precipita en cascadas cabe al bosque sagrado de Tiburno y sus huertos frutales regados por sinuosos arroyuelos [54]. Igual que el transparente Noto limpia con frecuencia de nubes el cielo oscuro y no produce lluvias infinitamente, así tú, mostrándote sabio, acuérdate de poner fin a la tristeza y las fatigas de la vida con el vino suave, Planco, ya si te retiene el campamento que brilla con las enseñas o si la espesa sombra de tu querido Tíbur te va a cobijar.

Teucro [55], aunque huía de Salamina y de su padre, cuentan que, no obstante, ciñó sus sienes, cargadas de vino, con una corona de álamo, hablando así a sus afligidos amigos: «Iremos allí adonde una fortuna, menos rigurosa que mi padre, nos lleve, oh camaradas y compañeros. Nada hay por qué desesperar si Teucro es el caudillo y el augur; pues Apolo, que conoce sin error el destino de Teucro, nos ha prometido que volverá a existir otra Salamina en una tierra nueva. ¡Oh vosotros, héroes valientes y sufridores muchas veces junto a mí de los trances peores, alejad ahora con vino las zozobras; mañana volveremos a emprender la marcha por la vasta llanura del mar!» [56]

---

54 Casi tan proverbial como el valle del Tempe llegó a ser en la literatura latina Tíbur (hoy Tívoli) y su comarca (en las riberas del río Anio —afluente del Tíber—, cerca de Roma). Albúnea era una legendaria sibila que dio nombre a la gruta de la que brotaba un manantial de aguas sulfurosas. Tiburno, el mítico fundador de Tíbur.

55 Hijo de Telamón, expulsado de Salamina por su padre a su regreso de Troya por no haber vengado a su hermano Áyax. Llegó a Chipre, donde fundó una ciudad a la que dio el nombre de su antigua patria.

56 Sobre el paralelo de estos versos con *Eneida,* I, 197 y ss., v. introducción, n. 6.

8.

Lidia, por todos los dioses, dime sinceramente: ¿por qué tanta prisa en perder a Síbaris con tu amor?, ¿por qué él, que era capaz de soportar el polvo y el calor, odia el soleado campo deportivo?, ¿por qué no cabalga entre sus camaradas de milicia y no castiga el hocico de los caballos gálicos con frenos dentados?, ¿por qué teme tocar el rubio Tíber?, ¿por qué evita el aceite con más cautela que si se tratara de sangre de víbora y no presenta ya amoratados los brazos de llevar las armas, él, que era famoso por lanzar a menudo el disco, a menudo la jabalina, más allá de la meta fijada,?, ¿por qué se esconde, como cuentan que hizo el hijo de la marina Tetis para protegerse de las matanzas lacrimosas en Troya, con miedo de que su atuendo varonil lo arrastrara a la muerte y a los batallones licios?

9.

Ves cómo el Soracte[58] se yergue blanco por una profunda capa de nieve, y no pueden ya los bosques sostener el peso que les agobia, y los ríos se han inmovilizado por efecto del hielo penetrante.

Disipa el frío echando leños en abundancia sobre el hogar y saca, oh Taliarco, con más generosidad aún, un vino de cuatro años de un ánfora sabina de dos asas. Deja lo demás al cuidado de los dioses; tan pronto como ellos han puesto calma en los vientos que combatían sobre la encrespada llanura del mar, dejan de agitarse los cipreses y los vetustos olmos.

Huye de preguntarme qué va a ser del mañana, y ten como ganancia el día, cualquiera sea, que la Fortuna te

---

[57] Aquiles, que fue escondido por su madre en la corte del rey Licomedes de Esciros, disfrazado de muchacha, para evitar que fuera a Troya. Ulises más tarde lo descubriría.

[58] Montaña del país de los faliscos, al Norte de Roma.

dé[59]; no desprecies, tú que eres joven, los dulces amores y los bailes en corro, en tanto que la tarda vejez se mantiene lejos de tu vigor.

Ahora debes frecuentar, a la hora prevista, la palestra y las plazas públicas, donde se escuchan callados susurros a la caída de la tarde; ahora, la placentera risa que delata a tu amiga, escondida en un recóndito rincón, y la prenda arrancada a sus brazos o a su dedo, que apenas ofrece resistencia.

## 10.

Mercurio, elocuente nieto de Atlas[60], que, astuto, modelaste los hábitos salvajes de los hombres, recién surgidos, con la voz y el ejercicio de la noble palestra, a ti te cantaré, como mensajero que eres del gran Júpiter y de los dioses, y padre de la corva lira, mañoso para ocultar con gracioso hurto cualquier cosa que haya sido de tu agrado.

Tú, niño aún, hiciste reír a Apolo que, mientras te asustaba amenazándote con sus gritos si no le devolvías los bueyes que le habías robado arteramente días antes, echó en falta su carcaj.

Añádase que también bajo tu guía, el opulento Príamo al salir de Ilio, engañó a los orgullosos Atridas, a los fuegos tesalios y al campamento enemigo de Troya[61].

Tú llevas de regreso las almas pías a sus mansiones bienaventuradas y con tu caduceo[62] dorado empujas la ingrávida caterva, siendo grato a los dioses del cielo y a los del abismo.

---

59 Una de las realizaciones horacianas del tema del *carpe diem,* con el consejo añadido —como en I, 11, 8— de no preocuparse por el mañana. Este pasaje nos recuerda el evangélico de *Mt.,* 6, 34: «No os inquietéis, pues, por el mañana; porque el día de mañana ya tendrá sus propias inquietudes; bástale a cada día su afán.»

60 Por ser hijo de Maya, hija de Atlas.

61 Cuando fue a reclamar de Aquiles el cadáver de su hijo Héctor (cf. *Ilíada,* XXIV, 332 y ss.).

62 Atributo de Mercurio, especie de varita mágica.

11.

Tú no preguntes —¡pecado saberlo!— qué fin a mí, cuál a ti dieron los dioses, Leucónoe, ni las babilonias cábalas [63] consultes.

¡Cuánto mejor soportar lo que venga, ya si muchos inviernos nos ha concedido Júpiter o si es el último éste que ahora deja sin fuerzas al mar Tirreno batiéndolo contra los escollos que se le enfrentan!

Sé sabia, filtra el vino y, siendo breve la vida, corta la esperanza larga. Mientras estamos hablando, habrá escapado envidiosa la edad: aprovecha el día [64], fiando lo menos posible en el que ha de venir.

12.

¿A qué varón o héroe, Clío [65], pretendes celebrar con la lira o la aguda flauta?, ¿a qué dios?, ¿de quién será el nombre que el eco juguetón hará resonar en las sombrías regiones del Helicón, o en las alturas del Pindo o del helado Hemo [66], desde donde los bosques siguieron ciegamente al melodioso Orfeo [67], que en virtud del arte aprendido de su madre detenía los veloces cursos de los ríos y los rápidos vientos y era capaz de atraer con su hechizo, al son de sus cuerdas canoras, a un auditorio de encinas?

---

[63] A saber, las cartas astrales de los caldeos que presumían adivinar el porvenir. Babilonia o Caldea era la cuna de la astrología.

[64] Esta es la más famosa plasmación horaciana del tema del *carpe diem*, donde se encuentra la fórmula que da nombre al tema.

[65] Una de las Musas, cuyo nombre sugiere la idea de gloria (cf. n. 12).

[66] El Helicón, el Pindo y el Hemo, montes de Beocia, Tesalia y Tracia, respectivamente. El primero de ellos está consagrado a las Musas.

[67] El famoso músico tracio, cuya melodía tenía el poder de atraer animales, árboles, ríos y vientos. Era hijo de la Musa Calíope.

¿Qué otra cosa diré, en primer lugar, sino las habituales alabanzas al Padre [68], que regula los asuntos de hombres y dioses, el mar y la tierra, el universo, con las diversas estaciones?, por quien nada mayor es engendrado que él mismo, ni existe nada semejante o que le siga inmediatamente; no obstante, los honores más cercanos los obtuvo Palas [69]; tampoco te silenciaré a ti, Líber [70], audaz en las batallas, ni a la Virgen enemiga de las bestias salvajes [71], ni a ti, Febo, temible por tu flecha certera; cantaré también al Alcida [72] y a los hijos de Leda [73], uno ilustre por sus victorias hípicas, otro por sus victorias con los puños, cuya clara estrella tan pronto como emite sus destellos para los marineros, retíranse de los acantilados las agitadas aguas, se calman los vientos disipándose las nubes, y la ola amenazante se abate sobre el ponto, puesto que así lo quisieron ellos; después de éstos dudo si hacer antes mención de Rómulo [74], del pacífico reino de Pompilio [75], de las fasces orgullosas de Tarquino [76], o de la muerte gloriosa de Catón [77]; a Régulo [78] y a los Escauros [79], y a Paulo [80], pródigo de su gran alma con

---

[68] Júpiter.
[69] Minerva, que brotó de la cabeza de Júpiter.
[70] Baco.
[71] Diana, patrona de la caza.
[72] Hércules, llamado así por ser nieto de Alceo.
[73] Cástor y Pólux (cf. n. 26).
[74] El fundador y primer rey de Roma.
[75] Numa Pompilio, segundo rey de Roma.
[76] Tarquino el Soberbio, último rey de Roma.
[77] Catón de Útica, prototipo de virtudes, enemigo de César y defensor de la República en la guerra civil, que se suicidó después de la derrota de Farsalia.
[78] Otro personaje de tiempos republicanos, ejemplo de honradez, que con ocasión de las guerras púnicas tuvo una actuación singular: prisionero de los cartagineses, le fue permitido ir a Roma para llevar un mensaje al Senado con la promesa de regresar, promesa que cumplió a pesar de haber podido quedarse (cf. III, 5, 13 y ss.).
[79] Familia romana, de la que padre e hijo protagonizaron un suceso curioso y tenido por ejemplar entre los romanos: Marco Emilio Escauro, príncipe del Senado, después de la derrota de los romanos en la guerra contra los cimbrios (año 102 a. C.), prohi-

ocasión de la victoria cartaginesa, exaltaré con Camena de altos vuelos, así como a Fabricio [81]; a éste y a Curio [82], de cabellera descuidada, y a Camilo [83], la cruel pobreza y la heredad de sus padres, con el hogar digno de ellos, les hizo serviciales para la guerra. Crece ocultamente como un árbol la fama de Marcelo [84] con el paso del tiempo; brilla entre todas la estrella de Julio, como la luna entre los fuegos menores; hijo de Saturno [85], padre y pastor de la raza humana, los hados te han asignado el cuidado del gran Julio: siendo él tu segundo, reinarás; él, ya si ha llevado por delante domeñados en el merecido triunfo a los partos, que amenazaban el Lacio, o a los sometidos seres [86] y a los indos de la comarca oriental, gobernará con justicia el orbe, que de ello se alegra, siendo inferior a ti; tú recorrerás el Olimpo con tu pesado carro, tú lanzarás los rayos enemigos contra los bosques profanados.

## 13.

Cuando tú, Lidia, alabas el rosado cuello de Télefo, y de Télefo sus brazos de color de cera, mi hígado [87], ¡ay!,

---

bió que su hijo se le acercara y éste, avergonzado por la afrenta, se suicidó.

80 Paulo Emilio, cónsul, que se suicidó después de la victoria cartaginesa en Cannas.

81 C. Fabricio Luscino, general vencedor de Pirro en Benevento.

82 M. Curio Dentato, héroe de la guerra contra los samnitas. Lo llama «de cabellera descuidada» para caracterizarlo como austero frente al lujo y molicie que imperaban en la Roma contemporánea.

83 Conquistador de Veyos.

84 Se trata sin duda del sobrino de Octavio, hijo de su hermana, muerto prematuramente. O bien de su antepasado, el conquistador de Siracusa.

85 Júpiter.

86 Pueblo de los confines orientales de Asia, más allá de la India.

87 Sede para los antiguos de las emociones y del deseo amoroso.

se inflama ardiente de bilis amarga. Entonces ni la razón ni el color se me mantienen en su sede habitual, y las lágrimas se deslizan furtivamente por mis mejillas, dando fe de cuánto me atormentan en lo más íntimo los lentos fuegos.

Me abraso, tanto si las disputas exacerbadas por el alcohol te amorataron los hombros blancos, como si un joven delirante imprimió con sus dientes en tus labios una señal que lo atestigua.

No esperes —si aún me prestas oídos— que vaya a permanecer siempre a tu lado aquél que hiere brutalmente esa dulce boquita tuya, que Venus impregnó con la quinta porción de su néctar.

¡Felices tres y más veces aquéllos a quienes les posee una no rota unión, y su amor, sin que las maliciosas querellas lo hayan quebrantado, se disuelve no antes del día postrero!

## 14.

¡Oh nave [88], oleajes nuevos te arrastrarán al mar! ¡Oh!, ¿qué haces? ¡Ánclate firmemente en el puerto! ¿No ves cómo tu flanco está desnudo de remos, cómo gime el mástil, herido por el Ábrego veloz y cómo las antenas; y que sin cables apenas pueden las quillas oponer resistencia al mar cuando se encrespa tanto?

Tus velas no están enteras, ni tienes dioses a los que

[88] Se interpreta desde antiguo (Quintiliano, VIII, 6, 44) esta oda como una alegoría. La nave es un símbolo del estado. Es imitación de Alceo. Imitada, a su vez, a menudo por nuestros clásicos, y señaladamente por Lope de Vega en aquella famosa composición que comienza:

Pobre barquilla mía, 8,
entre peñascos rota,
sin velas desvelada,
y entre las olas sola;
¿adónde vas perdida?,
¿adónde, di, te engolfas?...

invocar, cuando te haya hundido la desgracia por segunda vez.

Aunque te jactes de ser un pino del Ponto, nacido en ilustre bosque, y te jactes de tu linaje y de tu nombre inútil, ninguna confianza pone el marinero, si tiene miedo, en tu popa pintada.

Ten cuidado, si no quieres ser juguete de los vientos.

Tú, que hasta hace poco eras para mí fastidio molesto, anhelo y preocupación no pequeña ahora, ¡líbrate de las aguas que se extienden entre las Cícladas brillantes! [89]

## 15.

Cuando el fementido pastor [90] se llevaba a través de los mares en sus naves del Ida a Helena, su anfitriona, Nereo [91] hizo calmarse a los rápidos vientos con quietud desapacible para profetizar unos destinos desastrosos: «Bajo funesto augurio llevas a tu palacio a ésa, a la que Grecia reclamará con multitud de soldados, tras haberse conjurado para romper tus nupcias y el reino antiguo de Príamo.

¡Ay!, ¡ay!, ¡cuánto sudor espera a los caballos, cuánto a los hombres!, ¡cuántos funerales suscitas para la

---

[89] Este epíteto aplicado a las islas se explica por el mármol de que son productoras.

[90] Paris, que fue pastor en el monte Ida.

[91] Dios marino y, como otros dioses marinos, dotado del don de profecía. Así también aparece profetizando otros dios marino, Proteo, en *Odisea,* IV, 351-570, en *Geórgicas,* IV, 429-52, y en *Metamorfosis,* XI, 224-65; el río Tíber profetiza, a su vez, en *Eneida,* VIII, 30-65. En pos de esta tradición antigua, los poetas siguen haciendo hablar a los dioses del agua para expresar vaticinios: Garcilaso, por ejemplo, en su égloga II, 1169-1827, cuenta cómo el río Tormes adoctrinó sobre el futuro al mago Severo. Y Fray Luis de León, en su profecía del Tajo, imitada directamente de la presente oda, hace hablar al río avisando al rey don Rodrigo de las funestas consecuencias que tendrían sus amores con la Caba. Cf. A. Magariños, «Oda I, 15», *Emerita,* IV, 1936, pp. 30-37, que sigue la interpretación según la cual en esta oda se aludiría alegóricamente a los amores de Antonio y Cleopatra.

nación dárdana!, ya Palas prepara su yelmo y su égida, su carro y su cólera.

En vano, al amparo de Venus, peinarás jactancioso tu cabellera, y con cítara ajena a la guerra modularás las canciones de que gustan las mujeres; en vano esquivarás en el tálamo las pesadas lanzas y las flechas fabricadas con caña de Cnoso[92], el fragor, y a Áyax, veloz en la persecución; a pesar de todo, ¡ay!, mancharás a la postre con el polvo tu adúltero atavío.

¿No ves al hijo de Laertes[93], perdición de tu linaje?, ¿no ves a Néstor de Pilos?[94] Te acosan impávidos Teucro de Salamina[95] y Esténelo[96], perito en la batalla y auriga no perezoso si urge guiar a los caballos. Conocerás también a Meríones[97]. Hete aquí que enloquece por encontrarte el fiero hijo de Tideo[98], más ilustre que su padre, ante quien tú, como un ciervo, olvidándose del pasto al ver un lobo en la otra vertiente del valle, escaparás cobarde con jadeante respiración y sin cumplir las promesas que a tu dueña habías hecho.

La flota encolerizada[99] de Aquiles aplazará su día a Ilio y a las matronas de los frigios; mas, después de contados inviernos, el fuego aqueo abrasará las mansiones ilíacas».

---

92 Capital de Creta, isla famosa por sus arqueros.
93 Ulises.
94 El célebre y anciano orador de la *Ilíada.*
95 Cf. *Odas,* I, 7, 21 y ss.
96 Guerrero griego, amigo de Diomedes.
97 Cf. n. 50.
98 Diomedes.
99 El adjetivo conviene más a Aquiles que a su flota, pues fue Aquiles el que, encolerizado contra Agamenón (asunto con el que se abre la *Ilíada),* dejó de combatir y dio lugar a que los troyanos prevalecieran durante cierto tiempo. Tenemos, pues, la figura llamada hipálage.

## 16.

¡Oh hija más hermosa que tu hermosa madre!, pon el término que quieras a mis yambos injuriosos [100]: en el fuego, si te parece bien, o en el mar Adriático.

No de igual modo la diosa del Díndimo [101], ni el Pitio dios [102] que habita en el santuario agita la mente de sus sacerdotisas, ni Líber [103], ni de tal manera los Coribantes [104] golpean con redobles el bronce estridente, como las iras funestas, a las que ni amedrenta la espada nórica, ni el mar proceloso, ni el fuego cruel, ni Júpiter mismo precipitándose con estrépito aterrador.

Dícese que Prometeo se vio obligado a añadir al barro [105], materia prima nuestra, partículas arrancadas de todos los seres, y que en nuestro pecho [106] puso la violencia del león rabioso.

Las iras abatieron a Tiestes [107] a raíz de un penoso asesinato, y se constituyeron en causas primeras para la radical destrucción de las elevadas ciudades y para que un ejército orgulloso lanzara el arado enemigo sobre sus murallas.

Refrena tu espíritu; a mí también, en la dulce juventud, la efervescencia del corazón me sedujo y arrastró, enloquecido, a los yambos de ritmo rápido [108]: ahora, por el

---

100 Alusión a su obra anterior, los *Epodos*.

101 Cibeles, que tenía un templo en el monte Díndimo, en Frigia.

102 Apolo. El epíteto Pitio es sinónimo de Délfico, puesto que Pito es un nombre antiguo de Delfos; allí el dios tenía un santuario del que aún se conservan restos.

103 Baco.

104 Sacerdotes de Cibeles.

105 Se desconoce la fuente para esta versión sobre los orígenes del hombre, que ofrece un conspicuo paralelismo con el relato del *Génesis*. Después de Horacio, aparece en Ovidio, *Metamorfosis*, I, 76 y ss.

106 En el texto latino dice propiamente «estómago», sede para los antiguos del buen y del mal humor.

107 No hay, parece, otro modo de interpretar este pasaje sino entender que fueron las iras de Atreo las que recayeron sobre Tiestes con ocasión del macabro banquete que le preparó (cf. n. 49).

108 Otra vez alusión a los *Epodos*.

contrario, deseo cambiar lo amargo por lo suave, con tal que, retractado de mis maldiciones, tú te hagas mi amiga y me devuelvas tu favor.

## 17.

Muchas veces Fauno [109] se traslada, veloz, del Liceo [110] al placentero Lucrétil [111] y protege sin cesar a mis cabras del calor ardiente y de los vientos húmedos.

Sin sufrir daño alguno, las hembras del maloliente marido [112] buscan los madroños escondidos y los tomillos, lejos de los caminos, por la resguardada espesura del bosque, y no temen a las verdes culebras ni a los marciales lobos de Hedilia [113], siempre que la dulce zampoña, Tíndaris, resuena en los valles y en los lisos roquedales de las pendientes de Ustica [114].

Los dioses me guardan y gustan de mi piedad y mi canto.

Aquí, la Abundancia [115] derramará para ti de su fecundo cuerno hasta la saciedad la riqueza de los frutos con que nos honra el campo. Aquí, en un valle apartado, evitarás los ardores de la Canícula y, acompañándote con la lira de Teos [116], cantarás a Penélope y a la marina Circe, angustiadas ambas por un mismo hombre [117]. Aquí, a la sombra, vaciarás las copas del suave vino de Lesbos, y

---

109 Cf. n. 40.

110 Montaña de Arcadia, país originario del dios Pan, con quien a menudo se asimila Fauno. Así lo parece también aquí.

111 Montaña de Sabina, cercana a la finca de Horacio regalada por Mecenas.

112 Perífrasis designadora del macho cabrío.

113 Debe de referirse el poeta a una región determinada dentro de la Sabina, aunque no aparece en ningún otro texto antiguo tal nombre.

114 Otro nombre de montaña próxima a la finca de Horacio.

115 Divinización de un concepto abstracto. Su atributo: la cornucopia o cuerno de la abundancia.

116 Es decir, la propia de Anacreonte, poeta del vino y del amor, natural de Teos.

117 Por Ulises.

ni el Tioneo[118] hijo de Sémele se enzarzará en combates con Marte, ni, siendo tú objeto de sus sospechas, temerás al vehemente Ciro, no vaya a ser que lance sus incontinentes manos contra ti, su desigual adversaria desgraciadamente, y rompa la guirnalda que se ajusta a tus cabellos, y tus vestiduras, que no lo merecen.

## 18.

Ningún árbol, Varo, plantes antes de la vid sagrada en los aledaños del fértil suelo de Tíbur y de las murallas de Catilo[119]. Pues a los abstemios la divinidad todo se lo ha hecho ver dificultoso, y de ningún otro modo se ahuyentan las mordaces inquietudes. ¿Quién, después de beber vino, prorrumpe en reproches contra la molesta milicia o la pobreza? ¿Quién no, más bien, te invoca a ti, padre Baco, y a ti, hermosa Venus?

Pero que nadie se exceda en los dones del moderado Líber: de ello nos previene la contienda de los Centauros contra los Lápitas, que tuvo lugar por causa del alcohol; nos previene Evio[120], no indulgente para con los sitonios, cuando, desenfrenados en sus pasiones[121], disciernen con oscura frontera lo lícito de lo ilícito.

No te agitaré yo a ti, resplandeciente Basareo[122], en contra de tu voluntad, ni, arrebatándolos, llevaré a cielo descubierto los objetos que el follaje abigarrado ocultó.

---

118 Epíteto de Baco.

119 Fundador, junto con Tiburno y Coras, sus hermanos, de la ciudad de Tíbur (cf. n. 54).

120 Baco. Relacionado este epíteto con el grito ritual de las Bacantes «¡evohé!».

121 Entiendo que *libidinum* determina a *avidi*: «ansiosos de pasiones», es decir, «de satisfacer sus pasiones», o lo que es lo mismo, «desenfrenados en sus pasiones». Los sitonios son los tracios. Consta en el mito que Baco castigó a Licurgo, rey de los tracios, por haberlo expulsado del país.

122 Otro epíteto de Baco, relacionado con el nombre de Basárides que se daba a sus seguidoras, las Bacantes, por cubrirse con una piel de zorro o *bassára*.

Pon límite a los bárbaros tambores acompañados del cuerno de la Berecintia [123], a quienes va siguiendo el ciego Amor propio y la Vanidad, que levanta su cabeza hueca más de lo justo, junto con la Indiscreción reveladora de secretos, más transparente que el cristal.

## 19.

La madre cruel de los Amores [124], el hijo de la tebana Sémele [125] y la Licencia lasciva me ordenan dar vida de nuevo a los amores rotos.

Me abrasa el brillo de Glícera, deslumbrante con más pureza que el mármol de Paros; me abrasa su dulce osadía, y su rostro tan peligroso de mirar.

Corriendo a mí Venus toda, Chipre dejó [126] y no consiente que cante yo a los escitas ni al parto, que se ufana de montar en caballos al revés, ni los temas que en nada le atañen [127].

Aquí poned verde césped, aquí, muchachos, traedme sacro follaje e incienso, con una pátera de vino de dos años: que una vez sacrificada la víctima, vendrá más clemente la diosa.

## 20.

Beberás en vasos pequeños un vino barato de Sabina, que yo mismo en vasija griega guardé y taponé con pez, cuando en el teatro te aplaudieron tanto, querido caba-

---

[123] Cibeles, llamada así por recibir culto en el monte Berecinto en Frigia.

[124] Venus. A veces, como aquí ocurre, aparece pluralizado el dios Cupido.

[125] Baco. Es un típico rasgo poético este gusto por la perífrasis: «madre de los Amores», «hijo de Sémele».

[126] Pues en Chipre tenía la diosa uno de los lugares de culto (cf. n. 25).

[127] Tópico de la *recusatio* (cf. introducción). Oposición de temas bélicos (épicos) a amorosos (líricos).

llero Mecenas, que las riberas del río de tus antepasados y el eco juguetón del monte Vaticano te devolvieron al mismo tiempo las alabanzas [128].

Tú beberás vino Cécubo y la uva que ha prensado el lagar de Cales; no componen la mezcla de mis copas ni las vides de Falerno ni las que crecen en los cerros de Formias [129].

## 21.

Cantad a Diana, jóvenes doncellas; cantad, muchachos, al intonso Cintio [130] y a Latona [131], a la que Júpiter supremo amó con todo su corazón.

Vosotras, a la que se huelga con los ríos y la fronda de los bosques, cualesquiera que hacia lo alto se elevan en el Álgido helado o en las tenebrosas selvas del Erimanto o en las del Crago verdeante [132].

Vosotros, los varones, ensalzad con otras tantas alabanzas al Tempe [133] y a Delos, tierra natal de Apolo, y el hombro insigne por el carcaj y por la lira, regalo que su hermano [134] le hizo.

Él, movido por vuestra plegaria, apartará de nuestro pueblo y del príncipe César la guerra lacrimosa; él, la miseria del hambre y la peste, desviándolas a los persas y a los britanos.

---

[128] Esto ocurrió cuando Mecenas, después de una grave enfermedad, reapareció otra vez en público en el teatro de Pompeyo (año 30). El río de sus antepasados era el Tíber, que nacía en Etruria (cf. n. 1).

[129] Cécubo, Cales, Falerno, Formias: localidades productoras de vinos (cf. *Epodos*, nn. 22 y 46).

[130] Apolo, llamado así por el monte Cinto de la isla de Delos, donde había nacido el dios.

[131] Madre de Apolo por Júpiter.

[132] Referencia a Diana. Se nombran escenarios silvestres del gusto de la diosa: el Álgido, monte del Lacio; el Erimanto, monte de Arcadia; el Crago, monte de Licia.

[133] Cf. n. 52.

[134] Mercurio.

## 22.

El que lleva una vida honesta y está libre de crimen, Fusco, no tiene necesidad de venablos moros ni del arco ni del carcaj cargado de flechas envenenadas, tanto si se dispone a viajar por las Sirtes tormentosas [135] o si por el Cáucaso inhospitalario o por las regiones que el fabuloso Hidaspes [136] baña. Pues en el bosque sabino, mientras cantaba a mi Lálage y, descargado de zozobras, deambulaba más allá de los confines, huyó de mí, a pesar de ir desarmado, un lobo, monstruo cual no lo alimenta la belicosa Daunia [137] en sus extensos encinares, ni lo produce la tierra de Juba [138], arenosa nodriza de leones.

Llévame a los infecundos llanos donde no hay árbol ninguno que sea reanimado por la brisa del estío, región del mundo a la que agobian las nieblas y un Júpiter [139] desapacible; llévame bajo el carro de un sol demasiado cercano, en la tierra en la que no existen casas: seguiré amando a Lálage, la que dulcemente sonríe, la que dulcemente habla.

## 23.

Me esquivas, Cloe, igual que el cervatillo que busca a su medrosa madre por lo intrincado de las montañas, no sin un vano temor a las brisas y al bosque; pues si la llegada de la primavera hace estremecerse a las móviles hojas, o si los verdes lagartos remueven las zarzas, le tiembla el corazón y las rodillas.

---

135 Bajíos peligrosos para los barcos. Había dos: los mayores, próximos a Libia, y los menores, frente a Túnez.

136 Río de la India, afluente del Indo (hoy el Djelem). Decíase que arrastraba oro y piedras preciosas.

137 Apulia, llamada también Daunia a partir del legendario rey Dauno que allí gobernó.

138 Juba fue rey de Numidia.

139 Metonimia por clima, atmósfera, cielo. Júpiter, además de rey de los dioses, era dios del cielo y de los fenómenos atmosféricos.

Sin embargo, no voy yo en pos de ti para destrozarte, cual tigresa salvaje o león de Getulia [140]: deja de una vez de seguir a tu madre, tú, que eres ya madura para el varón.

## 24.

¿Qué recato o moderación ha de haber en la añoranza de persona tan querida? Inspírame cantos lúgubres, Melpómene [141], tú, a quien el padre concedió voz melodiosa al ritmo de la cítara.

¿Es verdad, pues, que a Quintilio [142] un perpetuo sueño lo abruma? ¿Cuándo encontrarán alguien semejante a él la Vergüenza, la incorrupta Fidelidad, hermana de la Justicia, y la desnuda Verdad?

Él murió, digno de ser llorado por muchos hombres virtuosos, mas para nadie más digno de llanto que para ti, Virgilio [143]; tú, piadoso en vano, ¡ay!, reclamas de los dioses a Quintilio, que no les fue entregado bajo leyes tales. Ni si pulsaras más dulcemente que el tracio Orfeo la lira que los árboles escucharon, ¿qué?, ¿volvería tal vez por eso la sangre a la inane sombra, una vez que Mercurio —que ni con ruegos se ablanda para hacer que el destino retroceda— la haya empujado hasta el rebaño tenebroso con su horrible caduceo? [144] Duro es; pero lo prohibido de enmendar se hace más llevadero gracias a la paciencia.

## 25.

Los jóvenes osados no golpean tan frecuentemente con toques continuos tus ventanas cerradas, ni te roban el

140 De Numidia.
141 Una de las Musas (cf. n. 12).
142 Crítico famoso, nacido en Cremona y amigo de Virgilio.
143 Cf. n. 29.
144 Cf. n. 62.

sueño; y la puerta, que antaño muy complaciente movía los goznes, gusta ahora del umbral; escuchas menos y menos ya aquello de «¿Duermes, Lidia, mientras yo, que soy tuyo, me consumo a lo largo de las noches?».

Llegará el tiempo en que tú, vieja casquivana, llorarás el desprecio de los libertinos en un callejón solitario, mientras el viento de Tracia [145] aumenta su furia al ocultarse la luna, cuando el amor ardiente y la pasión, que suele enloquecer a las madres de los potros, muestre su crudeza en torno a tu hígado llagado [146], y te quejarás de que la ufana juventud se goce más con la hiedra verde y el oscuro mirto, y de que consagre las ramas secas al Hebro [147], compañero del invierno.

## 26.

Amigo de las Musas, entregaré la tristeza y los miedos a los vientos impetuosos para que los lleven al mar de Creta, despreocupado por completo de qué rey de la helada región, bajo la Osa [148], se hace temer, de qué es lo que amedrenta a Tiridates [149].

¡Oh tú, que en las fuentes de agua pura te huelgas, trenza flores nacidas al sol, trenza una corona a mi querido Lamias, dulce Pimpleide! [150]

Mis elogios de nada valen sin ti; a éste con renovados acordes, a éste, con la lira de Lesbos [151], es el momento oportuno de que tú y tus hermanas lo inmortalicéis.

---

145 El Bóreas, viento del Nordeste.

146 Cf. n. 87.

147 Río de Tracia: su nombre es asociado al frío y al invierno.

148 Es decir, en la región norteña, pues que las dos Osas eran constelaciones septentrionales.

149 Rey de los partos. Destronó a Fraates, que a su vez lo destronó, y tal es el objeto de su temor, al que se refiere Horacio.

150 Musa. Pimpla era nombre de una ciudad y una fuente consagrada a las Musas en Macedonia.

151 Es decir, con la poesía de la que Safo y Alceo, poetas lesbios, son los modelos.

## 27.

Pelear con las copas, que han sido fabricadas para fines alegres, es propio de los tracios: dejad esa costumbre bárbara y mantened lejos de las sangrientas luchas a Baco, que merece respeto.

¡En qué desacuerdo tan brutal está el alfanje medo con el vino y las candelas! Calmad ese inhumano griterío, camaradas, y permaneced apoyándoos sobre el codo.

¿Queréis que yo también tome un trago de añejo Falerno [152]? Díganos entonces el hermano de Megila, la de Opunte [153], qué herida le hace feliz, qué saeta le está matando. ¿Se me niega ese capricho? No beberé si no es con tal condición. Cualquiera que sea la Venus que te doblega, no te abrasa con fuegos de los que debas avergonzarte; honorables son siempre tus deslices en el amor. Cualquier cosa que sea lo que nos ocultas, ¡ea!, confíalo a oídos discretos.

... ¡Ay, ¡pobre de ti!, ¡por qué gran Caribdis [154] te apurabas tú, joven digno de mejor llama! ¿Qué hechicera, qué brujo te podrá liberar con brebaje de Tesalia [155], qué dios?

A duras penas Pégaso [156] te sacará del enredo, encadenado como estás por la Quimera [157] de triple forma.

## 28.

—A ti, Arquitas [158], medidor del mar y la tierra, y de los granos de arena imposibles de contar, te tiene dete-

---

152 Cf. n. 129 y *Epodos*, nn. 22 y 46.

153 Ciudad griega de la Lócride.

154 Monstruo marino devorador de hombres. Aquí metáfora.

155 Pues Tesalia era tierra de brujas.

156 El mítico caballo alado del que fue jinete Belerofontes para matar a la Quimera.

157 Monstruo híbrido de león, cabra y serpiente.

158 Arquitas de Tarento, geómetra y filósofo pitagórico contemporáneo de Platón, enterrado al pie del monte Matino en el litoral de Apulia. Entendemos que la oda es un diálogo entre un

nido junto a la playa del Matino la ofrenda insignificante de un poco de polvo, y de nada te vale el haber alcanzado las mansiones etéreas y haber escudriñado el redondo globo del mundo con tu inteligencia mortal.

Murió asimismo el padre de Pélope [159], huésped de los dioses en sus banquetes, Titono [160], ascendido a los aires, y Minos [161], que fue llamado a participar en los secretos de Júpiter; y el Tártaro encierra al hijo de Pántoo [162], sumergido en el Orco [163] por segunda vez, aunque, tras atestiguar con su escudo desclavado que había vivido en tiempos de Troya, ninguna otra cosa concedió a la tenebrosa muerte sino nervios y piel; y no era a juicio tuyo investigador torpe de la naturaleza y de la verdad. Pero a todos nos espera una noche única y el camino de la muerte que sólo una vez habremos de pisar.

A unos las Furias [164] se los entregan al fiero Marte para que sirvan de espectáculo; de la muerte de los marineros está deseoso el mar; se aglomeran las exequias mezcladas de los ancianos y de los jóvenes, ninguna cabeza rechaza la inmisericorde Prosérpina [165].

—A mí también el Noto, compañero presuroso de Orión declinante [166], me sumergió en las olas de Iliria [167].

---

presunto marinero, identificado con el poeta, y el cadáver de Arquitas, que yace insepulto aún en la playa, tras haberse ahogado.

159 Tántalo.

160 Hermano de Príamo, del que se enamoró la Aurora, haciéndolo su esposo.

161 Hijo de Júpiter y Europa, rey de Creta. En el más allá era juez de los muertos.

162 Euforbo, soldado griego en la guerra de Troya que, a su regreso, consagró su escudo en el templo de Juno en Argos. Pitágoras pretendía que, en virtud de la metempsícosis que él predicaba, el alma de Euforbo se había reencarnado de nuevo en su cuerpo y lo probó reconociendo a simple vista su escudo en el templo de Juno, pues, efectivamente, cuando lo desclavaron encontraron inscrito en el reverso el nombre de Euforbo.

163 Otro nombre para designar al Hades o infierno.

164 No ya, como en la tragedia de Esquilo, diosas de la venganza de los crímenes de familia, sino diosas de la locura e incitadoras de la guerra, como en Virgilio, *Eneida,* VII, 325 y ss.

165 Esposa de Plutón, rey del infierno.

166 Cuando se esconde la constelación de Orión, a mediados de

Pero tú, marinero, no seas mezquino y dejes de dar a mis huesos y a mi cabeza insepulta un poco de esa arena que el viento arrastra: ¡ojalá que las amenazas que el Euro [168] lanza sobre las olas de Hesperia azoten los bosques de Venusia [169] manteniéndote a salvo tú, y que un cúmulo de bienes, de allí de donde puedan obtenerse, fluyan para ti concedidos por Júpiter y por Neptuno, protector de la sagrada Tarento [170]. ¿No te da cuidado cometer un fraude que puede luego perjudicar a tus hijos inocentes? Quizá el pago merecido por ello y la vicisitud altanera te aguarden a ti mismo: no quedaré yo sin vengar mis súplicas y ninguna víctima expiatoria te purificará.

Aunque vas con prisa, no es larga la demora que te pido; podrás correr cuando me hayas echado tres puñados de tierra [171].

---

Noviembre, son frecuentes las tempestades promovidas por el Noto, viento del Sur.

167 En el mar Adriático. Esto explica por qué Arquitas fue a parar a las playas de Apulia. Frente a la anterior enumeración de casuística de la muerte, hecha por el marinero Horacio, con la que suponemos acaba su parlamento, Arquitas comienza el suyo hilando con el anterior y añadiendo su propio caso de muerte como uno más. Ahora bien, conviene recordar que el propio Horacio estuvo al borde de la muerte por naufragio en una ocasión, muy probablemente al regreso de la batalla de Filipos y también en el mar Adriático, lo que haría tan verosímil atribuir estos versos al parlamento del marinero como al de Arquitas, siempre que no se entienda «me sumergió» como sinónimo de «me ahogó» (en cuyo caso, naturalmente, sólo convendrían al de Arquitas). Por otra parte, tal fórmula de ruptura puede ser el «a mí también» *(me quoque* —v. 21—) como el «pero tú» *(at tu* —v. 23—). Sobre tal problemática, cf. J. Iso Echegoyen, «Notas para un comentario a Horacio, *Carm.*, I, 28», *Estudios Clásicos,* 77, 1976, pp. 73-91; y A. Sierra de Cózar, «La oda a Arquitas: una lectura no leída», *Actas del I Congreso Andaluz de Estudios Clásicos,* Jaén, 1981, pp. 440-444. Nosotros optamos por cortar el diálogo entre vv. 20 y 21.

168 Viento del Sureste.

169 Patria de Horacio. En esto se ve clara la identificación entre Horacio y el marinero al que Arquitas se dirige.

170 De donde era natural Arquitas (cf. n. 158).

171 Con la mención del puñado de tierra como al comienzo, se construye una composición anular.

29.

Iccio, ¿envidias ahora los opulentos tesoros de los árabes, y preparas una enconada guerra contra los reyes de Sabea [172], invictos hasta el momento, tejiendo cadenas también contra el temible medo?, ¿qué doncella bárbara será tu esclava, una vez que hayas matado a su prometido?, ¿a qué joven, traído desde su palacio, lo pondrás a servir como copero, ungidos sus cabellos, habituado como estaba a disparar saetas séricas en el arco de sus padres?

¿Quién negará que los arroyos que descienden al mar puedan fluir de nuevo hacia los elevados montes, y que el Tíber pueda volverse atrás, cuando tú pretendes cambiar los libros del ilustre Panecio [173], que has comprado por doquier, y la escuela socrática por corazas íberas, tú, que hacías concebir esperanzas mejores?

30.

¡Oh Venus, reina de Cnido y de Pafos, olvídate de tu amada Chipre y trasládate a la lujosa mansión de Glícera, que te invoca con incienso en abundancia!

Apresúrense contigo el ardoroso niño [174] y las Gracias, de cinturas desceñidas; las Ninfas y la Juventud, poco agradable sin ti, y con ellas Mercurio.

31.

¿Qué pide a Apolo el poeta en el momento de la consagración de su templo? [175], ¿qué le solicita, mientras de su pátera derrama vino nuevo?: no las mieses fecundas

---

172 La comarca sudoccidental de la Arabia feliz, con capital en Saba.

173 Filósofo estoico, natural de Rodas.

174 Cupido.

175 Es el templo de Apolo Palatino, edificado por Augusto y consagrado en octubre del año 28.

de la fértil Cerdeña, no los rebaños placenteros de la calurosa Calabria, no el oro ni el marfil de la India, no las campiñas que el Liris [176], río silencioso, remuerde con su apacible corriente.

Aquéllos a quienes la Fortuna concedió una viña, pódenla con podadera de Cales; y que en cálices dorados apure el vino, comprado con mercancía de Siria, el opulento comerciante, querido por los mismos dioses, puesto que contempla impunemente tres y cuatro veces al año la lisa superficie del Atlántico.

A mí me mantienen las aceitunas, las achicorias y las digestivas malvas.

Concédeme también a mí, hijo de Latona [177], que, gozando de salud, disfrute de los bienes que adquirí, pero —te lo suplico— que sea con mis plenas facultades mentales y sin que viva yo una vejez gravosa y privada de la cítara.

## 32.

Me reclaman. Si cuando estaba ocioso, lira, he cantado a la sombra acompañado de ti, ea, dime ahora un canto latino que viva por este año y por muchos más, tú, que fuiste tañida en primer lugar por un ciudadano de Lesbos [178] que, aunque aguerrido en el combate, en medio de las armas o si había amarrado en la playa húmeda su zarandeada barca, cantaba a Líber y a las Musas, a Venus y al niño que siempre la acompaña [179], y a Lico, hermoso por sus ojos negros y su negro pelo. ¡Oh lira, gloria de Febo y grata en los banquetes de Júpiter supremo!, ¡oh bálsamo dulce de mis fatigas siempre que te invoco según el rito!, ¡salud!

---

176 Río fronterizo entre el Lacio y la Campania (hoy el Garigliano).

177 Apolo.

178 Alceo.

179 Cupido.

## 33.

Albio[180], no te angusties más de la cuenta recordando a la cruel Glícera ni cantes incesantemente patéticas elegías, porque, roto vuestro compromiso, uno más joven que tú te haya adelantado en su favor.

A Licóride, famosa por su estrecha frente, la abrasa el amor de Ciro; Ciro, en cambio, se inclina por la áspera Fóloe; pero antes se juntarán las cabras con los lobos de Apulia que Fóloe caiga en las redes de ese desvergonzado libertino. Tal es el parecer de Venus, a quien place, con juego cruel, poner bajo yugo de bronce formas y espíritus dispares. Incluso a mí, aunque una Venus mejor me pretendía, retúvome con plácida cadena la liberta Mírtale, más iracunda que las olas del Adriático, que socava los golfos calabreses.

## 34.

Parco y poco asiduo adorador de los dioses, mientras deambulaba imbuido en una doctrina loca[181], me veo obligado ahora a volver hacia atrás las velas y a recorrer de nuevo el camino que abandoné; pues Júpiter, el que rasga muy a menudo las nubes con su llama fulminante, ha conducido sus caballos tronadores y su carro volador a través del cielo límpido; él es quien sacude la tierra inmóvil y los móviles ríos, la Estige[182], la pavorosa morada del odiado Ténaro[183] y la frontera de Atlas[184]. Puede la divinidad trocar lo abyecto por lo sublime y humilla al ilustre, sacando a la luz lo que estaba en tinieblas. La Fortuna ladrona ha arrancado la corona de una cabeza con estridente batir de alas; y se alegra de haberla colocado en otra.

---

180 Albio Tibulo, el poeta elegíaco contemporáneo de Horacio.
181 El epicureísmo.
182 Laguna del infierno por la que juraban los dioses.
183 Lugar del Peloponeso, donde, según decían, había una entrada al mundo infernal.
184 Los montes Atlas, en el norte occidental de África.

35.

¡Oh diosa que imperas en la amena Ancio [185], capaz de levantar a la persona humana desde el más ínfimo escalafón y convertir en funerales los triunfos soberbios!, a ti te acosa con insistente plegaria el pobre colono que trabaja el campo, a ti, señora del ponto, el que en bajel bitinio remueve el mar de los Cárpatos. A ti el bronco dacio, a ti los prófugos escitas, las ciudades y naciones y el Lacio feroz, las madres de los reyezuelos bárbaros y los tiranos que visten la púrpura te tienen miedo, no vayas a derribar con tu injusto pie la columna que se yergue hacia lo alto, o vaya a convocar la turbamulta plebeya a los ociosos a las armas, ¡a las armas!, y quebrante su poder.

Siempre te precede tu esclava la Necesidad, llevando en su mano broncínea los clavos para las vigas y las cuñas, sin que falte el severo garfio y el plomo derretido [186].

Te corteja la Esperanza y la poco frecuente Fidelidad, cubierta con un lienzo blanco, que no reniega en tu seguimiento ni aun cuando, convirtiéndote en enemiga, abandonas los palacios de los poderosos con vestidura trocada; en cambio, el inconstante vulgo y la perjura meretriz se vuelven atrás, márchanse los amigos por caminos diversos cuando quedan vacíos los cántaros con sólo las heces, desleales a la hora de soportar juntos el yugo.

¡Presérvanos a César, que se dispone a marchar contra los britanos, pobladores del confín del mundo, y al enjambre reciente de jóvenes al que temerán las regiones de Oriente y el rojo Océano! [187]

¡Ay!, nos avergüenzan las cicatrices y el crimen come-

---

185 Se trata de la diosa Fortuna, que tenía un templo en Ancio, ciudad del Lacio. Véase cómo esta oda se encadena temáticamente con el fin de la anterior.

186 Aparece aquí la Necesidad rodeada de sus atributos, que lo son en virtud de un simbolismo con la solidez de una construcción, según se desprende de III, 24, 5-6.

187 El que hoy conocemos como mar Rojo.

tido contra nuestros hermanos [188]. ¿Ante qué retrocedimos, generación insensible?, ¿qué de lo ilícito hemos dejado sin tocar?, ¿de dónde retiró su mano la juventud por temor a los dioses?, ¿qué altares perdonó?

¡Ah!, ¡ojalá rehagas en nuevo yunque nuestras embotadas armas para esgrimirlas contra los masagetas [189] y los árabes!

## 36.

Con incienso, con las cuerdas de la lira, y con la sangre ritual de un ternero me place honrar a los dioses protectores de Númida, que, llegado ahora sano y salvo de la remota Hesperia [190], reparte besos múltiples entre sus queridos camaradas; a ninguno, no obstante, besa más que a su caro Lamias, acordándose de la niñez que pasaron con el mismo maestro, y de la toga que estrenaron al mismo tiempo.

No se quede este fausto día sin la marca de tiza [191]; ni haya medida para el ánfora que se ha sacado de la bodega; que —a la manera de los salios [192]— no haya descanso en los pies, ni Dámalis, que sabe beber vino en abundancia, venza a Baso con el jarro de Tracia; no falten en el banquete las rosas, ni el siempre verde apio, ni el efímero lirio. Todos desviarán sus mortecinos ojos hacia

---

188 En el texto latino tenemos una hendíadis: «del crimen y de los hermanos», dice literalmente.

189 Habitaba este pueblo en los alrededores del mar Caspio.

190 España.

191 No consta en otras fuentes que entre los romanos existiera la costumbre de marcar con tiza los días felices, aunque a eso es a lo que aquí parece aludirse. Sí que consta, en cambio (Plinio el Viejo, *Nat. Hist.*, VII, 131), que los tracios echaban cada día en una vasija un guijarro, blanco si había sido feliz y negro si había sido desgraciado, y que al final de la vida de cada uno se hacía el balance de su felicidad o desdicha.

192 Sacerdotes de Marte que danzaban en honor de este dios. Precisamente su nombre deriva del verbo *salio,* que significa «bailar, saltar».

Dámalis; pero Dámalis, más envolvente que la yedra trepadora, no se despegará de su nuevo amante.

## 37.

Ahora[193] es el momento de beber, ahora el momento de golpear el suelo con pie libre de trabas, ahora sería la ocasión de engalanar el cojín de los dioses, camaradas, para un banquete como el de los salios[194].

Antes de hoy hubiera sido un crimen sacar el Cécubo de las ancestrales bodegas, mientras aprestaba ruinas insensatas contra el Capitolio y exequias para el imperio una reina[195] —seguida del apestoso rebaño de sus hombres, desagradables por su deficiencia física[196]— lanzada a cualesquiera pretensiones y ebria a causa de su fortuna favorable.

Mas disminuyó su locura la nave única que a duras penas se le salvó del fuego, e hízole tornar César su mente, enloquecida por el vino Mareótico[197], a un bien fundado temor, acosándola con los remos mientras volaba lejos de Italia —como el gavilán a las pacíficas palomas o como el rápido cazador a la liebre en las llanuras de Hemonia[198], cubierta de nieve— para encadenarla, monstruo fatídico. Y ella, buscándose una muerte más noble, ni tuvo miedo, cual mujer, ante la espada ni quiso alcan-

---

193 El momento histórico que esta oda celebra es la victoria naval de Accio sobre Marco Antonio y Cleopatra (septiembre del año 31 a. C.): desde ahora Octavio será señor sin rival de Roma y de su Imperio. Es también un momento significativo para el poeta: aquí se nos testimonia sin ambages su afiliación a la causa de Augusto, él, que había luchado en Filipos contra los cesarianos y contra el propio Octavio.

194 Los banquetes de los salios (cf. n. 192) tenían fama de ser opíparos. Véase cómo esta oda anuda también temáticamente con la cláusula de la anterior, repitiéndose el motivo del vino y el ejemplo de los salios.

195 Cleopatra.

196 Se refiere a los eunucos.

197 De Marea, ciudad próxima de Alejandría.

198 Tesalia.

zar con su flota veloz regiones donde ocultarse; tuvo audacia incluso para mirar con rostro sereno su palacio derruido y valor para tocar serpientes ponzoñosas con el fin de absorber en su cuerpo el negro veneno, más arrogante por haber elegido su muerte: pues sin duda detestaba la idea de ser llevada como una más, sin distinción de rango, en los crueles bajeles liburnos [199] a la ostentosa ceremonia del triunfo, ella, mujer sin humildad.

38.

Odio la suntuosidad de los persas, muchacho; me disgustan las coronas trenzadas con ramas de tilo. Deja de rebuscar en qué lugares continúa floreciendo la rosa tardía. Es mi deseo que no te esfuerces, afanoso, en añadir nada al sencillo mirtò: pues no desdice el mirto de ti, mientras sirves, ni de mí, cuando bebo a la sombra de una parra de espeso follaje.

---

199 Cf. *Epodos,* n. 1.

200 Q. Cecilio Metelo Céler fue cónsul en el año 60 a. C., año en el que César, Pompeyo y Craso formaron la alianza que se conoce con el nombre de primer triunvirato. Este es el comienzo de las guerras civiles.

1.

La revolución ciudadana surgida en el consulado de Metelo[200], los motivos de la guerra y sus excesos y vicisitudes, el juego de la Fortuna, la funesta alianza de los príncipes y las armas tintas de sangre todavía no expiada, obra llena de arriesgada incertidumbre: tal es el tema sobre el que escribes, y avanzas a través de fuegos escondidos bajo ceniza engañosa[201].

Retírese por breve tiempo de los teatros la musa de la severa tragedia; luego, cuando hayas historiado los asuntos públicos, volverás a tu grandiosa tarea con el coturno de Cécrope[202], tú, refugio señero de reos angustiados[203]

201 Las guerras civiles eran el tema de las *Historias* de Asinio Polión, poeta trágico además de historiador, que había sido amigo de Antonio. Horacio le recuerda en esta oda dedicada a él lo comprometido del tema, pues que la herida de la guerra estaba aún reciente: bajo la ceniza de la paz augústea quedaban rescoldos encendidos.

202 Es decir: con inspiración digna de los trágicos atenienses.

y de la curia en sus deliberaciones, Polión, para quien el laurel ha engendrado honores eternos por tu triunfo sobre Dalmacia [204].

Ya ahora estremeces nuestros oídos con el sonido amenazador de los cuernos, ya retumban los clarines, ya el brillo de las armas pone terror en los caballos huidizos y en el rostro de los caballeros.

Paréceme ya estar oyendo a los valientes caudillos manchados de un polvo no avergonzante, y que toda la tierra se ha sometido, a excepción del indomable orgullo de Catón [205].

Juno y todos los dioses que, más favorables a los africanos, se habían retirado impotentes de una tierra sin vengar, han ofrecido los nietos de los vencedores como víctimas a los manes de Yugurta [206].

¿Qué llanura, fertilizada por la sangre del Lacio, no da fe con los sepulcros de los impíos combates y del estruendo, que oyeron los medos, del derrumbamiento de Hesperia? [207], ¿qué mar o qué ríos no se han enterado de nuestra lúgubre guerra?, ¿qué piélago no tiñeron de rojo

---

El coturno es el calzado propio de los actores trágicos y Cécrope fue, según la leyenda, el primer rey de Atenas.

203 Polión era también abogado.

204 Como general había triunfado sobre los partinos, pueblo de Dalmacia.

205 Catón de Útica (cf. n. 77).

206 Es decir, los dioses de los africanos les habían abandonado con ocasión de su derrota por los romanos: primero con la victoria de éstos sobre los cartagineses, y segundo, con su victoria sobre Yugurta. Juno, según testimonia Virgilio en la *Eneida,* recibía culto en Cartago (seguramente se trata de una asimilación con la Astarté fenicia). Pero ahora, cuando los romanos luchaban entre sí en tierra africana, vuelven para tomar venganza en los nietos de los antiguos vencedores. Hay en estos versos una referencia a la batalla de Tapso, en la que el general pompeyano Q. Metelo Escipión, nieto del enemigo de Yugurta, Q. Metelo Numídico, se suicidó para no someterse a César (año 46 a. C.).

207 El nombre significa «tierra occidental» y se refiere unas veces a Italia, otras a España. Aquí cabe cualquiera de las dos referencias, puesto que tanto Italia como España fueron escenario de los desastres de la guerra entre Pompeyo y César.

las matanzas de Daunia? [208], ¿qué región está libre de nuestra sangre?

Pero, musa atrevida, no vayas, dejando a un lado los divertimentos, a renovar los atributos de la doliente canción de Ceos [209]; busca conmigo, al cobijo de la gruta de Dione [210], unos ritmos con plectro menos solemne.

2.

La plata escondida en la tierra avara no tiene color ninguno, ¡oh Crispo Salustio [211], tú que eres enemigo del lingote, si es que no brilla por el uso moderado!

Proculeyo vivirá con dilatada edad, gozando de renombre por su paternal generosidad para con sus hermanos [212]; la Fama, que sobrevive a la muerte, lo llevará con ala temerosa de romperse.

¡Ojalá que, dominando tu espíritu ansioso, reines sobre un territorio más amplio que el que resultaría de unir Libia con la remota Gades, sirviendo a un señor único los dos cartagineses! [213]

Crece la dolorosa hidropesía, indulgente para sí misma, y no se libra de la sed, a no ser que el origen de la enfermedad haya huido de las venas y la acuosa languidez del cuerpo pálido.

A Fraates [214], repuesto en el trono de Ciro, la Virtud,

---

208 Propiamente Apulia (cf. n. 138); pero aquí, sinecdóquicamente, significa Italia en general.

209 Alude a los famosos trenos del poeta Simónides de Ceos (siglo VI a. C.).

210 Venus, hija de Dione, según Homero (según Hesíodo, nacida de la espuma del mar), es designada a veces como Dione, con el nombre de su madre.

211 Se trata de Salustio Crispo, resobrino e hijo adoptivo del famoso historiador homónimo. Aquí, como poetismo, está invertido el orden normal del nombre.

212 Personaje que repartió su fortuna con sus hermanos, arruinados en las guerras civiles.

213 Es decir: tanto el habitante de Cartago en África, como el de Cartago Nova (Cartagena) de España.

214 Rey de los partos, destronado por Tiridates (cf. n. 149), al

disidente con el vulgo, lo excluye del número de los felices, y amonesta a la plebe por usar equivocadamente las palabras, concediendo el reino y la corona sin riesgos, y el apropiado laurel, sólo a aquél que, quienquiera sea, contempla, sin mirar de reojo, los gigantescos montones.

3.

Acuérdate de mantener serena la mente en los momentos difíciles; así como en los favorables sosegada y lejos de la alegría desbordante, porque estás, Delio[215], destinado a morir, tanto si has pasado tristemente tu vida entera, como si en los días festivos, recostado en pradera apartada, te has sentido feliz por el penetrante aguijón del Falerno[216].

¿Con qué fin el pino esbelto y el álamo blanco gustan de trenzar con sus ramas una sombra acogedora?, ¿por qué la linfa fugaz corretea incansablemente por el arroyo zigzagueante? A ese lugar manda traer el vino, los perfumes y las flores, demasiado efímeras, del bello rosal, mientras

---

que más tarde él mismo destronó. Se identifica a los partos con los persas, de ahí que se llame a su realeza descendiente de la de Ciro.

215 Q. Delio, un personaje inconstante, sucesivamente amigo de enfrentados enemigos como Casio, Antonio y Octavio. Es oportuno, pues, el consejo de equilibrio mental que Horacio le da en los primeros versos.

216 La interpretación unánime, a lo que se me alcanza, de las palabras *interiore nota Falerni* (lit. «etiqueta interior del Falerno») es la siguiente: los vinos guardados en la bodega solían llevar marcado el año de su fabricación *(nota)*, y los más añejos se guardaban en la parte más recóndita *(interiore)* de la bodega. De acuerdo con ello habría que traducir, como hace Villeneuve, así: «un Falerno de marca reservada». Se me ocurre, sin embargo, otra interpretación posible y apuesto por ella: el Falerno de solera es reconocido, sin necesidad de etiquetas, por el gusto y aguijón que deja en el paladar de quien lo bebe: ésa es la etiqueta comprobada interiormente *(interiore nota)*. En consonancia con esta interpretación va nuestra traducción.

lo permite la ocasión, la edad y los hilos negros de las tres hermanas [217].

Pues te irás de los jardines que compraste y de tu casa y de esa quinta tuya que baña el rubio Tíber; te irás, y un heredero se adueñará de tus riquezas, apiladas en montón hacia lo alto.

Nada importa si rico, descendiente del antiguo Ínaco [218], o pobre y del linaje más humilde, te demoras bajo el cielo, víctima del Orco [219] que no tiene compasión ninguna: todos somos empujados al mismo sitio, y de todos en la urna se agita la suerte que más tarde o más temprano ha de salir y embarcarnos para el destierro perpetuo [220].

4.

No te avergüence el amor que sientes por una esclava, Jantias Foceo, pues antaño al soberbio Aquiles lo sedujo la esclava Briseida con su tez de nieve; sedujo también a Áyax, el hijo de Telamón, la hermosura de la cautiva Tecmesa, de quien era dueño; ardió de amor el Atrida en medio de su triunfo por la doncella robada [221], una vez

---

217 Perífrasis para designar a las Parcas. Se encuentra en estos versos una bonita realización del tópico del *carpe diem* bajo imágenes de flores, vino y perfume (antecedente claro, pues, de la metamorfosis de este tópico en el del *collige, virgo, rosas* de Ausonio), precedido todo ello del escenario constituido por el *locus amoenus;* es frecuente en Horacio que, tras la presentación de un paisaje, se encuentre la invitación al disfrute: así, por ejemplo, en las tres odas sobre la primavera (I, 4; IV, 7, y IV, 12), y en el epodo XIII y la oda I, 9, sobre el invierno.

218 Es el río de Argos y fundador de la más antigua genealogía heroica de Grecia, en la que se incluyen héroes tan famosos como Perseo y Hércules.

219 Cf. n. 163.

220 La travesía en la barca de Caronte.

221 Creúsa. La especificación «una vez que las mesnadas bárbaras cayeron...» es necesaria, pues de lo contrario hubiera podido entenderse que tal doncella robada era Briseida, la esclava de Aquiles anteriormente mencionada, que Agamenón le quitó para resarcirse por la pérdida de Criseida. Pero no sería oportuna y perdería

que las mesnadas bárbaras cayeron a manos del vencedor tesalio [222], y Héctor, al ser rescatado, entregó a los fatigados griegos una Pérgamo más fácil de conquistar [223].

No hay modo de saber si te honran como yerno unos padres opulentos de la rubia Filis: quizá su linaje es regio y llora por sus Penates, que han sido injustos con ella. Ten la seguridad de que no ha sido elegida para ti de entre la plebe criminal, ni que, tan fiel, tan contraria al lucro, ha podido nacer de una madre que avergüence.

Alabo, sin lascivia, sus brazos y su rostro, sus bien formadas piernas; deja de sospechar de mí, después que mi edad ha temblado al cumplir el octavo lustro [224].

## 5.

No puede aún soportar el yugo sobre su cuello domado, ni aún igualar las fuerzas de su compañero de yunta, ni tolerar el peso del toro que corre al placer.

En torno a las verdes campiñas está el instinto de tu ternera, ora en los ríos refrescándose del calor sofocante, ora deseando ardientemente retozar con los becerros en el húmedo sauzal [225].

Desecha el deseo de la uva verde: pronto el otoño pintará para ti los morados racimos, matizado con gama purpúrea; pronto irá en pos de ti, pues implacable corre la edad, y los años que a ti te haya quitado, a ella se los pondrá; pronto con frente provocativa Lálage buscará un

---

fuerza probativa esta repetición de personaje, de manera que Horacio acude al ejemplo de Casandra, la adivina hija de Príamo, de la que se enamoró y apropió Agamenón, una vez conquistada Troya.

222 Aquiles.

223 Una vez muerto Héctor a manos de Aquiles y rescatado por su padre Príamo, los troyanos perdieron su principal baluarte.

224 El poeta —nos dice— acaba de cumplir los cuarenta años (nació en el 65, el 8 de diciembre). La oda debe fecharse, en consecuencia, a finales del año 25 o principios del 24.

225 Metáforas para referirse a Lálage, joven prematura para el amor.

marido, amada como no lo fuera la inconstante Fóloe, ni Cloris, que resplandece con su hombro de nieve tanto como riela en el mar nocturno la luna sin mancha, ni como Giges de Cnido, a quien si mezclaras en un corro de niñas bien engañaría a los sagaces huéspedes: dilema oscuro por sus cabellos largos y rostro de expresión doble.

## 6.

Septimio, tú que estás dispuesto a llegar conmigo hasta Gades y hasta el cántabro, inhabituado a soportar nuestro yugo, y a las bárbaras Sirtes [226], donde la ola mauritana está batiendo siempre, ¡ojalá que Tíbur, fundado por colono argivo [227], sea la sede de mi vejez, sea la meta para mi cansancio del mar y de los caminos y la milicia! Y si las Parcas hostiles me apartan de allí, buscaré el río del Galeso [228], que complace a las lanudas ovejas, y los campos sobre los que reinó el laconio Falanto [229]. Aquel rincón de la tierra me sonríe sobre todos, donde la miel no es inferior a la del Himeto [230], y la aceituna compite con la verde de Venafro [231], donde Júpiter ofrece una larga primavera e inviernos templados, y el Aulón [232], amigo del fértil Baco, apenas tiene que envidiar a las uvas de Falerno.

Aquel lugar y sus prósperos alcázares te reclaman conmigo; allí, tú salpicarás con lágrima merecida la caliente ceniza de tu amigo el poeta.

---

226 Cf. n. 135.
227 Los hijos del argivo Anfiarao, Catilo, Coras y Tiburno, fueron los fundadores de Tíbur (cf. nn. 54 y 119).
228 Río que desemboca en el golfo de Tarento.
229 Fundador de Tarento.
230 Montaña del Ática, célebre por su miel.
231 Ciudad de Campania, célebre por su aceite.
232 Monte cercano a Tarento.

7.

¡Oh tú, que a menudo conmigo fuiste arrastrado hasta una situación extrema, cuando Bruto era en la guerra nuestro caudillo![233], ¿quién te ha devuelto como quirite a los dioses patrios y al cielo de Italia, Pompeyo[234], el primero de mis camaradas?

Contigo muchas veces consumí el día, reteniéndolo entre vino, coronados nuestros cabellos brillantes con el malobrabo[235] sirio; contigo sufrí Filipos y la apresurada fuga, cuando deshonrosamente abandoné el escudo[236], después que la virtud fue quebrantada y los orgullosos tocaron el sucio suelo con su mentón.

Mas el rápido Mercurio me sustrajo, temeroso, de entre los enemigos, envuelto en densa neblina[237]. A ti, sorbiéndote la ola de nuevo hacia la guerra, te llevó por mares agitados.

Así pues, devuelve a Júpiter el banquete a que estás obligado, recuesta bajo mi laurel tu costado fatigado por la prolongada guerra y no te abstengas de los cántaros destinados a ti.

Colma las pulidas copas con vino Másico que ayuda a

---

233 En la batalla de Filipos.

234 Se trata de un tal Pompeyo Varo, del que no tenemos ninguna otra noticia sino lo que aquí nos cuenta Horacio.

235 Planta no identificada, con la que se elaboraba un perfume.

236 Estos versos le han traído a Horacio por mucho tiempo fama de cobarde. La confesión autobiográfica coincide aquí con un cliché poético del que ya ofrecían ejemplos Arquíloco, Alceo y Anacreonte, poetas griegos tan caros a Horacio. ¿Qué pensar ante ello? ¿Es verdad o ficción el *relicta non bene parmula?* Parece evidente que la más lógica manera de huir, y sobre todo la más rápida, es deshaciéndose del escudo; si ya otros poetas, modélicos para Horacio, habían hablado de su huida del combate en términos de «abandonar el escudo», ello era una razón de más para que el poeta acomodara su circunstancia personal a esos términos convencionales.

237 El poeta sigue literaturizando su participación en la batalla de Filipos. De igual modo que los dioses salvaban a los héroes homéricos de los peligros del combate lanzando sobre ellos una neblina, así Horacio se finge salvado por Mercurio, amigo de los poetas.

olvidar; derrama los ungüentos de los frascos que los contienen. ¿Quién se preocupa de apresurar coronas de húmedo apio o de mirto,?, ¿a quién lo nombrará Venus árbitro de la bebida? [238] Voy a emborracharme con no menos cordura que los edones [239]: pláceme delirar porque he recuperado a mi amigo.

## 8.

Si hubiera caído sobre ti algún castigo, Barina, por tus perjurios; si un diente negro o tan sólo una uña negra te volviera más fea, te creería.

Pero tú, tan pronto como has amenazado tu pérfida cabeza con imprecaciones, resplandeces mucho más hermosa y paseas siendo de nuestros jóvenes la obsesión pública.

Libre vía tienes ya para burlar las cenizas sepultadas de tu madre, las silentes luminarias de la noche, con el cielo entero, y los dioses carentes de la fría muerte.

De ello se ríe la misma Venus, te lo aseguro, ríense las ninfas ingenuas y Cupido fiero, que agudiza siempre sus flechas ardientes en afiladero teñido en sangre.

Además la mocedad toda crece para ti, nueva clientela te crece, sin que abandonen la casa de la impía dueña los veteranos, amenazados una y otra vez.

Te tienen miedo las madres por sus muchachos, miedo los ahorrativos ancianos, y las pobres vírgenes recién casadas, no vaya a ser que tu aliento entretenga a sus maridos.

## 9.

No siempre las lluvias fluyen desde las nubes sobre los ásperos campos, ni al mar Caspio lo revuelven sin cesar

---

[238] Cf. n. 43.

[239] Pueblo de Tracia, desmedidos en la bebida (cf. *Odas,* I, 27, versos iniciales).

las variables tormentas, ni en las riberas de Armenia, amigo Valgio, permanece endurecido el hielo durante todos los meses del año, ni luchan siempre contra los Aquilones los encinares del Gárgano [240], ni siempre son despojados de sus hojas los olmos; pero tú siempre estás recordando lacrimosamente a Mistes, que te ha sido arrebatado, y no se aparta de ti la añoranza ni cuando sale el lucero ni cuando huye del sol que ya llega.

En cambio, el anciano que consumió tres vidas [241] no lloró al amable Antíloco por todos los años, ni a Troilo adolescente lo lloraron siempre sus padres o sus frigias hermanas [242].

Desiste ya de tus quejas melancólicas y cantemos mejor los recientes trofeos de Augusto César, y que el helado Nifates [243], y el río medo [244], añadido a los pueblos vencidos, da vueltas a más humildes remolinos, y que los gelonos [245] cabalgan, dentro de los límites prescritos, por llanuras estrechas.

## 10.

Más rectamente vivirás, Licinio, si dejas de navegar siempre por alta mar y evitas acercarte demasiado al litoral peligroso, al tiempo que, con cautela, sientes horror ante las borrascas.

El que elige la dorada medianía [246], carece, bien prote-

---

240 Monte de Apulia.

241 Néstor, el caudillo de los pilios, que tomó parte en el asedio de Troya, de proverbial vejez. Tuvo que llorar la pérdida de su hijo Antíloco, muerto por Memnón ante los muros de Troya.

242 Troilo era hijo de Príamo y Hécuba, y murió a manos de Aquiles. Sus hermanas: Polixena, Casandra, Creúsa, etc.

243 Unos autores hablan del Nifates como río, otros como monte de Armenia. Aquí es ambiguo.

244 El Éufrates.

245 Pueblo escita que habitaba al este del río Tánais (el Don actual).

246 Aparece aquí la fórmula *aurea mediocritas,* que se ha hecho proverbial y que expresa un concepto capital en el pensamiento de Horacio.

gido, de la sordidez de una casa vieja; carece, en su sobriedad, de un palacio que cause envidia.

Los vientos zarandean con más frecuencia el pino alto, y las torres elevadas caen con más grave derrumbamiento, hiriendo los rayos los picos más altos de las montañas.

El pecho bien preparado aguarda una suerte distinta en las situaciones desfavorables, la teme en las propicias.

Júpiter trae los desapacibles inviernos, él mismo se los lleva. Si ahora te va mal, no será así también en el futuro; de vez en cuando provoca Apolo con su cítara a la musa silenciosa y no siempre tiende su arco.

En los momentos difíciles muéstrate animoso y fuerte; mas también aprende a replegar las velas hinchadas por un viento demasiado favorable.

## 11.

Deja de preguntarte, Hirpino Quintio, qué proyecta el belicoso cántabro y el escita, separado de nosotros por la barrera del Adriático, y no tiembles ante la idea de vivir una existencia que requiera pocas cosas: aléjase hacia el pasado la imberbe juventud y la hermosura, en tanto que la seca canicie pone en fuga los amores caprichosos y el sueño fácil.

No siempre las flores primaverales tienen el mismo primor, ni brilla la luna roja con un mismo rostro siempre: ¿por qué fatigas tu espíritu pequeño con pensamientos eternos?, ¿por qué no nos recostamos así, tranquilamente, bajo el alto plátano o bajo este pino, nos perfumamos con rosas los blancos cabellos, mientras nos es posible y, ungidos con nardo asirio, bebemos?

Evio[247] disipa las cuitas voraces. ¿Qué muchacho rebajará ahora mismo con agua las copas de ardiente Falerno?, ¿quién sacará de su casa a Lide, la descarriada meretriz? Rápido, dile que se apresure con su lira de marfil, sujetando sus cabellos con un nudo bien compuesto, según costumbre de Laconia.

---

[247] Cf. n. 120.

12.

No quieras que acomode a los ritmos suaves de mi cítara los prolongados combates ante la fiera Numancia, ni al duro Aníbal, ni el mar sículo, enrojecido por la sangre púnica, ni a los crueles Lápitas y a Hileo, desmedido en el uso del vino, ni a los hijos de la Tierra, domeñados por la mano de Hércules, ante cuyo peligro se estremeció el refulgente palacio del viejo Saturno [248].

Además, tú narrarás mejor, ¡oh Mecenas!, en historias en prosa las guerras de César y los cuellos de los reyes amenazadores conducidos por las calles.

En cuanto a mí, la Musa ha querido que cantara dulces canciones a Licimnia, tu dueña; ha querido que cantara sus ojos que irradian resplandores, y su corazón totalmente fiel a vuestros recíprocos amores; ella, a quien no hizo desmerecer ni el acercar su pie a los corros, ni el competir en la chanza, ni el dar sus brazos en diversión a las doncellas hermosas en el día festivo de la ilustre Diana.

¿Acaso querrías cambiar tú lo que poseyó el rico Aquemenes [249], o las riquezas migdonias [250] de la fecunda Frigia, o las opulentas mansiones de los árabes, por un cabello de Licimnia, cuando hurta su cuello a tus ardientes besos, y los niega con afable desdén, aunque de su robo se alegre más ella que quien se los pide, o se adelanta a veces a robarlos?

---

[248] Enumeración de argumentos propios de la epopeya: guerras históricas (la de Numancia —141 a. C.— y las guerras púnicas —siglo III a. C.—) y guerras mitológicas (la de los Lápitas contra los Centauros, representados por Hileo; y la de los Gigantes contra los Olímpicos, siendo vencedores estos últimos por haberse cumplido la condición requerida por el oráculo: que luchara en su ayuda un mortal, Hércules): se trata de una *recusatio* (cf. introducción).

[249] Fundador de la dinastía persa de los Aqueménidas.

[250] De Migdón, hermano de Ámico, rey de los bébrices, al que da muerte Hércules en el curso de su noveno trabajo.

13.

Aquél que, quienquiera fuese, antaño te plantó, en nefasto día lo hizo, y con sacrílega mano te alzó para daño de sus nietos y oprobio de la aldea, árbol [251].

Aquél —me atrevería yo a creer— rompió el cuello a su padre y salpicó por la noche su santuario hogareño con la sangre de su huésped; aquél manejó los venenos de la Cólquide [252] y todo lo sacrílego que en alguna parte se pueda producir, pues te elevó hacia lo alto en mi campo a ti, leño aciago, a ti, destinado a caer sobre la cabeza de tu dueño sin culpa.

Nunca tiene el hombre suficiente precaución hora tras hora sobre qué debe evitar cada cual: el marinero fenicio siente un miedo escalofriante ante el Bósforo y no teme ciegos destinos venidos allende otros lugares; teme el soldado las flechas y la rápida huida del parto; el parto, las cadenas y la fuerza itálica; pero la súbita violencia de la muerte ha arrastrado y seguirá arrastrando a los pueblos.

¡Cuán cerca vimos el reino de la oscura Prosérpina, y a Éaco [253] emitiendo juicios, las moradas apartadas de los bienaventurados, y a Safo, lamentándose en sus cuerdas eolias de las jóvenes de su pueblo, y a ti, Alceo, que, acompañándote de plectro de oro, proclamas con voz más plena los arriesgados peligros de la navegación, de la huida, de la guerra! [254]

Admíranse las sombras ante el recital de ambos, digno de un silencio sagrado; pero la mayoría, apretándose hombro con hombro, bebe con su oído preferentemente las batallas y la expulsión de los tiranos.

¿Qué hay de extraño, cuando la bestia de las cien ca-

[251] Maldición contra el árbol que estuvo a punto de aplastar a nuestro poeta en su finca de Sabina en las Calendas de Marzo del año 30. Anualmente celebraba el día en que se vio salvado de tal peligro. La pieza, en su primera parte, ofrece similitud de planteamiento con el epodo III.

[252] Cf. *Epodos,* n. 108.

[253] Hijo de Júpiter y Egina, padre de Peleo, abuelo de Aquíles. En el infierno, juez de los muertos.

[254] Alceo.

bezas[255], pasmada ante aquellos versos, agacha sus negras orejas y se calman las serpientes enroscadas en los cabellos de las Euménides?[256] Más aún: hasta Prometeo[257] y el padre de Pélope[258] olvidan su castigo al oír el dulce son, y no pone cuidado Orión[259] en perseguir a los leones y a los medrosos linces.

## 14.

¡Ay!, fugaces, Póstumo, Póstumo, se deslizan los años y tu piedad no añadirá demora a las arrugas, a la apremiante vejez, ni a la no domeñada muerte; no, amigo, ni aunque con trescientos toros aplaques día tras día a Plutón, inaccesible a las lágrimas, quien refrena al tres veces ancho Gerión[260] y a Titio[261] con la funesta corriente que, sin remisión, habremos de cruzar en barco todos los que nos sustentamos por regalo de la tierra, ya seamos reyes o indigentes labradores.

En vano estaremos lejos del sangriento Marte y del quebrado oleaje del ronco Adriático; en vano durante los otoños temeremos al Austro, que enferma los cuerpos:

---

255 El can Cérbero, al que aquí Horacio describe con cien cabezas, pero que en otros pasajes describe con sólo tres (*Odas*, II, 19, 31, y III, 11, 20), como es frecuente.

256 Las Furias, habitantes del mundo infernal y castigadoras de los condenados.

257 Es insólito en la tradición mitográfica presentar a Prometeo como condenado en el infierno. ¿No será una confusión o asimilación con Titio, castigado infernal, al que, como a Prometeo, un ave rapaz devora las entrañas? En cualquier caso, tenemos repetido el testimonio en II, 18, 34-36 y en *Epod.*, XVII, 67.

258 Tántalo (cf. *Epod.*, n. 114).

259 Gigante, compañero de Diana en la caza, que fue catasterizado en la constelación de su nombre y que, según la *Odisea* (XI, 572-575), continuaba en el infierno ejerciendo su oficio.

260 Gigante monstruoso, dotado de tres cuerpos unidos por la cintura, que habitaba en España dedicándose a la cría de vacas, y al que mató Hércules en su décimo trabajo.

261 Gigante condenado en el infierno a sufrir el castigo de unos buitres que le devoraban el hígado por haber intentado violar a Latona (cf. n. 257).

hemos de ver con nuestros ojos el tenebroso Cocito [262], que zigzaguea con aguas tranquilas, y el malfamado linaje de Dánao [263]; también a Sísifo [264], hijo de Eolo, condenado a un castigo interminable; hemos de dejar la tierra y la casa y la placentera esposa, y ninguno de esos árboles que cultivas, a excepción de los odiados cipreses [265], irán en pos de ti, su efímero dueño.

Un heredero más digno que tú se beberá los Cécubos, guardados con cien llaves, y teñirá el pavimento con un vino orgulloso, más añejo que el de las cenas de los pontífices [266].

15.

Dentro de poco las construcciones, dignas de reyes, no van a dejar más que escasas yugadas al arado; desde todas partes se divisarán estanques ocupando una más amplia extensión que el lago Lucrino [267], y el plátano solitario sobrepasará en altura a los olmos; entonces los macizos de violetas, y el mirto, y toda la gama de plantas olorosas esparcirán su aroma por los olivares que daban su fruto al anterior dueño; entonces el laurel, de espeso ramaje, protegerá de los rayos abrasadores.

No estaba así prescrito en los auspicios de Rómulo y del barbudo Catón, ni en la norma de los antiguos. Entre aquellos hombres las posesiones particulares eran menguadas, pero grande la propiedad común; de los ciudadanos particulares ningún pórtico, medido con la pértiga de diez pies, se orientaba a la sombría Osa; y las leyes no con-

---

262 Uno de los ríos del infierno.

263 Las hijas de Dánao, condenadas en el infierno a llenar de agua una tinaja de fondo agujereado, por haber dado muerte a sus maridos en la misma noche de bodas.

264 Cf. *Epodos,* n. 116.

265 Como árboles consagrados a Plutón, se plantaban alrededor de las tumbas, costumbre que ha sobrevivido al paganismo.

266 Como los salios (cf. n. 194), los pontífices celebraban unos suntouosos banquetes.

267 Cf. *Epodos,* n. 10.

sentían que se despreciara el césped que nacía espontáneo[268], prescribiendo que las fortalezas se levantaran a expensas del gasto público y los templos de los dioses se ornaran con piedra recién sacada de las canteras.

## 16.

Descanso pide a los dioses el sorprendido en la inmensidad del Egeo, tan pronto como una negra nube ha ocultado la luna y no brillan ya las estrellas, que marcaban el rumbo fijo a los marineros; descanso pide la Tracia, delirante por la guerra; descanso[269] los medos, oh Grosfo, engalanados con su aljaba, no con piedras preciosas, ni con púrpura venal ni con oro. Pues ni los tesoros, ni el lictor[270] consular apartan las desgraciadas perturbaciones del espíritu y las inquietudes que sobrevuelan en torno a las mansiones cubiertas de artesonado.

Vive bien con poca cosa aquél en cuya sobria mesa brilla el salero de sus padres; y el temor o la innoble ambición no interrumpen sus sueños ligeros.

¿Por qué, llenos de afán, hacemos tantos proyectos, cuando la vida es tan breve?, ¿por qué nos trasladamos a unas tierras calentadas por otro sol?, ¿quién, saliendo fuera de la patria, huye también de sí mismo?

La perversa Inquietud se embarca en las naves, guarnecidas de bronce, y no se aleja de los escuadrones de caballería, más rápida que los ciervos y que el Euro, que empuja los nubarrones.

---

[268] Pues era inestimable como pasto para el ganado, y no se consentía que se edificara gratuitamente echando a perder los pastizales.

[269] Hay en esta oda, con su anáfora triple de *otium* (vv. 1, 5 y 6) una evocación de Catulo, 51, 13-15, el famosísimo poema *Ille mi par...*, escrito en sáficas, que precisamente en estos versos finales se aparta del modelo griego: también allí se contenía una anáfora triple de la palabra *otium*. A su vez, la oda horaciana fue imitada, entre otros, por Francisco de Rioja en su silva IV: «Ocio a los dioses pide...»

[270] El acompañante de los magistrados, encargado de portar las *fasces*, signo de poder.

Que el alma, gozándose con lo presente, deteste preocuparse por lo que hay más allá y conjugue las amarguras con la apacible sonrisa: pues nunca existe la felicidad completa.

Llevóse la muerte súbita al esclarecido Aquiles[271]; la prolongada vejez empequeñeció a Titono[272]; y tal vez la hora me presentará a mí lo que a ti te haya negado.

Mugen en torno a ti cien ganados de vacas sicilianas; mándate su relincho la yegua, apta ya para las cuadrigas; te cubren vestidos de lana dos veces teñida de púrpura africana; a mí, en cambio, la Parca no mentirosa me concedió campos de poca extensión, la inspiración sutil de la Camena griega[273], y el desprecio por el vulgo mezquino[274].

## 17.

¿Por qué me angustias con tus lamentos? Ni es del gusto de los dioses ni del mío que tú, Mecenas, mueras antes que yo, oh gloria grande y sostén de mi vida.

¡Ah! Si una fuerza más presurosa te arrebata a ti, parte de mi alma, ¿por qué demorarme yo, la otra parte, no siendo ya tan valioso ni superviviente completo? Aquel día traerá la ruina para ambos. No he proferido un juramento engañoso; iré, iré tan pronto como tú te me adelantes, dispuesto a emprender contigo el último viaje[275]. Ni aunque el aliento de la fogosa Quimera[276] o el

---

271 Murió a resultas de una flecha que le disparó Paris y que le hirió en la única parte vulnerable de su cuerpo, el talón.

272 La Aurora pidió la inmortalidad para su esposo mortal, pero se olvidó de pedir la juventud eterna, y así Titono fue envejeciendo, y empequeñeciéndose, hasta que la Aurora lo transformó en cigarra para escuchar siempre su canto.

273 Las Camenas era el nombre que en latín se daba a las Musas.

274 Cf. n. 11.

275 Así ocurrió en la realidad (cf. introducción): Horacio murió al poco tiempo de su amigo Mecenas.

276 Cf. n. 157.

Centímano Gías se alcen contra mí, lograrán arrancarme nunca de tu lado; así plugo a la poderosa Justicia y a las Parcas.

Ya si Libra, o si el espantoso Escorpión[277], el signo más influyente en mi hora natal, o si Capricornio, tirano de las olas de Hesperia[278], me miran de frente, nuestras dos estrellas se avienen de modo admirable; a ti, la tutela resplandeciente de Júpiter te sustrajo al influjo del fiero Saturno[279] y retardó las alas del volátil Destino, cuando la concurrencia del pueblo hizo resonar su gozoso aplauso por tres veces en el teatro[280]; a mí, un tronco caído sobre mi cabeza me habría aplastado, si Fauno, protector de los hombres favoritos de Mercurio, no hubiera sostenido el golpe con su diestra[281]. Acuérdate de ofrecer las víctimas y el templo prometido; yo sacrificaré una simple cordera.

## 18.

Ni marfil ni artesonado de oro brillan en mi casa; ni vigas del Himeto[282] descansan sobre columnas talladas en los confines de África; ni, heredero desconocido de Átalo[283], he ocupado su palacio; ni las honradas mujeres

---

277 Signos del Zodíaco, favorable el primero y desfavorable el segundo, como también Capricornio, al que se nombra a continuación. Horacio no creía en la astrología (cf. *Odas,* I, 11), pero sí Mecenas.

278 Porque con su aparición en Diciembre coincidían las tempestades.

279 La estrella de Júpiter es favorable y desfavorable la de Saturno.

280 Cf. n. 128.

281 Como en Filipos atribuye a Mercurio su salvación *(Odas,* II, 7, 13-14), es a Fauno a quien se le atribuye con ocasión de la caída del árbol (cf. *Odas,* II, 13), pero no se ve clara la razón de asociar con Mercurio a Fauno como «protector de los hombres favoritos de Mercurio», como no sea porque ambos provienen de Arcadia (Fauno en su identificación con Pan).

282 Montaña del Ática, célebre por su mármol además de por su miel (cf. n. 230).

283 Cf. n. 4.

de mis clientes[284] tejen para mí telas teñidas en púrpura de Laconia.

Pero tengo mi lira y la pródiga vena de mi inspiración; y, aunque soy pobre, me busca un rico.

No atosigo a los dioses más de lo debido ni reclamo de mi poderoso amigo bienes en mayor abundancia, contento ya suficientemente con sólo mis campos de Sabina.

Un día empuja a otro día, y las lunas, al nacer, se encaminan a su fin. Tú, bajo la amenaza misma de la muerte, dispones la talla de los mármoles y, sin acordarte del sepulcro, edificas casas, obstinándote en dilatar las playas del mar que resuena junto a Bayas[285], no bastante rico aún con la ribera que lo contiene.

¿Qué decir, si hasta arrancas los mojones que limitan tu campo y saltas, en tu avaricia, más allá de los términos de tus clientes? A la esposa y al marido se les expulsa, llevando en su seno a los dioses de la familia y a sus hijos desharrapados.

A pesar de todo, ninguna mansión más segura espera al rico amo que el prefijado confín del Orco[286] arrebatador.

¿Por qué persigues metas ulteriores? La tierra se abre ecuánime para el pobre y para los hijos de los reyes; y el servidor del Orco no transportó por segunda vez, comprado con oro, al astuto Prometeo[287]. Él mantiene sujeto al orgulloso Tántalo[288] y al linaje de Tántalo; él escucha

---

284 La clientela era una institución social típicamente romana: entre una familia patricia y determinados individuos de condición inferior se establecían relaciones de protección por parte de aquéllos y de sumisión y dependencia por parte de éstos. Una de las estampas más curiosas a que esta institución daba lugar era la de una larga cola de clientes a la puerta de sus patronos, a primeras horas de la mañana, esperando su turno para saludarlo y ofrecerle sus servicios.

285 Localidad cercana a Nápoles, en la costa, famosa por sus aguas termales y sus baños.

286 Cf. n. 163.

287 Cf. n. 257.

288 Cf. *Epodos,* n. 114.

al pobre, consumido de fatigas, tanto si ha sido invocado para liberarlo, como si no lo ha sido.

## 19.

He visto a Baco en los remotos roquedales enseñando cánticos —creedme, hombres del futuro—, y a las Ninfas aprendiéndolos, y las orejas enhiestas de los caprípedos Sátiros.

¡Evohé! [289] Tiembla mi espíritu con temor repentino y siente un júbilo turbulento porque Baco llena mi pecho. ¡Evohé! ¡No te ensañes en mí, Líber [290], no te ensañes, oh temible por tu tirso [291] castigador!

Lícito me es cantar a las Tíades [292] porfiadas, la fuente de vino y los arroyos por los que fluye leche en abundancia, así como reiterar en mis cantos las mieles que gotean de los huecos troncos.

Lícito me es también cantar el adorno de tu esposa feliz, colocado entre las estrellas [293], la casa de Penteo, destruida con ruina no liviana [294], y la muerte del tracio Licurgo [295].

Tú domeñas los ríos; tú, el mar extranjero; tú, cargado de vino en las alejadas cumbres, sujetas los cabellos de las Bistónides [296] con un nudo de víboras sin sufrir daño.

Tú, cuando la impía cohorte de los Gigantes escalaba el imperio de tu padre a través de las alturas, hiciste re-

---

289 Grito ritual de las Bacantes.

290 Baco.

291 Vara coronada de yedra o pámpanos, que llevaban las Bacantes en sus orgías y era signo del dios Baco.

292 Bacantes. El nombre proviene de una tal Tía, que fue la primera en celebrar orgías.

293 Es la corona que Baco regaló a Ariadna cuando se desposó con ella, y que fue convertida en constelación.

294 Por no creer en la divinidad de Baco y menospreciar sus ritos, Penteo fue devorado por su propia madre, Ágave, en el curso de una bacanal.

295 Por su hostilidad a Baco y al culto de la viña, fue castigado por éste con la locura.

296 Bacantes. Los bistones eran un pueblo de Tracia.

troceder a Reto con las uñas y la escalofriante mandíbula de un león[297].

Sin embargo, considerado más apto para las danzas y para los juegos y el divertimento, no se decía de ti que fueras bastante idóneo para la batalla; pero en igual medida eras partícipe de la paz y de la guerra.

Engalanado con tu cuerno de oro[298], te vio Cérbero sin agredirte[299], inclinando mansamente su cola; y con su fauce de tres leguas te lamió los pies y las piernas cuando partías.

## 20.

Con ala no estrenada ni endeble seré llevado por el aire límpido, poeta de forma doble; no me detendré por más tiempo en la tierra y, superior a la envidia, dejaré atrás las ciudades.

Yo, sangre de padres pobres, yo, a quien tú, mi querido Mecenas, invitas, no moriré, no; ni la corriente estigia[300] me tendrá cercado.

Ya, ya unos ásperos pellejos se pegan a mis piernas y por la parte de arriba me transformo en ave blanca, brotándome livianas plumas por los dedos y los hombros.

En seguida, más famoso que Ícaro, el hijo de Dédalo, visitaré, pájaro cantor, las playas del gimiente Bósforo, las Sirtes getulas[301] y las llanuras hiperbóreas[302].

Me conocerá el colco, y el dacio que oculta su miedo

---

297 También Baco, como Hércules, intervino a favor de los Olímpicos en su lucha contra los Gigantes (cf. n. 248). Aquí se alude a su metamorfosis en león durante la batalla. Reto es el nombre de uno de los Gigantes.

298 Era representado a veces con cuernos, como los sátiros.

299 Cf. n. 255.

300 Cf. n. 182.

301 Cf. n. 135.

302 Designación para referirse al extremo norte del mundo: los de más allá del Bóreas, viento del Norte.

a la cohorte marsa, y los remotos gelonos [303]; me aprenderá el docto ibero y el que bebe el agua del Ródano [304].

Queden lejos de mis vanas exequias los cantos fúnebres, amargos llantos y lamentaciones; contén el griterío y ahórrate los superfluos honores de la sepultura [305].

303 Cf. n. 245.

304 Perífrasis para referirse al galo.

305 Horacio no parece concebir otra forma de supervivencia feliz sino por la fama.

# Libro III

## 1.

Odio al vulgo profano y me aparto de él[306]. Guardad silencio: sacerdote de las Musas, canto para doncellas y muchachos versos nunca antes oídos. A los reyes temibles corresponde el imperio sobre las multitudes de las que son dueños, pero el imperio sobre esos mismos reyes corresponde a Júpiter, esclarecido por su triunfo en la guerra de los Gigantes[307], él, que todo lo mueve con su sobrecejo.

Puede ocurrir que un hombre disponga en surcos sus arboledas sobre una extensión mayor que la de otro hombre; que otro, más animoso, baje desafiante al campo de Marte[308]; que uno sea más ilustre por sus costumbres y su fama; que otro tenga un número mayor de clientes[309]:

---

306 Cf. nn. 11 y 274.
307 Cf. nn. 248 y 297.
308 Lugar de ejercicios deportivos (cf. n. 22).
309 Cf. n. 284.

con ley pareja la Necesidad sortea a los gloriosos y a los sin gloria, su espaciosa urna remueve todos los nombres.

A aquél sobre cuya impía cerviz pende una espada desenvainada, los banquetes sicilianos [310] no le obsequiarán con su agradable sabor, ni la música de los pájaros y de la cítara le traerán el sueño: el sueño ligero de los hombres del campo no desdeña las casas humildes, ni la ribera sombría, ni los valles acariciados por los Zéfiros [311].

Al que desea lo que es suficiente, ni le da cuidados el mar tempestuoso, ni la furia violenta de Arturo [312] en su declinar o del Cabrito [313] al surgir sobre el horizonte, ni las viñas azotadas por el granizo, ni la finca desleal, cuando el árbol se queja ya de las lluvias, ya de los astros que abrasan los campos, ya de los inviernos rigurosos.

Los peces sienten disminuidos los mares por los bloques arrojados a la profundidad: numerosos contratistas, más los siervos, y el dueño que no se conforma con la tierra, arrojan pedruscos a ese lugar; pero el Temor y las Amenazas suben al mismo sitio que el propietario, y la lóbrega Preocupación no se retira de la trirreme guarnecida de bronce, y se sienta detrás del jinete.

Y si al angustiado no lo tranquiliza ni la piedra de Frigia, ni el lucir con más brillantez que la luz del sol las telas de púrpura, ni la vid de Falerno o el costo aquemenio [314], ¿para qué me construiré un atrio elevado con

---

310 Alusión al episodio de Damocles, que ha hecho proverbial la expresión «espada de Damocles»: fue invitado por Dionisio de Siracusa a un opíparo banquete, pero sobre su cabeza se había hecho colgar una espada pendiente de un hilo.

311 Vientos del Oeste, llamados también Favonios, mensajeros de la primavera.

312 Estrella más brillante de la constelación del Boyero, situada junto a la Osa Mayor; el nombre de dicha estrella significa «guardián de la osa»; en las fechas en que declina (en otoño) sobrevienen tempestades.

313 Singular por plural: la constelación se llama «Los Cabritos» y junto con la de la Cabra se integran, a su vez, en la constelación del Auriga. También la fecha de su aparición sobre el horizontes —finales de Septiembre— coincide con tiempo borrascoso.

314 Planta aromática empleada para la elaboración de un perfume.

puertas que causen envidia y según el estilo nuevo?, ¿para qué cambiaré mi valle de Sabina por riquezas que me traigan más inquietudes?

2.

Que el joven, curtido por la dura milicia, aprenda a sobrellevar amigablemente la estrechez de la pobreza y, caballero temible con su lanza, acose a los impetuosos partos; que pase su vida a la intemperie y en medio de circunstancias de peligro. En viéndolo desde las murallas enemigas, suspire la esposa del tirano que nos combate y la doncella casadera, no vaya, ¡ay!, el prometido de la princesa, inexperto en las artes marciales, a provocar a ese león de áspero trato, al que la cólera sangrienta arrastra por medio de las matanzas.

Dulce y hermoso es morir por la patria; la muerte además persigue al soldado que huye y no perdona las corvas ni la temerosa espalda de una juventud cobarde.

El valor, que no sabe de la afrentosa derrota, resplandece con honores sin mancha y no toma o deja las segures al soplo del viento del pueblo [315]. El valor, abriendo el cielo a los que no merecieron morir, intenta hacerse paso por el sendero que se le ha negado, y se aleja con ala huidiza de las aglomeraciones del vulgo y del suelo encharcado [316].

Hay también una recompensa segura para el silencio fiel: impediré que quien haya divulgado la ceremonia de la misteriosa Ceres [317] permanezca bajo las mismas vigas

---

315 La expresión «viento del pueblo», que resuena en nuestros oídos como voz del poeta Miguel Hernández («Vientos del pueblo me llevan, / vientos del pueblo me arrastran...»), era ya antigua: se encuentra, además de en Horacio, en Cicerón, Tito Livio, Virgilio; su significado es metafórico como veleidades e inconstancia del pueblo.

316 Es decir: suelo bajo, donde van a parar todas las aguas; como imagen para referirse a lo vulgar.

317 Los misterios famosos de Eleusis, celebrados en honor de esta diosa, requerían el silencio y secreto de sus fieles.

que yo, o que suelte conmigo las amarras de un frágil bajel.

Muchas veces Júpiter, desdeñado, juntó al inocente con el culpable; raramente el Castigo, con su pie cojo, deja de alcanzar al criminal que camina delante.

3.

Al varón justo y tenaz en su propósito no le conmueve en la firmeza de su espíritu ni el arrebato de los ciudadanos que aconsejan maldades, ni la mirada de un tirano amenazador, ni el Austro, rey turbulento del borrascoso Adriático, ni la mano poderosa de Júpiter fulminante; si el mundo quebrantado se desploma, caerán sobre él las ruinas sin causarle miedo.

Esforzándose en esa práctica, Pólux y el andariego Hércules alcanzaron los alcázares estrellados [318], y Augusto, recostándose entre ellos, bebe néctar con sus labios de púrpura. Por ese camino, según tus méritos, padre Baco, tus tigresas te condujeron tirando del yugo con su cuello indócil; por ese camino Quirino [319] escapó del Aqueronte en los caballos de Marte, una vez que Juno habló amigablemente al consejo de los dioses:

«Ilio, Ilio, un juez funesto y adúltero [320], y una mujer extranjera [321] te han convertido en polvo; desde que Laomedonte [322] engañó a los dioses en el precio convenido, yo y la casta Minerva te condenamos con tu población y tu rey fementido. Ya ni resplandece el huésped ilustre de la adúltera laconia [323], ni la perjura casa de Príamo

318 Del cielo, de la apoteosis.

319 Nombre de Rómulo, una vez divinizado (cf. n. 24 y *Epodos*, n. 87).

320 Paris. Juez en el juicio famoso de las tres diosas; adúltero por haber raptado a Helena, esposa de Menelao.

321 Helena.

322 Antiguo rey de Troya que no quiso pagar el precio convenido a Apolo y Neptuno por haber construido las murallas de su ciudad.

323 Helena.

quebranta a los belicosos aqueos con la fortaleza de Héctor, y se ha amainado la guerra que alargamos con nuestras rencillas. A partir de ahora depondré mi enconado resentimiento y haré a Marte entrega de su nieto[324], odiado por mí, al que dio a luz una sacerdotisa troyana[325]; permitiré que él penetre en las mansiones de la luz, pruebe el jugo del néctar y sea inscrito en los pacíficos gremios de los dioses. Con tal que el extenso piélago interponga su furor entre Ilio y Roma, imperen felices esos desterrados sobre cualesquiera tierras; con tal que el rebaño retoce sobre la tumba de Príamo y Paris, y las fieras, sin sufrir asechanzas, oculten allí sus cachorros, yérgase resplandeciente el Capitolio y pueda Roma soberbia dar sus leyes a los medos, después de triunfar sobre ellos. Temible, extienda ampliamente su nombre hasta los remotos confines, por donde el mar interior[326] divide a Europa de África, por donde las crecidas del Nilo riegan los campos; tenga el valor suficiente para despreciar el oro no encontrado —y por tanto, cuando la tierra lo oculta, guardado en el mejor sitio— más que para amontonar con mano ladrona todo lo sagrado destinándolo al uso del hombre. Arremeterá con las armas contra cualquier término que se haya constituido en frontera para el mundo, deseoso de investigar en qué lugar los fuegos solares llegan a su grado más alto, en qué lugar las nieblas y las gotas de lluvia. Pero anuncio a los belicosos quirites[327] sus destinos bajo esta condición: que no quieran, excediéndose en piedad y confianza frente a su situación, volver a construir los edificios de su antepasada Troya. Si la fortuna de Troya renace bajo este lúgubre agüero, volverá a caer en la funesta destrucción, siendo yo, esposa y hermana de Júpiter, quien guíe las mesnadas vencedoras. Si por tres veces se alza el muro de bronce, aunque Febo lo construya, tres veces caerá derruido por mis argivos, tres veces la esposa cautiva llorará por su esposo y sus hijos.»

---

324 Rómulo.
325 Rea Silvia o Ilia, vestal de linaje troyano.
326 Así se llamaba en la Antigüedad al Mediterráneo.
327 Ciudadanos romanos.

Pero esto no será apropiado para mi lúdica lira. ¿Adónde te me vas, Musa? Deja de obstinarte en recordar los discursos de los dioses y en empequeñecer los grandes temas para adecuarlos a ritmos menudos.

4.

Desciende del cielo y recítame, ea, reina Calíope [328], una larga canción al son de tu flauta, o si prefieres ahora, al son de tu aguda voz, o al ritmo de las cuerdas y la cítara de Febo.

¿La oís, o es que de mí se burla una amable ilusión? Me parece estar oyéndola, y deambulando por los bosques bienaventurados, que cruzan placenteras aguas y brisas.

A mí, siendo niño, hallándome en el ápulo Vúltur [329] escapado de los umbrales de mi nodriza Pulia [330], que solía contarme cuentos, cansado de jugar y sumido en el sueño, unas palomas me cubrieron de verde follaje, de manera que causó admiración a todos los habitantes del nido de la elevada Aquerontia, de las florestas de Bantia y del fértil campo de la baja Forento [331] el ver cómo yo dormía con el cuerpo al amparo de víboras y osos, cómo el laurel sagrado y el mirto, trenzado con él, me coronaban, niño atrevido no sin la protección de los dioses.

Vuestro, oh Camenas, vuestro, me dirijo a los altos de la Sabina, o bien —si ha sido de mi gusto— a la fresca Preneste o a Tíbur, extendido sobre una ladera, o a la acuosa Bayas [332].

---

[328] Una de las Musas (cf. n. 12).

[329] En las inmediaciones de Venusia.

[330] Esta nodriza ocuparía el vacío dejado por la madre de Horacio, que debió de morir siendo él muy pequeño (cf. introducción).

[331] Aquerontia, Bantia, Forento, aldeas de los alrededores de Venusia.

[332] Preneste y Tíbur, ciudades del Lacio; Bayas, ciudad costera cercana a Nápoles, conocida por sus aguas termales y baños (cf. n. 285).

Amigo de vuestras fuentes y coros, ni el ejército obligado a retroceder en Filipos, ni el árbol conjurado contra mí [333], ni Palinuro [334] con la ola siciliana, lograron aniquilarme.

Siempre que vosotras estéis conmigo, marinero gustoso, haré frente al enfurecido Bósforo y recorreré cual peregrino las arenas abrasadoras del litoral asirio; visitaré a los britanos, feroces con sus huéspedes, y al cóncano [335], que se contenta con la sangre del caballo; visitaré a los gelonos [336], portadores de aljaba, y el río de la Escitia, sin sufrir daño alguno.

Vosotras solazáis en la gruta del monte Pierio al excelso César, que pretende poner fin a sus fatigas tan pronto como haya recluido en fortalezas a las cohortes fatigadas de la guerra; vosotras le dais también consejos de paz y, después de aconsejarle, os alegráis por ello, oh alentadoras.

Sabemos cómo, dejando caer su rayo, domeñó a los impíos Titanes [337] y a la gigantesca muchedumbre [338] aquél que gobierna la tierra tranquila, que gobierna el mar azotado por los vientos y reina sobre las ciudades, los lacrimosos reinos, los dioses y las aglomeraciones humanas, siendo señor único con igual poder sobre todo.

Gran temor le había producido a Júpiter aquella temeraria juventud erizada de brazos [339], y los hermanos [340] de

---

333 Cf. *Odas,* II, 13 y n. 251.

334 Cf. n. 167.

335 Pueblo cántabro.

336 Cf. n. 245.

337 La primera batalla de los Olímpicos antes de su establecimiento definitivo en el trono del mundo fue contra los Titanes.

338 En segundo lugar, hubieron de hacer frente los Olímpicos a los Gigantes (cf. nn. 248 y 297).

339 ¿Se refiere Horacio a los Hecatonquires o Centímanos: Coto, Briáreo y Giges, hermanos de los Titanes? Si fuera así, nos hallaríamos frente a un extraño testimonio, pues los Hecatonquires lucharon en la Titanomaquia, según la versión más común, al lado de los Olímpicos y en contra de los Titanes (A. Ruiz de Elvira, *op. cit.*, pp. 54-55). Es posible, sin embargo, que Horacio confunda a los Hecatonquires o Centímanos con los Gigantes. Pero, además, este salto tan brusco de una guerra a otra nos advierte tam-

éstos que intentaban colocar el Pelio sobre el umbroso Olimpo.

Pero ¿qué podría lograr Tifeo y el fuerte Mimante, o qué Porfirión con su amenazadora estatura, qué Reto y Encélado [341], lanzador atrevido de troncos arrancados de cuajo, lanzándose a la carrera contra la resonante égida [342] de Palas? Del lado de ésta estuvo el afanoso Vulcano; del lado de ésta, la matrona Juno y el que nunca depondrá de sus hombros el arco, aquél que lava sus cabellos sueltos con el puro rocío de la fuente Castalia, aquél que habita en los chaparrales de Licia y en el bosque donde nació, Delio y Patareo [343] Apolo.

La fuerza privada de inteligencia se derrumba por su propio peso; pero la fuerza bien dirigida, los dioses la promueven todavía a más; odian asimismo las fuerzas del que en su ánimo planea toda clase de abominaciones.

Ejemplo de mis afirmaciones es el Centímano Gías [344], y el famoso pretendiente de la casta Diana, Orión [345], doblegado por una flecha de la doncella.

La Tierra deplora haber sido arrojada sobre sus hijos

---

bién de la probable confusión y unificación de Titanomaquia con Gigantomaquia.

340 Vuelve otra vez a la Gigantomaquia —si es que no confunde en una ambas guerras—, pues fueron los Gigantes los que amontonaron los montes para llegar hasta el Olimpo.

341 Mimante, Porfirión, Reto y Encélado son nombres de Gigantes. También se menciona entre ellos, sin distinción, a Tifeo, ser horrendo, gigantesco y monstruoso que la Tierra engendró contra los Olímpicos y cuya guerra contra ellos —la Tifonomaquia— constituye un capítulo aparte, posterior a la Gigantomaquia (v. A. Ruiz de Elvira, *op. cit.*, pp. 56-57).

342 Escudo fabricado con la piel de la cabra Amaltea, nodriza de Júpiter, que éste regaló a su hija Palas Atenea.

343 Corresponden estos epítetos a Apolo por haber nacido en Delos y recibir culto en Pátara (Licia).

344 Otra vez se insiste en la hostilidad de los Centímanos —aquí uno de ellos, Gías o Giges— frente a los Olímpicos, no testimoniada (cf. n. 339) en otra parte. Aunque, a la vista de la muy probable confusión entre Centímanos y Gigantes, estamos tentados de rechazar la conjetura de Lambino para el verso 69: *centimanus Gyas,* donde los manuscritos dan la lectura: *centimanus gigas.*

345 Cf. n. 259.

monstruosos y se entristece de que el rayo haya sumergido a su prole en el lóbrego Orco[346]; el fuego impetuoso de éstos no puede corroer el Etna, que les fue colocado encima; no se aleja del hígado del incontinente Titio[347] el ave, guardián impuesto a su maldad; trescientas cadenas tienen preso a Pirítoo[348], el enamoradizo.

## 5.

En el cielo creemos que reina Júpiter tonante; mas como dios presente tendremos a Augusto, cuando haya anexionado a su imperio las tierras de los britanos y de los feroces persas.

¿Ha vivido el soldado de Craso[349] junto a una bárbara esposa como marido sin honra, y ha envejecido el marso y el ápulo en las armas de sus suegros, nuestros enemigos (¡oh curia y costumbres pervertidas!), a las órdenes de un rey medo, sin acordarse de los escudos sagrados, ni de su nombre, ni de la toga y de la siempre viva Vesta, cuando Júpiter y la ciudad de Roma se mantenían incólumes?

Esto lo había precavido la previsora mente de Régulo[350], que se oponía a unas afrentosas condiciones y que hubiera atraído con su ejemplo la ruina para la generación futura, de no perecer sin compasión la juventud cautiva. Dijo: «Yo he visto clavadas en los templos púnicos nuestras enseñas y las armas arrancadas a nuestros

---

346 Tanto los Titanes como los Gigantes, después de su derrota, fueron encerrados en las profundidades de la tierra: los Titanes en el Tártaro y los Gigantes debajo de los de los montes.

347 Cf. n. 261.

348 Enamorado de Prosérpina, bajó al Hades para raptarla y quedó allí prisionero para siempre. Pero ¿por qué después de ejemplificar con Gigantes como Orión y Titio, pasa el poeta a Pirítoo, un ser humano de condición heroica, pero no Gigante?

349 Después de la derrota romana en Carras (53 a. C.) por los partos, muchos de los supervivientes prisioneros se casaron con mujeres del país.

350 Cf. n. 78.

soldados sin derramamiento de sangre; yo he visto los brazos de los ciudadanos atados a su espalda libre, y las puertas no cerradas y que sus campos, devastados por nuestra campaña, estaban siendo cultivados. ¿Acaso el soldado, rescatado con oro, se volvería más valiente? [351], ¡a su infamia añadís vuestro perjuicio!: ni la lana teñida de púrpura recobra sus colores perdidos, ni el verdadero valor, cuando ha fallado una vez, se cuida de volver a instalarse en aquellos que se han pervertido.

Cuando luche la cierva, después de librarse de las redes espesas, entonces también será valiente aquél que se entregó a enemigos traidores, y aplastará a los púnicos en una nueva campaña quien sintió, sin inmutarse, las correas en sus brazos prisioneros y temió la muerte. Éste, no sabiendo por dónde aferrarse a la vida, mezcló paz en medio de la guerra: ¡oh vergüenza!, ¡oh gran Cartago, enaltecida por la afrentosa ruina de Italia!»

Dícese que apartó de sí el beso de su casta esposa y a sus hijos pequeños, como privado del rango de ciudadanía y que, huraño, fijó en tierra su rostro varonil, hasta que, insistiendo él, con un consejo nunca dado antes añadió seguridad a los senadores vacilantes y marchó presuroso, ilustre desterrado, entre sus amigos afligidos. Y, sin embargo, sabía qué tormentos le preparaba el verdugo enemigo; a pesar de todo, a sus familiares, que le salían al paso, y al pueblo, que retardaba su retorno, no los apartó de otro modo que si, resuelta una querella, dejara los interminables negocios de sus clientes, dirigiéndose a los campos de Venafro [352] o a la lacedemonia Tarento.

## 6.

Tú, romano, expiarás inmerecidamente los delitos de tus mayores, hasta que hayas reconstruido los templos,

---

[351] Esto es lo que en términos retóricos se llama una *occupatio:* el orador expresa un posible argumento de su oponente, para —a continuación— rebatirlo.

[352] Cf. n. 231.

las moradas ruinosas de los dioses y sus imágenes ensuciadas por el negro humo.

Conservas el imperio por conducirte humildemente ante los dioses: de aquí todo principio, hacia aquí debes guiar el fin. Los dioses, por haber sido despreciados, ocasionaron muchas desgracias a la enlutada Hesperia[353]. Ya por dos veces Moneses y la tropa de Pácoro[354] desbarataron nuestros ataques, emprendidos bajo auspicios desfavorables, y se ufanan de haber añadido nuestros despojos a sus delgados collares. El dacio y el etíope casi arrasaron la ciudad, entregada a las revueltas, éste temible por su flota, más ducho aquél disparando flechas. Unas generaciones fecundas en culpa mancillaron primeramente sus nupcias, y luego su linaje y sus casas: de esta fuente emanó el desastre y recayó sobre la patria y el pueblo.

La doncella casadera se goza en aprender las danzas de Jonia y se recompone con artificios; ya incluso ahora, desde su más tierna infancia, planea amores impúdicos. Más tarde busca amantes más jóvenes entre los que acompañan a su marido cuando bebe, y no elige a uno para darle furtivamente placeres prohibidos lejos de las lucernas, sino que, a una orden dada, se pone en pie delante de todos, no sin el consentimiento de su marido, tanto si la llama un mercader, como si es el capitán de una nave hispana, comprador adinerado de sus desvergüenzas.

No de padres tales había nacido la juventud que tiñó el mar con sangre púnica y dio muerte a Pirro[355], al grandioso Antíoco[356] y al cruel Aníbal; sino la prole varonil de soldados nacidos en el campo, avezada a remover la gleba con azadones sabelios y a llevar troncos cortados a una orden de su severa madre, cuando el sol trasladaba

---

353 Aquí, Italia.

354 Jefes partos que derrotaron doblemente a los romanos: primero en Carras (cf. n. 349) al ejército de Craso y luego, en el 36 a. C., a dos legiones de Antonio.

355 Caudillo epirota que invadió Roma y fue derrotado en 275 a. C.

356 Rey de Siria que dio asilo a Aníbal, y fue más tarde derrotado por Roma.

la sombra de los montes y retiraba el yugo de los cansados bueyes trayéndoles el tiempo de descanso lejos del carro.

¿Qué no ha erosionado el corrosivo día? La generación de nuestros padres, peor que la de nuestros abuelos, nos engendró a nosotros, más perversos aún, quienes habremos de procrear con el paso del tiempo una prole más viciosa todavía.

## 7.

¿Por qué lloras, Asteria, a aquél a quien los luminosos Favonios[357] te devolverán al comienzo de la primavera, enriquecido con mercancía de Tinia[358], joven de fidelidad inmutable, Giges? Aquél, empujado por los Notos hasta el Órico[359], después de la aparición de la funesta constelación de la Cabra[360], pasa las heladas noches en vigilia no sin verter muchas lágrimas.

Y, sin embargo, el mensajero de una anfitriona enamorada, diciéndole que Cloe suspira y que la infeliz se abrasa en tus mismos fuegos, intenta astutamente seducirlo de mil maneras. Cómo al confiado Preto una mujer traidora lo empujó con falsas acusaciones a apresurar la muerte del demasiado casto Belerofontes[361]: tal es su relato; le cuenta que Peleo fue casi entregado al Tártaro mientras huía esquivando el trato de Hipólita la de Magnesia[362] y, engañoso, le enseña historias que incitan a pecar.

---

357 Vientos del Oeste (cf. n. 37).

358 Comarca de Asia Menor.

359 Ciudad del Epiro.

360 Cf. n. 313.

361 Siendo Belerofontes huésped de Preto, se enamora de él Estenebea (o Antea), mujer de Preto, y se le declara. Rechazada por el héroe, lo acusa ante su marido de intento de seducción y éste da crédito a la calumnia. Para castigar a Beloforontes lo envía a casa de su suegro. Yóbates, con una carta para él en la que le pedía que diera muerte al portador. Yóbates manda a Belerofontes dar muerte a la Quimera, pensando que así moriría él.

362 Peleo sufre una aventura similar a la de Belerofontes: siendo huésped de Acasto, la mujer de éste, Hipólita (o Astidamía)

En vano: pues, más sordo que los acantilados de Ícaro [363], escucha sus palabras íntegro hasta el momento.

Pero tú, ten cuidado no te agrade más de lo conveniente tu vecino Enípeo, aunque ningún otro sea admirado como él por su pericia en dar vueltas al caballo sobre el césped de Marte y ningún otro nade tan rápido por la corriente del río etrusco [364].

Cierra tu casa al llegar la noche y no mires a la calle al oír la música de una quejumbrosa flauta; y mantente esquiva para aquél que a menudo te llama cruel.

## 8.

¿Te preguntas admirado qué hago yo solitario en las calendas de Marzo, qué significan las flores y el pebetero lleno de incienso y el carbón colocado sobre césped verde, oh tú, conocedor de ambas lenguas?

Había prometido suculentos banquetes y un blanco macho cabrío a Líber [365], cuando estuve a punto de fenecer por la caída de un árbol sobre mí [366]. Este día, festivo al retorno del año, hará saltar el corcho pegado con pez de un ánfora que aprendió a empaparse de humo en el consulado de Tulo [367].

Bébete, Mecenas, cien copas en recuerdo de la salvación de tu amigo y permite que las lucernas continúen encendidas hasta el amanecer; lejos de aquí quede todo griterío y enfado. Olvídate de las preocupaciones políticas concernientes a la urbe. Ha perecido el ejército del dacio

---

se enamora de él, es rechazada y lo acusa de intento de seducción. Acasto entonces, para castigar al presunto culpable, lo invita a una cacería en el monte Pelio y lo deja abandonado con la esperanza de que las fieras lo mataran. Magnesia era la comarca tesalia donde se hallaba Yolco, ciudad donde habitaban Acasto y Astidamía.

363 De Icaria, la isla que recibió el nombre de Ícaro.

364 El Tíber.

365 Baco.

366 Cf. *Odas,* II, 13 y n. 251.

367 Cónsul en el año 66.

Cotisón[368]; el medo, enconado contra sí mismo, está dividido empuñando armas luctuosas[369]; es ya nuestro esclavo el cántabro, antiguo enemigo de las tierras de Hispania, doblegado por fin con nuestra cadena[370]; ya los escitas se disponen a retirarse de sus llanuras con el arco distendido.

Sin pensar en las fatigas de la población, abstente, como un ciudadano particular, de hacer demasiados proyectos, y recoge, gozoso, los dones que te ofrece la hora presente[371]; deja las seriedades.

## 9.

—Mientras yo te gustaba y ningún otro hombre, prevaleciendo sobre mí, echaba sus brazos sobre tu blanco cuello, florecí más dichoso que el rey de los persas.

—Mientras por ninguna otra más que por mí te abrasaste y Lidia no era pospuesta a Cloe, yo, Lidia, gozando de gran renombre, florecí más ilustre que la romana Ilia[372].

—A mí ahora me domina la tracia Cloe, entendida en los dulces ritmos y experta en tañer la cítara; por quien yo no temiera morir, si los hados permiten que su vida se alargue.

—A mí me quema con antorcha compartida Cálais, el hijo de Órnito de Turio[372 b]; por quien yo consintiera morir dos veces, si los hados permiten que el muchacho me sobreviva.

—¿Y qué si regresa el antiguo amor y con yugo bron-

368 Rey de los getas, pueblo tracio que habitaba en los alrededores de la desembocadura del Danubio y de las costas del Ponto Euxino. Fueron derrotados en el año 29 a. C. por M. Craso.

369 Las disensiones entre Fraates y Tiridates por el reino (cf. notas 149 y 214).

370 Derrotados también los cántabros en el mismo año 20 por Estatilio Tauro.

371 Otra formulación del *carpe diem.*

372 Cf. n. 19.

372 b Ciudad de la Magna Grecia, al Sur de Italia.

cíneo reúne a los desunidos; si despido a la rubia Cloe y mi puerta se abre a Lidia, la rechazada?

—Aunque él es más hermoso que una estrella, tú más liviano que un corcho y más iracundo que el levantisco Adriático, contigo vivir quisiera, contigo moriría gustosa.

## 10.

Aunque bebieras en el remoto Tánais[373], Lice, casada con un marido huraño, llorarías, sin embargo, el dejarme expuesto a los Aquilones que allí tienen su casa, arrojado ante las duras puertas.

¿Escuchas con qué ruido cruje la puerta, cómo brama al azote de los vientos el bosque plantado entre los bellos edificios, y cómo Júpiter hiela las nieves con su serena divinidad?

Depón el orgullo que desagrada a Venus, no vaya a volver hacia atrás la cuerda al correr de la rueda[374]. No te engendró tu padre tirreno como Penélope esquiva a los pretendientes.

¡Oh!, aunque ni los presentes, ni las plegarias, ni la palidez de tus enamorados, teñida de violeta, ni tu marido, maltrecho por una meretriz de Pieria[375], te doblegue, compadécete de los que te suplican, no más blanda que la áspera encina ni más benévola en tu corazón que las serpientes moras.

No siempre este costado mío aguantará el umbral y el agua del cielo.

## 11.

Oh Mercurio —pues dócil a tu enseñanza Anfíon hizo moverse a las piedras con su canto[376]—, y tú, tortuga[377],

---

373 Río de las regiones escitas, hoy el Don.
374 Metáfora tomada de la rueda de un pozo.
375 Macedonia.
376 Anfíon, hijo de Antíope y de Júpiter, construyó las murallas

que eres diestra en resonar con tus siete cuerdas, ni locuaz en otro tiempo ni placentera, pero amiga ahora de las mesas de los ricos y de los templos, haz sonar unos ritmos a los que preste Lide sus obstinados oídos, ella que, como yegua de tres años en las vastas llanuras, juega retozona y teme que la toquen, inexperta en la coyunda y esquiva todavía a su ansioso marido.

Tú puedes llevar tras de ti los tigres y el cortejo de los bosques, y detener los rápidos arroyos: cedió ante tus caricias el portero de la temible mansión, Cérbero, aunque cien serpientes fortifican su cabeza espantosa y un aliento fétido y baba viscosa mana de su fauce de tres lenguas [378].

Incluso también Ixión [379] y Titio [380] sonrieron con expresión contraria a su voluntad; quedó seca por un momento la urna, mientras deleitabas con tu plácida música a las hijas de Dánao [381].

Oiga Lide el crimen y el famoso castigo que sufrieron las doncellas, y la tinaja vacía del agua que se escapa por los agujeros del fondo, así como sus postreros destinos, que les reservan castigos incluso en el Orco [382]. Las impías (pues, ¿qué impiedad mayor pudieron cometer?), las impías fueron capaces de asesinar a sus esposos con el duro hierro. Sólo una de entre las muchas que eran, digna de la antorcha nupcial, fue gloriosamente traidora a su padre perjuro, y doncella ilustre para siempre: «Le-

---

de Tebas de una manera prodigiosa: las piedras se iban colocando solas al son de su lira.

377 Conservo la metonimia: pues con «tortuga» quiere referirse el poeta a la lira, hecha en sus orígenes con un caparazón de tortuga; el poeta aprovecha y resalta el contraste entre el mutismo del animal y la melodía del instrumento.

378 Se hace referencia a la bajada de Orfeo a los infiernos: con la música de su lira consiguió pasmar a los habitantes del mundo subterráneo.

379 Condenado en el infierno a estar atado a una rueda que no dejaba de rodar. Motivo de su castigo era el haber osado violar a Juno.

380 Cf. n. 261.

381 Cf. n. 263.

382 Cf. n. 163.

vántate», dijo ésta a su joven marido, «levántate, no te venga un largo sueño de donde no te lo esperas; engaña a tu suegro y a mis hermanas criminales, que, como leonas que han dado caza a unos terneros, degüellan, ¡ay!, cada una a su esposo. Yo, menos salvaje que ellas, ni te heriré ni te mantendré encerrado. ¡Cárgueme mi padre de crueles cadenas, por haber perdonado, clemente, a mi infeliz esposo, o que me relegue a los remotos campos de los númidas por medio de una nave!, ¡márchate adonde te lleven los pies y las brisas, mientras la Noche y Venus te favorecen!, ¡márchate con augurios propicios y graba en mi sepulcro un lamento que dé testimonio de mí!»

## 12.

Propio de mujeres desgraciadas es no dar diversiones al amor, no enjugar los sufrimientos con el dulce vino, o angustiarse temiendo los azotes de la lengua de su tío paterno.

El hijo alado de Citerea [383] te roba el canastillo, oh Neobule; y el resplandor de Hebro, el de Lípara [384], te roba las telas y los trabajos de la hacendosa Minerva [385], siempre que baña él sus aceitados hombros en la corriente del Tíber, jinete más diestro que el mismo Belerofontes [386], ni por sus puños nunca vencido, ni porque fuera lento su pie, hábil asimismo para disparar en terreno despejado su jabalina contra los ciervos huidizos, después de haber asustado al rebaño, y veloz en afrontar la acometida de un jabalí que se escondía en los espesos matorrales.

---

383 Cupido.
384 Hoy Lípari, isla del Norte de Sicilia.
385 Era patrona de las labores femeninas.
386 Cabalgaba sobre el caballo alado Pégaso.

13.

¡Oh fuente de Bandusia[387], más transparente que el vidrio, digna del dulce vino y también de las flores!, mañana tendrás la oblación de un cabrito, al que su frente abultada, con los cuernos que ya le apuntan, al amor y a los combates lo destina —aunque en vano, pues manchará con su sangre escarlata tus aguas heladas, retoño de grey lasciva—.

A ti la hora implacable de la bochornosa Canícula[388] no sabe tocarte; tú ofreces el frescor placentero a los toros, fatigados del arado, y al ganado errante.

Serás contada tú también entre las fuentes famosas, si yo canto a la encina que se asienta sobre las huecas rocas de las que brotan tus linfas murmuradoras.

---

387 Se trata muy probablemente de la fuente que brotaba en su finca de Sabina, de la que el poeta nos habla en *Sat.,* II, 6, 2 y *Epist.,* I, 16, 12 y ss. Así lo indica al menos el testimonio del escoliasta Acrón: «Bandusia es una comarca de la región sabina, en la que se encontraba la finca de Horacio.»

388 Constelación que es el resultado de la catasterización de Mera, la perra del ateniense Icario, quien recibe de Baco la enseñanza del cultivo de las vides y de cómo obtener el vino. Al poner en práctica tales enseñanzas causa la embriaguez a unos pastores a los que da a probar la bebida. Otros, al verlo, creen que es un veneno y lo matan. Pero al recuperarse los embriagados, los asesinos huyen a la isla de Ceos. Erígone, hija de Icario, busca a su padre; lo encuentra gracias a la perra Mera y se suicida ahorcándose; asimismo la perra se tira a un pozo. Pero Baco los catasteriza a los tres: a Icario en el Boyero (en versión alternante con aquélla que hace a esta constelación catasterismo de Arcas, el hijo de Calisto), a Erígone en la constelación de Virgo (en versión alternante con la que la identifica con la Justicia), y a la perra en la Canícula. Ya como constelación, decíase que castigaba a los habitantes de Ceos con terribles calores, para vengar así el asesinato cometido por los atenienses que allí se habían refugiado. Otra versión indica que dicha constelación es la catasterización del perro Lélape, cuyo último propietario fue el ateniense Céfalo; y otra que es el perro de Orión, el famoso cazador (cf. n. 259). Se la llama también Sirio, que es el nombre de su más luminosa estrella. Su orto coincide con la época más calurosa del verano (v. A. Ruiz de Elvira, *op. cit.,* pp. 474 y 484-85).

14.

Después de decir de él poco ha, oh plebe, que a la manera de Hércules había buscado el laurel que se paga con la muerte[389], César regresa vencedor a sus penates desde las tierras de Hispania[390].

La esposa[391], que se goza únicamente en su marido, adelántese tras haber sacrificado a los dioses justos; también la hermana[392] del esclarecido caudillo; y engalanadas con la cinta de las suplicantes, las madres de las muchachas y de los jóvenes que se han salvado recientemente.

Vosotros, oh donceles y muchachas que habéis ya conocido varón, absteneos de palabras de mal agüero.

Este día, verdaderamente festivo para mí, me librará de las negras inquietudes; yo no temeré la revolución ni el morir violentamente, si César gobierna sobre la tierra.

Ve, muchacho, busca perfume y coronas y el cántaro que se acuerda de la guerra contra los marsos, si es que alguna vasija ha podido salvarse de las correrías de Espártaco[393].

Di también a la melodiosa Neera que se apresure a recoger con un nudo su cabellera que huele a mirra; si vas a demorarte por culpa de un odioso portero, márchate de allí.

Los cabellos canosos[394] suavizan mi temperamento, deseoso de disputas y de la porfiada querella. No soportaría esto, fogoso como yo era por razón de juventud, en los tiempos del cónsul Planco[395].

---

389 Pues cayó enfermo en Tarragona y se temió por su vida.

390 Vuelve a la guerra contra los cántabros, dejando allí a Agripa. Esto ocurría en el año 24 a. C., debiendo datarse la oda en torno a esa fecha.

391 Livia.

392 Octavia.

393 Cf. *Epodos,* n. 84.

394 Horacio tenía ya cincuenta años cuando escribió esta oda.

395 Fue cónsul en el 42 a. C., cuando contaba veintitrés años.

15.

Esposa del pobre Íbico, pon término por fin a tu desvergüenza y a tus famosas hazañas; estando por tu avanzada edad cerca de la muerte, deja de jugar entre las muchachas y de salpicar nubarrones a las resplandecientes estrellas. Si algo le cae bien a Fóloe, no por eso te cae bien también a ti, Cloris.

Tu hija saquea con más derecho las casas de los jóvenes, como una Tíade [396] excitada por el ruido del tamboril. A ella el amor de Noto la obliga a jugar igual que una cabra retozona. A ti, vieja ya, te sientan bien las lanas esquiladas junto a la ilustre Luceria [397]; no las cítaras ni la flor purpúrea del rosal, ni los cántaros apurados hasta las heces.

16.

A Dánae encerrada la habrían protegido suficientemente de los amantes nocturnos una torre de bronce con sus recias puertas y la vigilancia acuciante de los atentos sabuesos, si Júpiter y Venus no se hubieran burlado de Acrisio, guardián temeroso de la enclaustrada doncella; pues sabían que habría camino seguro y libre para un dios convertido en dorado metal [398].

---

396 Bacante.

397 Ciudad de Apulia.

398 Acrisio, según la leyenda, conociendo por el oráculo que su hija Dánae tendría un hijo que lo mataría, la encierra en una prisión subterránea (novedosa en este sentido es la «torre de bronce» de la que habla Horacio, seguido por Ovidio, *Amores,* II, 19, 27). Pero Júpiter, que se había enamorado de la muchacha, consigue llegar hasta ella transformándose en lluvia de oro —tema del famoso cuadro de Tiziano—. Obsérvase en el presente pasaje indicios claros de una interpretación racionalista del mito: se insinúa que no hubo tal lluvia de oro, sino que el enamorado Júpiter sobornó con oro a los guardianes. Este modo de exégesis de la mitología era ya antiguo: el más famoso de sus seguidores fue el historiador griego Paléfato (siglo IV a. C.).

El oro gusta de abrirse paso a través de los centinelas y perforar las rocas con ímpetu mayor que el del rayo al caer; por afán de ganancia sucumbió la casa del augur argivo inmersa en la ruina [399]; el varón macedonio [400] hendió las puertas de las ciudades y derribó a los reyezuelos, sus rivales, valiéndose de regalos; los regalos echan el lazo a los crueles capitanes de naves.

En pos de la fortuna creciente va la inquietud y el hambre de mayores riquezas.

Con razón he aborrecido levantar mi cabeza para hacerla visible desde una gran extensión, oh Mecenas, honra de los caballeros.

Cuanto más se haya negado cada uno a sí mismo, más le ofrecerán los dioses [401]; desnudo me dirijo al campamento de los que nada desean y, tránsfuga, ansío vivamente abandonar el partido de los ricos, dueño de una riqueza despreciada, más distinguido aún que si se dijera de mí que guardo en mis graneros todo lo que ara el afanoso hombre de Apulia, sin recursos en medio de grandes recursos.

Un riachuelo de agua clara, un bosque de pocas yugadas y la confianza segura en mis mieses son un lote más afortunado que el de aquél que relumbra por el imperio sobre la fértil África, aunque no se lo parezca a él.

Aunque no me regalan su miel las abejas de Calabria,

---

399 Este augur argivo era Anfiarao que, sabiendo que moriría si marchaba en la expedición contra Tebas, se ocultó para no ir. Pero su mujer, Erifile, lo descubrió, seducida por el regalo del collar de Harmonía que Polinices le dio. A raíz de ello se sucedieron los crímenes en su familia: una vez muerto en la guerra Anfiarao, su hijo Alcmeón, para vengarlo, mató a su madre y fue asesinado a su vez por sus cuñados, los hijos del rey Fegeo de la Psofide. Los hijos de Alcmeón vengan a su padre, matando a los asesinos y consagran, por fin, el collar en el templo de Apolo en Delfos.

400 Filipo, padre de Alejandro Magno, que decía (según Cicerón, *ad Atticum,* I, 16, 12) no existir ciudad inexpugnable si en ella se podía hacer entrar un asno cargado de oro.

401 Esta sentencia, que trasluce un concepto de providencia divina ajeno al epicureísmo y predicado por el estoicismo, suena a la proclama evangélica: «Quien perdiere su vida por amor de mí, la salvará» *(Lc.,* 9, 24).

ni envejece para mí Baco [402] en un ánfora lestrigonia [403], ni para mí crecen blandos vellones en los pastizales de la Galia, con todo, la incómoda pobreza está lejos de mí y, si quisiera más, tú no te negarías a dármelo. Menguando mis deseos, alargaré mis escasas rentas mejor que si a los campos migdonios [404] añadiera el reino de Alíates [405]. Mucho les falta a los que mucho piden; bien le va a aquél al que un dios con mano parca concedió lo que le es suficiente.

## 17.

Elio, famoso por el antiguo Lamo —puesto que cuentan que de él derivaron su nombre los primeros Lamias, y el linaje completo de sus descendientes, según los fastos que así lo recuerdan; remontas tu origen a aquel antepasado que, rey de una gran comarca, gobernó por vez primera, según dicen, en las murallas de Formias [406] y en el Liris [407] que se desborda sobre las riberas de Marica [408]—, mañana la tempestad desencadenada por el Euro alfombrará la floresta de abundantes hojas, y de algas inútiles la playa, si es que no se equivoca la vieja corneja, profetisa de lluvias. Amontona leña seca, ahora que puedes; mañana, venerarás a tu Genio [409], ofreciéndole vino puro y un lechón de dos meses junto con tus criados, liberados de sus ocupaciones.

---

402 Metonimia por vino.

403 Es decir: de Formias, pues había sido fundada —según la leyenda—, por Lamo, rey de los lestrígones.

404 Cf. n. 250.

405 Rey de los lidios y padre de Creso.

406 Cf. n. 403.

407 Cf. n. 176.

408 Diosa esposa de Fauno y madre del rey Latino, que tenía un bosque sagrado a las orillas del Liris.

409 Divinidad tutelar de cada individuo.

18.

Fauno[410], enamorado de las ninfas que te huyen, ven a pasear, propicio, por mis fincas y mis campos soleados; y márchate otorgando tu protección a mis crías pequeñas si, al cumplirse el año, te es sacrificado un tierno cabrito, no te falta vino abundante en la cratera, compañera de Venus, y humea el vetusto altar con profusión de aromas.

Retoza todo el ganado en la llanura alfombrada de hierba, cuando vuelven a ti las Nonas de diciembre[411]; la aldea huelga festiva en los prados junto al buey sin quehaceres; vaga el lobo entre corderos atrevidos; en tu honor el bosque desparrama su agreste follaje; alégrase el cavador de golpear por tres veces con su pie la tierra odiosa.

19.

Qué lapso de tiempo separa a Ínaco[412] de Codro[413], el que no temió morir por la patria, es el tema de tu relato; también, el linaje de Éaco[414] y los combates que se libraron al pie de la sagrada Ilio[415]. Pero no nos dices a qué precio podemos comprar un cántaro de vino de Quíos, quién calienta el agua sobre el fuego, ni quién y a qué hora, invitándome a su casa, me pone a resguardo del frío del país de los pelignios[416].

Escánciame en seguida, muchacho, para brindar por la

---

410 Cf. n. 40.

411 Las Nonas coincidían con los días quintos de cada mes, excepto en los meses de Marzo, Mayo, Julio y Octubre, que eran el día séptimo.

412 Cf. n. 218.

413 Legendario rey de Atenas.

414 Cf. n. 253.

415 Tema de la *Ilíada*. Se refiere el poeta a temas de la poesía épica, a los que contrapone la inspiración menos sublime de la poesía lírica.

416 Pueblo itálico que habitaba al Norte del Samnio; una de sus ciudades era Sulmona, cuna del poeta Ovidio.

luna nueva, por la medianoche y por Murena, el augur. ¿Con tres o con nueve tazas llenas se mezcla la bebida? El poeta delirante, que ama a las Musas impares en número, pedirá que sean tres tazas por tres, pero la Gracia unida a sus desnudas hermanas, temiendo las riñas, prohibirá que se pongan más de tres.

Pláceme hacer locuras. ¿Por qué callan los sones de la flauta berecintia[417]?, ¿por qué la zampoña cuelga junto a la lira callada? Odio las manos ahorrativas: esparce pétalos de rosas; que el envidioso Lico escuche nuestra loca algarabía, y asimismo la intratable vecina del viejo Lico.

A ti, Télefo, resplandeciente por tu espesa cabellera, semejante al luminoso lucero vespertino, te pretende Rode, que ya está en sazón. A mí el calmoso amor por mi adorada Glícera me tiene en ascuas.

## 20.

¿No ves, Pirro, cuán peligroso es quitarle los cachorros a una leona de Getulia[418]? Después de poco tiempo, escaparás a los duros combates, ladrón sin audacia, cuando ella venga a buscar al distinguido Nearco por entre los tropeles juveniles que le cierran el paso: gran dilema saber si a ti te toca o a ella la presa más grande[419].

Entre tanto, mientras tú sacabas las rápidas flechas y ella afilaba sus dientes temibles, cuentan que el árbitro de la querella puso la palma bajo su pie desnudo, y refrescaba al lene viento su espalda por la que se derramaban los perfumados cabellos, semejante a Nireo[420] o al que fue raptado del húmedo Ida[421].

---

417 La que acompaña las ceremonias de Cibeles (cf. n. 123).

418 Cf. n. 140.

419 Tanto Pirro como la mujer innominada pretenden al joven Nearco.

420 Cf. *Epodos,* n. 81.

421 Ganimedes, raptado por el águila de Júpiter, quien se había enamorado de él.

## 21.

¡Oh tú, piadoso cántaro, nacido conmigo en el consulado de Manlio[422]!, ya si encierras disputas o jolgorios, ya si pelea y amores locos, o si sueño fácil, cualquiera que sea el nombre con el que guardas el selecto Másico[423], digno de que te saquen en día fasto, baja para ofrecernos un vino más suave, pues Corvino lo manda.

Aunque él está imbuido en las doctrinas socráticas, no te desdeñará haciendo gala de austeridad: cuéntase también que la virtud del antiguo Catón se encandiló con el vino más de una vez.

Tú proporcionas un dulce tormento al espíritu, casi siempre embotado; tú pones al descubierto las inquietudes y la secreta opinión de los sabios merced al festivo Lieo[424]. Tú traes esperanzas a las mentes angustiadas, y das fuerza y orgullo al pobre, que después de beber de ti, no tiembla ante las airadas coronas de los reyes ni ante las armas de los soldados.

A ti Líber[425] y Venus, si alegre se presenta, las Gracias, que se resisten a romper su vínculo[426], y las lucernas encendidas te acompañarán hasta que Febo, al regresar, ponga en fuga a las estrellas.

## 22.

Virgen guardiana de montes y espesuras, que invocada por tres veces oyes a las mujeres en trance de parto y les

---

422 Lucio Manlio Torcuato, cónsul en el año 65, año en que nació Horacio. ¿No habría que ver en este primer verso de la oda, *O nata mecum consule Manlio,* una citación paródica del famosísimo verso de Cicerón, denostado por cacofónico, *O fortunatam natam me consule Romam?*

423 Cf. n. 8.

424 Cf. *Epodos,* n. 54.

425 Cf. n. 70.

426 Se las suele representar siempre unidas formando un corro (cf. n. 38).

libras de la muerte, diosa triforme[427], séate consagrado el pino que se alza sobre mi quinta, al que, gozoso, prometo obsequiar al fin de cada año con la sangre de un verraco que planea una embestida de soslayo.

## 23.

Si, cuando se asoma la luna, levantas al cielo las manos vueltas hacia arriba[428], ingenua Fídile; si aplacas a los Lares con incienso y granos del año, y con una cerda glotona, tu vid fecunda no sentirá el pestilente Ábrego[429], ni tu mies el estéril tizón, o tus tiernas crías la peligrosa estación en que el año se carga de frutos.

Pues la víctima, destinada al altar, que pace en el nevado Álgido[430] entre carrascas y encinas o crece en los prados albanos, manchará las segures de los pontífices con la sangre de su cuello; pero a ti no te hace ninguna falta granjearte con abundante sangre de ovejas el favor de tus diosecillos, a los que coronas de romero y quebradizo mirto. Pues si la mano inocente toca el altar, puede ablandar a los Penates adversos con una piadosa torta y un saltarín grano de sal, sin necesidad de haberse hecho más propicia con una víctima suntuosa.

## 24.

Aunque, más opulento que los tesoros sin explotar de los árabes y de la rica India, te adueñes de todo el Tirre-

---

[427] Es Diana. Se le llama triforme porque se la identifica al mismo tiempo con Hécate —diosa subterránea, identificada a su vez con Prosérpina— y con la Luna. Y además se la invoca como Lucina en los alumbramientos.

[428] Este gesto ritual del orante se sigue manifestando en pinturas paleocristianas y lo mantiene el sacerdote en cierto momento de la misa.

[429] Cf. *Epodos*, n. 90.

[430] Cf. n. 132. En ese monte se criaba el ganado destinado a los sacrificios.

no y del mar de Apulia con los bloques que allí arrojas, si la cruel Necesidad clava sus clavos de acero [431] en las partes más altas, no librarás tu espíritu del temor ni tu cabeza de los lazos de la muerte.

Mejor viven los escitas, habitantes de la llanura, cuyos carros arrastran por costumbre sus casas errantes, y los austeros getas, a quienes yugadas de tierra, de extensión no medida, les producen mieses y espigas espontáneas; no les gusta cultivar un suelo por más de un año, y al que ha cumplido ya con sus trabajos lo releva un sustituto con igual destino. Entre ellos, a los hijastros que carecen de madre los trata afablemente una mujer sin culpa, y ninguna esposa, por razón de su dote, domina al marido, ni se confía a un apuesto libertino; su dote es la gran virtud de sus padres y la castidad temerosa de otro varón, una vez fijado el contrato; y el delinquir se considera como un sacrilegio o está castigado con pena de muerte.

¡Oh, quienquiera que sea el que se proponga abolir las impías matanzas y el encono entre los ciudadanos!, si desea que bajo sus estatuas se escriba «Padre de las ciudades», atrévase a poner freno al libertinaje indómito, ilustre así para las generaciones futuras.

¡Hasta qué punto, oh crimen, odiamos envidiosos la virtud mientras vive, y la buscamos cuando nos la han quitado de los ojos! [432]

¿Para qué las tristes lamentaciones, si no se arranca la culpa con el castigo?, ¿de qué sirven unas leyes vanas no acompañadas de las costumbres, si ni la región sumergida en hirvientes calores, ni la parte del mundo limítrofe con el Bóreas y sus nieves endurecidas sobre el suelo ahuyentan al mercader, si los marineros sagaces triunfan sobre los mares encrespados, y la pobreza, oprobio grande,

---

431 Cf. n. 186.

432 Es una similar constatación a la que leemos en *Epist.*, I, 8, 12: «igual que una veleta, cuando estoy en Roma, añoro Tíbur, y cuando en Tíbur, añoro Roma», concreción del humano inconformismo que Horacio retrata en otras ocasiones (I, 16- 18; *Epod.*, II, 67-70 y *Sat.*, I, 1, 1-11).

ordena emprenderlo y soportarlo todo, abandonando el camino de la excelsa virtud?

Enviemos al Capitolio —adonde nos llama el griterío y la muchedumbre que aplaude—, o arrojemos al mar más cercano las joyas y piedras preciosas, y el inútil oro, origen de la peor desgracia, si es que estamos sinceramente arrepentidos de nuestros crímenes.

Hemos de arrancar los gérmenes de la funesta ambición y educar las mentes demasiado muelles en una más rígida disciplina.

Inexperto, el hijo de familia libre no sabe sostenerse sobre el caballo y teme ir a cazar, más hábil, si se lo mandas, en jugar con el aro griego, o con el dado prohibido por las leyes, si prefieres, en tanto que la perjura palabra de su padre engaña a su compañero de negocio y a sus huéspedes, apresurando para su heredero una fortuna que no ha merecido. Sus riquezas infames crecen sin duda; no obstante, siempre le falta un no sé qué a su hacienda incompleta.

## 25.

¿A dónde me arrastras, Baco, lleno, de ti?, ¿a qué bosques o a qué cuevas me veo empujado, veloz, por una inspiración nueva?, ¿qué cavernas me escucharán cuando intente incorporar a las estrellas y a la asamblea de Júpiter la gloria eterna de César?

Cantaré algo extraordinario, novedoso, no descubierto aún por ninguna otra boca.

No de otro modo en las cumbres la insomne Evíade [433] se pasma al contemplar el Hebro [434], y la Tracia, cubierta de un blanco manto de nieve, y el Ródope [435], que su pie bárbaro ha recorrido, como a mí, lejos de los caminos, me place quedar extasiado ante las riberas y el bosque deshabitado. Oh tú, señor de las Náyades y de las Bacantes,

433 Bacante (cf. n. 120).
434 Cf. n. 147.
435 Monte de Tracia.

fuertes como para arrancar con sus manos los altos fresnos, no proclamaré nada insignificante o en estilo humilde, nada mortal. Dulce peligro es, oh Leneo [436], seguir al dios que se ciñe las sienes con verde pámpano.

## 26.

En relación con las mujeres, he vivido hasta hace poco estando a la altura de las circunstancias, y he tomado parte en la batalla no sin gloria. Pero ahora mis armas y mi laúd, que ha servido en la guerra, los tendrá colgados esta pared que protege el costado izquierdo de la marina Venus.

Aquí, traed aquí las antorchas que me alumbraban, y las palancas, y los arcos amenazadores ante el obstáculo de las puertas.

¡Oh tú, diosa que habitas en la feliz Chipre y en Menfis [437], libre de la nieve sitonia [438], oh reina, levanta tu látigo y azota, aunque sólo sea una vez, a la arrogante Cloe!

## 27.

Guíeles a los impíos el augurio de un ave siniestra que repite su canto, y una perra preñada o una loba parda que baja corriendo desde el campo de Lanuvio [439], y una zorra recién parida; desvíese también la serpiente de su camino emprendido si, reptando sesgadamente, veloz como una flecha, ha asustado a los jacos: yo, augur previsor para aquél por quien sienta inquietud, haré surgir con mis súplicas el cuervo profético desde el oriente del sol, antes que el ave adivina de las lluvias inminentes vuelva otra vez a las lagunas estancadas [440].

---

436 Baco. Este epíteto significa «el de los lagares».
437 Pues también en esa ciudad egipcia tenía Venus un templo.
438 Propia de Tracia.
439 Ciudad del Lacio situada en un monte.
440 La corneja.

¡Ojalá seas feliz, Galatea, en cualquier sitio que prefieras, y vivas acordándote de mí!, ¡y que ni el siniestro pico ni la errabunda corneja [441] entorpezcan tu marcha!

Pero ves con cuánta agitación tiembla Orión en su declive [442]. Yo conozco cómo es el tenebroso golfo del Adriático y cuál es el crimen del blanco Yápige [443]. Que las mujeres e hijos de los enemigos experimenten las sacudidas ciegas del Austro [444] al levantarse, y el rugido del mar oscuro y las playas que tiemblan a sus azotes.

Así también Europa confió su níveo costado al toro fingido [445] y, en su audacia, palideció al ver el ponto poblado de bestias y los engaños en medio del mar. La que hacía poco se ocupaba de recoger flores en los prados y trenzar la corona ritual a las Ninfas, no vio otra cosa en la débil claridad de la noche sino estrellas y oleaje. Y tan pronto como alcanzó tierra de Creta, poderosa por sus cien fortalezas, dijo: «¡Oh padre, oh título de hija abandonado por mí, y piedad vencida por mi locura!, ¿desde dónde vengo y adónde he llegado?; la muerte, sin más, es castigo liviano para el delito de las doncellas. ¿Tal vez lloro despierta una acción vergonzosa o, libre de faltas, se burla de mí un vano fantasma que, saliendo por la puerta de marfil [446], lleva tras de sí el ensueño? ¿Acaso ha sido preferible marchar por la inmensidad de las olas o recoger las flores recién brotadas? Si alguien, en mi cólera, me entregara ahora el infame novillo, trataría de herir con el

---

441 Según que vinieran las aves de una parte u otra del cielo daban buenos o malos augurios: de Oriente, buenos; de Occidente, malos.

442 Cf. n. 166.

443 Cf. n. 28.

444 Cf. n. 56.

445 Pues, en realidad, era Júpiter metamorfoseado. El dios se había enamorado de la doncella hija de Agénor, y apareció ante ella en la playa bajo forma de un espléndido toro blanco y apacible. Europa, sin prever las consecuencias, subió a sus espaldas, y fue conducida por mar hasta Creta, donde, despojándose de su forma animal, que catasterizó en la constelación del Toro, el dios la hizo su esposa.

446 Los sueños verdaderos salían del infierno por la puerta de cuerno y los falsos por la puerta de marfil.

hierro y romper los cuernos de ese monstruo al que tanto amé hasta hace un momento.

Desvergonzada, he abandonado los Penates patrios; desvergonzada, retraso mi partida al Orco. ¡Oh, si alguno de los dioses escucha estas palabras!, ¡ojalá vague yo desnuda en medio de leones! Antes que la fea delgadez se adueñe de mis hermosas mejillas y los jugos vitales abandonen a la tierna presa, quiero con mi belleza servir de pasto a los tigres. Mi padre me acosa desde lejos: «¡Maldita Europa!, ¿por qué te detienes ante la muerte?, puedes ahorcarte con el cinturón, que para bien tuyo te ha acompañado, y suspender tu cuello de ese olmo. O si para darte muerte te gustan las rocas y los puntiagudos acantilados, ea, lánzate a la impetuosa borrasca, si es que no prefieres hilar el copo que te encarga tu señora y, siendo sangre de reyes, ser entregada como concubina a una dueña extranjera».

Al lado de la quejumbrosa estaba Venus sonriendo con perfidia y su hijo con el arco distendido. Luego de haberse divertido bastante, le dijo: «Cuando el toro odiado te ofrezca otra vez sus cuernos, brindándote la ocasión para que se los rompas, cede en tus iras y en tu acalorada querella. Eres la esposa de Júpiter invicto, y no lo sabes; deja de gemir y aprende a sobrellevar dignamente tu extraordinario destino: una parte del mundo llevará tu nombre.»

## 28.

En el día de la fiesta de Neptuno, ¿qué es lo mejor que puedo hacer? Apresúrate, Lide, a sacar el Cécubo bien guardado, y haz violencia a la sabiduría fortificada. Ves que declina el mediodía y, como si la volátil jornada se detuviera, te resistes a retirar de la bodega el ánfora que allí reposa, de tiempos del cónsul Bíbulo [447].

---

447 M. Calpurnio Bíbulo, cónsul en el 59 a. C., colega de César en el cargo.

Nosotros, cuando nos llegue el turno, cantaremos a Neptuno y las verdeantes cabelleras de las Nereidas; tú al son de la curva lira responderás cantando a Latona [448] y las flechas de la rápida Cintia [449]; con nuestro canto más sublime elogiaremos a aquella que habita en Cnido y en las brillantes Cícladas, y visita Pafos en un carro tirado por cisnes [450]; cantaremos también a la Noche con la canción luctuosa que merece.

## 29.

Mecenas, prosapia de reyes tirrenos, ya desde hace tiempo tengo en mi casa para ti un vino suave en un cántaro que no se ha removido aún, junto con la flor de las rosas y una ampolla de esencia aromática para tus cabellos.

Sustráete a la demora; no estés siempre contemplando el húmedo Tíbur, y el inclinado campo de Éfula, y las cumbres del parricida Telégono [451]. Abandona la enojosa opulencia y el edificio vecino a las excelsas nubes; deja ya de admirar el humo, las riquezas y algarabía de la suntuosa Roma.

Casi siempre los cambios son del agrado de los ricos, y una cena decente en el estrecho hogar de los pobres, sin tapices ni púrpura, les hace desarrugar su frente preocupada.

Ya el brillante padre de Andrómeda [452] muestra su fuego escondido, ya Proción [453] y la estrella del furioso León [454] se enardecen, cuando el sol vuelve a traer los días

448 Cf. n. 131.

449 Diana, llamada así, como su hermano Apolo (cf. n. 130), por haber nacido en el monte Cinto de Delos.

450 Venus.

451 Éfula es una ciudad del Lacio, situada en un altozano entre Preneste y Tíbur. Telégono era el hijo de Circe y Ulises, que, sin saberlo, mató a su padre; se le dice fundador de Túsculo.

452 Cefeo, catasterizado, junto con su esposa Casiopea, después que Perseo salvó a Andrómeda.

453 También llamado Canícula (cf. n. 388).

454 Constelación zodiacal por la que pasa el Sol en Agosto. Es la catasterización del león de Nemea capturado por Hércules.

secos. Ya el pastor, con su grey parsimoniosa, busca cansado las sombras, el arroyo y los matorrales del hirsuto Silvano [455]. Y la ribera silenciosa se ve libre del azote de los vientos.

Tú te preocupas de cuál es el régimen que conviene a la ciudad y temes preguntándote angustiado qué preparativos hacen contra la Urbe los seres [456] y Bactra [457], donde reinó Ciro, y el querelloso Tánais [458].

El dios providente del tiempo futuro oculta el desenlace bajo una noche de tinieblas, y ríe si el mortal se inquieta por lo que está más allá de su alcance.

Lo que tienes frente a ti, no te olvides de ponerlo en orden convenientemente; lo demás es arrastrado como por un río, que ora discurre apaciblemente por medio de su cauce rumbo al mar Etrusco [459], ora va arrastrando conjuntamente piedras desprendidas, troncos arrancados y ganado y casas, no sin el fragor de los montes y del bosque cercano, cuando la violenta crecida remueve la quietud de sus aguas.

Dueño de sí mismo y satisfecho vivirá aquél que puede decir día tras día: «He vivido; mañana puede el Padre [460] cubrir el firmamento con una negra nube o con el resplandor del sol; no podrá, sin embargo, anular lo que es del pasado, ni transformará o volverá a deshacer lo que una vez nos trajo la hora fugaz.»

La Fortuna, gozosa en su cruel ocupación y obstinándose en jugar a un juego versátil, traslada sus inciertos favores, benévola unas veces para mí, otras veces para otro. Si permanece a mi lado, la alabo; si bate sus alas rápidas, le restituyo lo que me dio, me revisto de mi virtud y busco la honesta pobreza sin dote.

No es propio de mí, si el mástil cruje en las tormentas provocadas por el Ábrego, descender a las infelices sú-

---

455 Cf. *Epodos,* n. 8.
456 Cf. n. 86.
457 Antigua provincia del Imperio persa.
458 Cf. n. 373.
459 El Tirreno.
460 Júpiter.

plicas, y quedar comprometido con ofrecimientos, para evitar que las mercancías de Chipre y de Tiro añadan riquezas al mar avaro; en esa circunstancia, valiéndome de una lancha de dos remos, la brisa y Pólux, el gemelo [461], me conducirán seguro a través de las borrascas del Egeo.

## 30.

He levantado un monumento más perenne que el bronce y más alto que la regia construcción de las pirámides, que ni la lluvia voraz, ni el Aquilón desenfrenado podrán derruir, ni la innumerable sucesión de años y la fuga de las generaciones.

No moriré por completo y mucha parte de mí se librará de Libitina [462]; yo creceré sin cesar renovado por el elogio de la posteridad, mientras al Capitolio ascienda el pontífice acompañado de la silenciosa vestal [463].

De mí se dirá, por donde resuena el violento Áufido [464] y por donde Dauno [465], pobre en agua, reinó sobre tribus

---

461 Cf. n. 26.

462 Diosa de los funerales.

463 La Gran Vestal acompañaba al Pontífice Máximo al Capitolio en las grandes ocasiones festivas. El Capitolio, en idéntico contexto, aparece en *Eneida, IX*, 448-449: Virgilio asegura la inmortalidad por la fama a Niso y Euríalo «mientras la casa de Eneas habite la inamovible roca del Capitolio». ¿Se acordaba Virgilio del verso horaciano al escribir lo anterior? ¿Conocía Horacio por lecturas públicas el pasaje de la *Eneida?* Sabido es que la *Eneida* se editó después de morir Virgilio en el año 19 y los tres primeros libros de *Odas* habían visto la luz cuatro años antes. O ¿dependen ambos de un modelo común, tal vez algún pasaje de Ennio que no ha llegado hasta nosotros? Pues el mismo motivo y el mismo contexto me parecen excluir la coincidencia fortuita.

464 Río de los alrededores de Venusia.

465 Hijo de Pilumno y Venilia, padre de Turno, que reinó en Apulia. Horacio se está refiriendo a su tierra. Algunos traductores, editores y comentaristas (Bentley, Smith, Plessis, Villeneuve y Javier de Burgos) atribuyen la predicación *ex humili potens* («llegando a ser influyente, aunque de origen humilde») a Dauno, en lugar de a Horacio. Pero, aunque sintácticamente cabe tal po-

campesinas, que, llegando a ser influyente, aunque de origen humilde, trasladé el primero la canción eólica [466] a los ritmos de Italia.

Acepta el honor que mis méritos te han procurado y ciñe propicia mi cabellera, Melpómene [467], con laurel de Delfos.

---

sibilidad, está más de acuerdo con el contexto el referirla a Horacio, que nació hijo de liberto y murió siendo amigo del príncipe y poeta famoso, y no a Dauno, que era de linaje divino. Tampoco se debe entender la oración *qua... regnavit* como indicadora del origen de Horacio y subordinada de *deduxisse* (así lo entienden Plessis y Villeneuve), sino que va subordinada a *dicar:* Horacio presume que será famoso en su propia tierra. Fränkel *(Horace,* pp. 305-306), en apoyo de esta interpretación, da una serie de lugares paralelos (Propercio, IV, 1, 63 y ss.; Ovidio, *Amores,* III, 15, 7 y ss.; Marcial, I, 61) que dejan suficientemente zanjada la cuestión.

466 De Safo y Alceo, poetas eolios.

467 Cf. nn. 12 y 141.

## 1.

¿Provocas de nuevo, Venus, las guerras largo tiempo interrumpidas? Aléjate de mí, te lo ruego, ruégotelo. No soy el mismo que era bajo el reinado de la bella Cínara[468]. Madre cruel de los dulces Amores[469], deja de someterme, endurecido ya, a tus mansas órdenes, cuando mi edad merodea los diez lustros[470]: retírate allí, donde te reclaman las súplicas persuasivas de los jóvenes.

Más oportunamente irás en comitiva alegre, llevada en alas de tus cisnes resplandecientes, a la casa de Paulo Máximo[471], si pretendes abrasar un corazón[472] bien dis-

---

468 Cf. IV, 13, versos finales.

469 Venus.

470 La tendencia a la perífrasis para la expresión de los numerales es algo característico de la poesía antigua (cf. *Epod.*, n. 20). Horacio cuenta más o menos con cincuenta años cuando escribió esta oda. Estamos, por tanto, aproximadamente en el 15 a. C.

471 Fue cónsul en el año 11 a. C. Pariente de Augusto y amigo de Ovidio, que le dirige más tarde algunas de sus *Pónticas*.

472 En el original dice propiamente «hígado», como sede que era

puesto; pues es ilustre y bien parecido, y no mantiene su boca en silencio cuando defiende a reos angustiados; muchacho de cien habilidades llevará lejos las banderas de tu milicia; y, cuando imponiéndose sobre los regalos de su dadivoso contrincante se haya reído de él, te erigirá en mármol bajo vigas de limonero junto a los lagos de Alba[473]. Allí aspirarás por tu nariz abundancia de incienso, y la lira y la flauta berecintia[474] te deleitarán combinando sus sones, sin que falte la zampoña; allí unos muchachos, glorificando tu divinidad dos veces al día acompañados de tiernas doncellas, golpearán por tres veces el suelo con su blanco pie a la manera de los salios.

A mí ya no me agrada mujer, ni muchacho, ni la esperanza que confía encontrar un espíritu compenetrado, ni competir bebiendo vino, ni ceñirme las sienes con flores tempranas.

Mas ¿por qué —¡ay!—, Ligurino, por qué rueda una lágrima de vez en cuando por mis mejillas?, ¿por qué mi lengua charlatana se detiene en un silencio poco honroso a mitad de mis palabras? Yo en mis ensueños nocturnos ora te tengo cautivo, ora te sigo en tu vuelo a través de la hierba del campo de Marte[475], te sigo a ti, cruel, a través de las aguas undosas.

## 2.

El que se afana en imitar a Píndaro, Julo, se vale de alas de cera, dedálico invento[476], para acabar dando nombres al mar cristalino.

---

para los antiguos de las emociones y la concupiscencia. Puesto que aquí no hay problemas de contexto, como en I, 13, 4 (cf. n. 87), donde se habla también de bilis, traducimos por «corazón».

473 Eran cuatro lagos (uno de ellos el Nemorense, cerca de Nemi, en cuyo bosque se hallaba el famoso templo de Diana), alrededor de los cuales abundaban las casas de campo.

474 Cf. n. 417.

475 Cf. nn. 318 y 22.

476 Pues fue Dédalo quien, para escapar de Creta, decidió abrirse camino por el aire fabricándose unas alas de cera y plumas. Su hijo Ícaro, que lo acompañaba, voló demasiado alto y el sol le

Descendiendo del monte como un río, al que las lluvias acrecieron por encima de sus riberas de siempre, hierve Píndaro, e inmenso se precipita con voz profunda, digno de ser premiado con laurel apolinar, tanto si en ditirambos[477] atrevidos profiere palabras nuevas, como si se deja llevar por ritmos libres de ley; si canta a los dioses y a los reyes, sangre de los dioses, por quienes sucumbieron con merecida muerte los Centauros[478] y sucumbió la llama de la terrible Quimera[479]; o si elogia a aquéllos a quienes la palma elea[480] les hace regresar a su casa alzados hasta el cielo, ya púgil o caballo, y les obsequia con un regalo más valioso que cien estatuas; o si se lamenta por el joven arrebatado a su llorosa prometida, y sus fuerzas y valor y costumbres brillantes como el oro las pone por las estrellas y al negro Orco se lo sustrae[481].

---

derritió la cera y destruyó las alas; el muchacho cayó al mar, que desde entonces, en recuerdo suyo, se llamó Icario.

477 Poemas dedicados a Baco, de tono exaltado. Por ejemplo, la oda III, 25 sería, por su contenido, un ejemplo de ditirambo. Quedan fragmentos de los que compuso Píndaro.

478 Los Centauros murieron en la guerra contra los Lápitas, pero también a manos de Hércules, en un episodio de su cuarto trabajo, la caza del jabalí del Erimanto.

479 El matador de la Quimera fue el héroe Belerofontes. Sobre la Quimera, cf. n. 157. Se está refiriendo Horacio a los himnos (en honor de los dioses) y encomios (en honor de los héroes), que escribió Píndaro y de los que sólo quedan fragmentos.

480 Alude a los vencedores de los juegos, cuya celebración es objeto del género lírico denominado epinicio. De los de Píndaro, como se sabe, nos han llegado sus cuatro libros que, según los juegos donde se obtuvo la victoria, llevan por título: *Olímpicas, Píticas, Ístmicas* y *Nemeas*. Odas epinícicas, a la manera de Píndaro, también compuso Horacio, pero no en memoria de los vencedores en competiciones deportivas, sino en honor de los triunfadores en la guerra: epinicios son, por ejemplo, las odas 4 y 12 de este libro cuarto que conmemoran las victorias bélicas de Druso y Tiberio, hijastros del príncipe, o la oda en honor de Augusto, vencedor en la batalla de Accio (I, 37).

481 La expresión «sustraérselo al Orco» parece aludir a la inmortalidad gracias a la fama que da la poesía, motivo de rancio abolengo pindárico. Aunque, refiriéndose nuestro poeta a los trenos de Píndaro, en los que —a juzgar por los fragmentos conservados— predomina la temática del paraíso (Elisio e Islas de los

Mucha brisa sostiene el cisne dirceo[482], Antonio[483], siempre que se eleva a las altas regiones de las nubes; yo en cambio, al modo y manera de la abeja del Matino[484], libando industriosamente dulces tomillos cabe la espesura del bosque y las riberas del húmedo Tíbur, compongo laboriosos versos en mi pequeñez.

Tú, poeta de plectro más elevado, cantarás a César, cuando engalanado con el follaje merecido, arrastre a los fieros sigambros[485] por la pendiente sagrada[486]; nada mayor o mejor que él dieron a la tierra los hados y los dioses propicios, ni lo darán, aunque los tiempos vuelvan a la

---

Bienaventurados), como noción opuesta al Orco, del que aquí se hace cuestión, la alusión podría ser a la inmortalidad real y, además, en un lugar feliz. Este caso sería el único en que, aun transmitiendo el contenido de la obra de otro poeta, Horacio hablara de un paraíso postrimero.

482 La metáfora del ave para designar al poeta es frecuente en la Antigüedad. Llamar a Píndaro cisne, ave de proverbial canoridad aunque sólo sea en el momento de la muerte, es de todo punto encomiástico. También Horacio sueña con transformarse en cisne, para ser más exactos, en un ser híbrido de cisne y de hombre (en II, 20). También al poeta Vario lo llama «águila del canto meonio» (I, 6, 2). Dícele dirceo, porque en Tebas, patria de Píndaro, había una fuente llamada Dirce.

483 Julio Antonio, a quien va dirigida la oda (en el verso 2 lo llama por su primer nombre, aquí por su segundo), era hijo de Marco Antonio; acusado de adulterio con Julia, la hija de Octavio, fue condenado a morir en el año 2 a. C. Escribió un poema épico sobre Diomedes en doce libros —como la *Eneida*—. Horacio contrapone su inspiración épica con la propia vocación lírica, en una *recusatio* que se aparta de la formulación típica.

484 Si metafóricamente Píndaro era un cisne dirceo, que se elevaba hasta las nubes, Horacio es una abeja diminuta del monte Matino, que revuela por el bosque de Tíbur (en Apulia, su patria). Dentro del género lírico, Horacio contrapone la diferente inspiración: la de Píndaro es solemne, heroica, y próxima al tono de la epopeya; la suya es más ligera, como nos había dicho ya en otras ocasiones (I, 6; I, 19; II, 12). Confiesa así Horacio, implícitamente, su compenetración y seguimiento de los ideales estéticos alejandrinos.

485 Pueblo germano, que Augusto había sometido recientemente. Se alude, por tanto, a un proyecto por parte de Julio Antonio de epopeya histórica sobre Augusto.

486 La Vía Sagrada, por donde se realizaban las procesiones triunfales.

antigua edad de oro [487]. Cantarás también los días de júbilo y el divertimiento público de la ciudad, a causa del regreso por fin logrado del valiente Augusto [488], y el foro vacío de litigios.

Entonces, si proclamo algo digno de ser oído, una buena parte de mi voz se añadirá al griterío, y cantaré: «¡Oh sol hermoso, oh digno de loa!», feliz por haber recuperado a César. Y, mientras avanzas, diremos tres veces: «¡hurra, Victoria!», y no una sola vez «¡hurra, Victoria!» la ciudad entera, y ofreceremos incienso a los dioses benévolos.

A ti diez toros y otras tantas vacas te purificarán, a mí un joven becerro que crece, lejos de su madre, en la abundancia de los prados, destinado a mis ofrendas, imitando con su frente los curvados resplandores de la luna que se asoma por tercera vez, en donde, níveo de ver, lleva una mancha, siendo rojizo en el resto de su cuerpo.

3.

A quien tú, Melpómene [489], una vez nacido, lo hayas mirado con ojos complacientes, a ése no lo hará famoso como luchador su esfuerzo en el istmo [490], ni caballo infatigable lo conducirá vencedor en un carro aqueo, ni su arte guerrero lo mostrará al Capitolio [491], general engalanado con el follaje de Delos [492] por haber aplastado las soberbias amenazas de los reyes; sino que las aguas que riegan la fértil Tíbur y las espesas cabelleras de los bosques lo harán ilustre en la canción eolia.

La prole de Roma, princesa de las ciudades, se digna

---

487 Cf. *Epodos,* n. 5.

488 Después de su victoria sobre los sigambros.

489 Cf. nn. 12 y 141.

490 Los juegos ístmicos se celebraban en honor de Posidón (Neptuno), en el istmo de Corinto. A los vencedores en estos juegos los cantó Píndaro en sus *Ístmicas* (cf. n. 480).

491 Donde concluía la procesión triunfal romana.

492 Es decir, con laurel, signo de victoria, planta de Apolo, dios nacido en Delos.

colocarme a mí en los amables coros de los poetas, y ya el diente de la envidia me muerde menos.

¡Oh Piéride[493], que ajustas el dulce son de la lira de oro, oh tú, que darías incluso a los mudos peces el canto del cisne, si te pluguiera!, esto es por completo fruto de tu dadivosidad: el que yo sea señalado por el dedo de los transeúntes, como tañedor de la lira romana. Mi inspiración y mi éxito, si es que lo tengo, obra tuya es.

4.

Como el alado ministro del rayo[494], a quien Júpiter, rey de los dioses, concedió el imperio sobre las aves errabundas, después que comprobó su fidelidad en el rapto del rubio Ganimedes[495] —en otro tiempo la juventud y el vigor heredado de sus padres lo lanzaron fuera del nido, ignorante de fatigas, y los vientos primaverales, disipadas ya las nubes, le enseñaron a volar por vez primera entre temores; más tarde un poderoso ímpetu lo envió como enemigo contra las majadas; ahora su afición por la comida y la lucha lo impele contra las serpientes que se le resisten—; o como al león, destetado ya de la ubre de su rojiza madre, lo vio la cabra, atenta a los exuberantes pastos, destinada a sucumbir bajo su diente joven: así vieron a Druso[496] llevar la guerra al pie de los Alpes los retos vindélicos —cuya costumbre de armar siempre sus diestras con la segur de las Amazonas, he omitido investigar de dónde la aprendieron: no es posible saberlo todo—, pero sus mesnadas vencedoras desde tiempo atrás y a lo largo de las tierras, vencidas por los designios del muchacho, experimentaron qué poder tiene una mente que se conduce

---

493 Epíteto de las Musas, del que se adueñaron después de su victoria musical sobre las hijas de Píero que, como castigo por su osadía, fueron transformadas en urracas.

494 El águila.

495 Cf. n. 421.

496 El hijastro de Augusto, hijo de su esposa Livia con su anterior marido, Tiberio Nerón, vencedor de retos y vindélicos (año 15 a. C.). Más tarde (9 a. C.) morirá a causa de una caída del caballo.

con rectitud, qué virtud un carácter fomentado bajo el techo de hogar venturoso, qué influjo el espíritu paternal de Augusto sobre los jóvenes Nerones.

A los valientes los engendran los valientes y virtuosos; en los terneros, en los potros permanece la virtud de sus padres, y a la pacífica paloma no la procrean las bravías águilas; pero la educación desarrolla la fuerza innata, y una formación sólida vigoriza los espíritus; siempre que las costumbres han decaído, los vicios afean a los bien nacidos.

De qué debes, oh Roma, a los Nerones es testigo el río Metauro [497] y el derrotado Asdrúbal, y aquel día hermoso para el Lacio, una vez disipadas las tinieblas, que sonrió el primero con la victoria alentadora, cuando el violento africano cabalgó a través de las ciudades italianas igual que una llama entre los pinos o que el Euro por las olas del mar de Sicilia. Después de esto, la juventud romana creció constantemente empleada en fecundos trabajos; los santuarios, devastados por el ataque impío de los cartagineses, tuvieron a sus dioses erguidos; y dijo finalmente el pérfido Aníbal:

«Ciervos nosotros, presa de lobos rapaces, tomamos la iniciativa de perseguir a aquéllos sobre quienes nuestro supremo triunfo sería engañarlos y huir de ellos. Pueblo que, valeroso después del incendio de Ilio, trajo a las ciudades ausonias [498] sus objetos sagrados, tras haber sido zarandeados por los mares de Etruria, sus hijos y sus padres ancianos; como una encina podada por fuertes hachas en el Álgido, fecundo en sombrío follaje, pasando por mutilaciones, por heridas, del hierro mismo saca su empuje y vigor. No creció con más tenacidad la hidra, al serle tajado el cuerpo, contra Hércules [499] que se afligía de su

---

[497] Río de la Umbría, en cuyas márgenes tuvo lugar la derrota de Asdrúbal en el año 207 a. C. por parte de los cónsules de ese año, que eran antepasados de Druso.

[498] Es decir, italianas. Ausonia es nombre antiguo de Italia.

[499] La hidra de Lerna, cuya muerte constituye el objetivo del segundo trabajo de Hércules. Tenía múltiples cabezas que, al serle cortadas, volvían a nacer en mayor número.

derrota, ni domeñaron los colcos[500] o Tebas de Equión[501] a tamaño monstruo. Sumérgelo en las profundidades: vuelve a aparecer más flamante; enfréntate contra él: derribará, cubriéndose de gloria, a un vencedor intacto y llevará a cabo combates de los que hablarán las comadres. Ya no enviaré yo mensajeros arrogantes a Cartago; ha sucumbido, ha sucumbido toda esperanza y fortuna de nuestro nombre después de morir Asdrúbal. Nada hay que no lleven a buen fin las tropas claudias a las que Júpiter protege con voluntad benévola, y cuyas sagaces determinaciones les sacan de apuros en las asperezas de la guerra.»

## 5.

Nacido de benignos dioses, guardián excelso del pueblo de Rómulo, llevas ya demasiado tiempo ausente[502]; vuelve, pues que prometiste tu pronto regreso a la sacra asamblea de los senadores.

Devuelve la luz a tu patria, oh buen caudillo; pues cuando, igual que la primavera, ha brillado tu mirada para el pueblo, el día transcurre más placentero y resplandecen los soles con luz más clara.

Como a un joven, a quien el Noto con soplo envidioso lo mantiene allende las aguas del mar de los Cárpatos[503] alejado de su dulce hogar, reteniéndolo ya por más de un año, lo reclama su madre con ofrecimientos, auspicios y súplicas, y no aparta su rostro de la curva playa, así la patria, turbada por leales deseos, añora a César. Pues el buey recorre sin riesgo los campos, a los que nutren Ceres y la Fecundidad bienhechora, los nautas vuelan por un mar apaciguado, la lealtad teme ser vituperada, ningún adulterio ensucia la castidad de las familias, la costumbre

---

500 El dragón que vigilaba el vellocino de oro en la Cólquide.

501 Equión era uno de los espartos, guerreros nacidos de los dientes del dragón que mató Cadmo, al que aquí se alude.

502 Desde el año 16 hasta el 13, Augusto se ausentó de Roma mientras «pacificaba» Hispania, Galia y Germania.

503 Debía su nombre a la isla de Cárpates, entre Rodas y Creta.

y la ley han vencido la infamia del crimen, las recién paridas reciben elogios por la prole parecida a su marido, la pena castiga de inmediato el delito.

¿Quién temerá a los partos, quién al escita, helado de frío, quién a los hijos que engendra la inculta Germania, si César se mantiene con vida?, ¿quién se angustiará por la guerra de la feroz Iberia[504]? Pasa cada cual la jornada en sus colinas, y enreda la vid a los árboles solitarios; regresa desde aquí contento al vino y, como a dios, te invoca en el segundo plato; a ti con incontables súplicas, a ti con el vino derramado de las páteras te sigue de cerca, y asocia tu divinidad a la de los Lares, como Grecia cuando recuerda a Cástor y al egregio Hércules[505]. «¡Ojalá brindes a Hesperia[506], oh buen caudillo, un largo período de paz!», son nuestras palabras matinales al comenzar sobrios el día, palabras que repetimos ebrios cuando el sol se sumerge en el océano.

## 6.

Dios a quien la prole de Níobe sufrió como verdugo de su lengua incontinente[507], y el raptor Titio[508], y el casi vencedor de la elevada Troya, Aquiles de Ftía[509], mayor que los otros, pero soldado inferior a ti, aunque, hijo de la marina Tetis, batiera las torres dárdanas, encarnizándose con su lanza terrible. Aquél, igual que un pino herido por hierro mordaz o un ciprés azotado por el Euro,

504 Se refiere a España, y no a la Iberia asiática, como en *Epod.*, V, 21 (cf. n. 30).

505 Héroes griegos apoteosizados al fin de su vida.

506 Italia.

507 Níobe se había jactado de ser más fecunda que Latona, madre de Apolo, y, en castigo, él y su hermana Diana mataron a los Nióbidas.

508 Cf. n. 261.

509 Aquiles mató a Héctor, baluarte de los troyanos, pero no estuvo presente en la toma de Troya, puesto que le había dado muerte antes Paris con un flechazo en el talón. Era de Ftía, comarca tesalia.

cayó abatido a lo largo de gran extensión y puso su cuello sobre el polvo teucro; aquél, encerrado en el caballo de Minerva [510], que fingía ser ofrenda sagrada, no habría engañado a los troyanos, festivos en mala hora, ni al palacio de Príamo, alegre por las danzas, pero sí que, funesto a plena luz del día para aquellos que capturaba, habría quemado con el fuego aqueo —¡ay, crimen, ay!— a niños privados del habla aún, e incluso a los escondidos en el vientre de su madre, si el padre de los dioses, vencido por tus palabras y las de la plácida Venus, no hubiera concedido al destino de Eneas alzar unas murallas con mejores auspicios [511].

¡Oh Febo, tañedor de lira, maestro de la melodiosa Talía [512], que lavas tus cabellos en la corriente del Janto [513], preserva el honor de la Camena daunia [514], lampiño Agieo [515]!

Febo me concedió inspiración; Febo, el arte de versificar y el nombre de poeta.

Vosotras, primeras de las doncellas y vosotros, muchachos nacidos de padres ilustres, desvelo que sois de la diosa de Delos [516], que ataja con su arco a los linces huidizos y a los ciervos, guardad el ritmo del pie lesbio y el golpe de mi pulgar, mientras cantáis según costumbre al hijo de Latona, según costumbre a la luminaria nocturna que va creciendo con su antorcha [517], fertilizante de las mieses y rápida en hacer girar los meses pasajeros.

Ya casada, dirás: «Cuando el siglo renovaba los días de fiesta [518], canté yo un himno en acción de gracias a los dioses, dócil a los compases de Horacio, el poeta.»

---

510 El famoso caballo de madera, en el que los griegos, escondidos, pudieron entrar a Troya.

511 Las murallas de Lavinio, metrópoli de Alba Longa, metrópoli a su vez de Roma.

512 Una de las Musas (cf. n. 12).

513 Río de Licia, homónimo de otro de la Tróade.

514 Es decir: Musa latina.

515 Epíteto apolíneo que significa «dios de las calles».

516 Diana, nacida en Delos.

517 La luna, identificada (cf. n. 427) con Diana.

518 A saber, los Juegos Seculares celebrados en el año 17 a. C.

7.

Licuáronse las nieves, vuelve ya el césped a las llanuras y a los árboles sus cabelleras de hojas; cambia la tierra de aspecto y, decreciendo los ríos, dejan secas sus riberas; una de las Gracias, con las Ninfas y sus dos hermanas, se atreve a dirigir desnuda las danzas.

No esperes la inmortalidad: tal es el aviso del año y de la hora que arrebata al nutricio día.

Los fríos se templan al soplo de los Zéfiros, a la primavera la arrolla el verano, que habrá de sucumbir, a su vez, tan pronto como el pomífero otoño haya derramado sus frutos, y viene corriendo más tarde de nuevo el invierno inactivo. Aunque las rápidas lunas reparan sus menguas en el cielo, nosotros, cuando descendemos allí donde moran el padre Eneas, donde el rico Tulo y Anco [519], somos polvo y sombra.

¿Quién sabe si los dioses de arriba añadirán el día de mañana a la suma de hoy? Todo lo que hayas concedido a tu propio capricho en calidad de amigo, escapará a las manos avarientas de tu heredero.

Tan pronto como hayas muerto y haya Minos [520] pronunciado sobre ti su veredicto sonoro, no te devolverá a la vida, Torcuato, ni linaje ni elocuencia ni piedad; pues tampoco Diana puede librar al casto Hipólito [521] de las tinieblas infernales, ni tiene fuerza Teseo para romper las cadenas del Leteo que sujetan a su amigo Pirítoo [522].

---

Esta oda es como un complemento del *Canto Secular* y debe haberse escrito por las mismas fechas.

519 Tres ejemplos de la leyenda e historia antigua de Roma: el antepasado Eneas y los reyes Tulo Hostilio y Anco Marcio, tercero y cuarto, respectivamente, de la corta dinastía romana.

520 Como juez del infierno que es, al igual que Éaco.

521 A pesar —se entiende— de ser un devoto suyo. Sin embargo, consta la versión (de la que se hacen eco Virgilio y Ovidio) de que Hipólito fue resucitado por Esculapio a ruegos de Diana, adoptando el nombre de Virbio en su segunda vida.

522 Cf. n. 348.

8.

Daría de buen grado a mis camaradas páteras y vistosos bronces, Censorino; daríales trípodes, premio a la fortaleza entre los griegos, y tú no te llevarías los peores de esos regalos en caso de que yo fuera rico en las obras de arte que produjeron Parrasio [523] o Escopas [524] —hábil éste con la piedra, aquél con colores líquidos para representar ora un hombre, ora un dios—. Pero no tengo yo tal riqueza, y tampoco tu hacienda o tu gusto personal necesitan de tales suntuosidades. Te recreas con los versos; versos sí podemos regalarte y decir el valor de nuestro regalo.

Ni los mármoles grabados con inscripciones públicas, merced a los cuales los valerosos caudillos recobran aliento y vida después de la muerte, ni la rápida escapada de Aníbal y sus amenazas rechazadas y vueltas hacia atrás, ni los incendios de la impía Cartago, debidos a aquél que, por su victoria sobre África, regresó de allí enriquecido con un título [525], reflejan los honores con tanta claridad como las Piérides de Calabria [526]; y, si los papeles silenciaran tus buenas acciones, no tendrías recompensa. ¿Qué sería del hijo de Ilia y de Marte si el silencio envidioso hubiera puesto una barrera a los méritos de Rómulo? A Éaco [527], arrancado a las aguas estigias, su virtud, el favor que despierta y la lengua de poetas poderosos lo inmortalizan en las islas afortunadas. La Musa impide que muera el varón digno de alabanza, y lo premia con el cielo. Así el infatigable Hércules participa en los deseados banquetes de Júpiter; los Tindáridas, resplendeciente constelación [528], sacan las zarandeadas barcas de la profun-

---

523 Famoso pintor griego de época clásica.

524 Famoso escultor griego, que vivió en el siglo IV a. C. Es conocida su Ménade.

525 Escipión el Africano.

526 Es decir: Musas latinas.

527 Cf. n. 253.

528 Son los Dióscuros (cf. n. 26), llamados también Tindáridas por su padre adoptivo, Tíndaro, que en alguna versión es el padre real de, al menos, uno de ellos.

didad de las olas; adornadas sus sienes con verde pámpano, Líber[529] conduce los deseos a su feliz cumplimiento.

## 9.

No vayas a creer perecederas las palabras que, en ritmos no divulgados todavía, dignas de ser acompañadas con las cuerdas, pregono yo, el nacido junto al Áufido[530] que resuena de lejos.

Aunque Homero de Meonia ocupa el primer sitial, no permanecen ocultas las Camenas de Píndaro, las del poeta de Ceos[531] y las amenazadoras de Alceo o las solemnes de Estesícoro[532], ni el tiempo ha borrado lo que otrora compuso Anacreonte; late todavía el amor y viven las pasiones de la muchacha eolia[533], confiados a los acordes de la lira.

No fue Helena de Lacedemonia la única en abrasarse de amor por los bien peinados cabellos de un libertino[534] ni en admirarse ante el oro que cubría sus vestidos, ante su atavío regio y su acompañamiento; ni Teucro[535] el primero en disparar flechas con arco cidonio; no una vez sola fue destruida Ilio[536]; no fueron únicos en librar combates dignos de ser recordados por las Musas el gran Idomeneo o Esténelo[537]; ni el fiero Héctor o el fogoso Deífobo[538] fueron primeros en recibir heridas graves combatiendo por sus púdicas esposas y sus hijos; muchos hombres valientes vivieron antes que Agamenón, pero a todos ellos, sin que nadie los llore y desconocidos, los abruma

---

529 Baco.
530 Cf. n. 464.
531 Simónides de Ceos (cf. n. 209).
532 Poeta lírico griego del siglo VIII a. C.
533 Safo.
534 Paris.
535 Cf. n. 55.
536 Anteriormente ya Troya había sido conquistada por Hércules.
537 Guerreros cretenses que participan en el asedio de Troya.
538 Hermano de Héctor.

el peso de una noche perpetua, puesto que carecen de sacro poeta que los cante.

Poca distancia media entre la virtud escondida y la pasividad sepultada.

No consentiré yo que pases sin galardón por mis escritos, ni que el lóbrego olvido, Lolio, consuma impunemente tantas hazañas tuyas. Tienes espíritu previsor del futuro y sereno, tanto en circunstancias prósperas como en las críticas, castigador del fraude avaro y desinteresado del dinero que todo lo arrastra hacia él; espíritu que ha sido cónsul no de un único año [539], sino que cuantas veces, juez honesto y leal, puso la honradez por delante del provecho, rechazó con mirada altanera los obsequios de los culpables y desplegó victorioso sus armas por medio de multitudes que le cerraban el paso.

Al que posee muchas riquezas, no le llamarías feliz con toda razón: más razonadamente se adueña de ese nombre quien sabe usar con sabiduría de los dones de los dioses y soportar la penosa pobreza, y teme la infamia más que la muerte, no medroso de morir por sus amigos queridos o por su patria.

## 10.

Oh tú, todavía cruel y poderoso por los dones de Venus: cuando el bozo inesperado venga a tu orgullosa presunción y los cabellos, que ahora flotan sobre tus hombros, hayan caído [540], y el color que ahora aventaja a la flor del bermejo rosal, transformándose, haya convertido a Ligurino en un rostro áspero [541], dirás: «¡ay!» —siempre que te veas distinto en el espejo—, «¿por qué no tuve cuando era niño el mismo juicio que tengo hoy o por

---

539 Quiere decir Horacio que Lolio, que había sido cónsul una sola vez (21 a. C.), tenía, por el contrario, un alma virtuosa, que actuaba como cónsul de sí mismo.

540 Al llegar a la edad madura era norma el cortarse los cabellos, que en la juventud se dejaban crecer.

541 Por la barba.

qué no regresan las mejillas imberbes a mis pensamientos de ahora?»

## 11.

Tengo un cántaro de vino albano que pasa ya del noveno año; tengo en mi huerto, Filis, apio para trenzar coronas y yedra en gran profusión con la que, si anudas tus cabellos, estarás deslumbrante. Mi casa sonríe con la plata; el altar, engalanado con sacro follaje, está deseoso de que lo salpique la sangre de un cordero inmolado; se apresura todo el personal: de un lado a otro corren muchachas mezcladas con mozos; agítanse las llamas haciendo rodar en espiras un humo negro. Mas, para que sepas a qué celebración se te invita, vas a festejar las Idus, día que divide en dos mitades a Abril, mes de la marina Venus; esta fecha es tradicionalmente festiva para mí y casi más sagrada que mi propio cumpleaños, puesto que a partir de ella mi querido Mecenas comienza a contar los años que le afluyen.

A Télefo, a quien tú pretendes, joven de distinta condición a la tuya, lo ha conquistado una muchacha rica y lujuriosa, y lo tiene atado con plácida cadena.

Faetón abrasado nos hace huir de esperanzas ambiciosas [542], y ejemplo triste ofrece el volador Pégaso, agobiado por el peso de Belerofontes, su jinete terrestre [543], para que tú persigas siempre lo digno de ti y evites tener esperanzas más allá de lo permitido, considerando ilícito lo que te es desigual.

---

542 El hijo del Sol, que para probar su filiación ante Épafo, que la había puesto en duda, quiso conducir el carro de su padre y fracasó en el intento. Júpiter lo fulminó. La leyenda la cuenta Ovidio al comienzo del libro II de las *Metamorfosis*.

543 Belerofontes, ufano de haber dado muerte a la Quimera, quiere llegar hasta el cielo volando sobre Pégaso, pero Júpiter aguijonea al caballo, que arroja a su jinete al suelo, y lo deja cojo; desde entonces el caballo pasó al servicio de la Aurora. El mito lo cuenta Píndaro en la ístmica VII.

Ea ya, meta de mis amoríos —pues no me encandilaré después de ti por ninguna mujer—, aprende los compases para repetirlos con tu amable voz: con el canto menguan las negras inquietudes.

12.

Ya el cortejo de la primavera, las brisas de Tracia[544], que sosiegan el mar, empujan las velas; ya ni los prados siguen helados ni rugen los ríos, hinchados de nieve invernal.

Sitúa su nido, llorando lacrimosamente a Itis, el ave infeliz y de la casa de Cécrope oprobio eterno por haber castigado cruelmente la salvaje lujuria de la realeza[545].

---

[544] Curiosamente no son aquí los Zéfiros o Favonios los asociados a la primavera, sino los vientos del Norte, a los que se llama tracios por atención a un punto de vista exclusivamente griego. Se trataría de los vientos Ornitios, llamados así porque coincidían con la llegada de los pájaros (en griego, *ornis*). El testimonio de Columela (XI, 2, 21) añade: «también entonces llega la golondrina», lo que nos orienta en la exégesis de los versos siguientes.

[545] La leyenda a la que aquí se alude es la de Tereo, Procne y Filomela. Tereo, rey de Tracia, casa con Procne, hija del rey ateniense Cécrope. Enamorado más tarde de su cuñada Filomela, a la que conducía a Tracia para visitar a su hermana, la viola, le corta la lengua y la encierra en unos establos. Pero Filomela logra comunicarse con su hermana por medio de una tela bordada y le cuenta lo sucedido. Procne la libera y ambas preparan la venganza contra Tereo. Matan a Itis, hijo común de Procne y Tereo, y se lo sirven al rey en un banquete. Cuando al final del mismo le muestran la cabeza y se percata de que ha devorado a su propio hijo, sale persiguiéndolas, y los dioses los transforman en aves: Tereo en abubilla, Procne en ruiseñor y Filomela en golondrina: así en las fuentes griegas. En las fuentes latinas, en cambio, se invierten las metamorfosis de Procne y Filomela, convirtiéndose la primera en golondrina y la segunda en ruiseñor. La razón probable de tal cambio quizá haya sido una falsa etimología de este último nombre (con e larga) que significa «amante de los establos» —aludiendo a la afición de las golondrinas por anidar en ellos— y que pudo confundirse con la forma con e breve, que quiere decir «amante del canto»: puesto que esta cualidad conviene más al ruiseñor que a la golondrina, se habría producido la inversión de papeles. Sin embargo, en toda la poesía latina se

Cantan sobre el tierno césped canciones al son de su zampoña los guardianes de las pingües ovejas, y deleitan con ello al dios al que place el ganado y las negras colinas de Arcadia [546].

La estación ha traído la sed, Virgilio [547]; pero si te dispones a beber un Líber prensado en Cales [548], oh tú, cliente de jóvenes nobles, pagarás el vino con perfume de nardo.

Un frasco pequeño de nardo hará salir el cántaro que reposa ahora en las bodegas de Sulpicio [549], pródigo para dar esperanzas nuevas y eficaz para borrar la amargura de las cuitas.

Si te apresuras a estos placeres, ven rápido con tu mercancía; no estoy yo dispuesto a rociarte con mi bebida,

---

sigue escandiendo la palabra con e larga. Ante la ambigüedad creada entre unos testimonios y otros, los poetas optan a veces —como aquí Horacio— por no arriesgar nombres, haciendo uso del procedimiento perifrástico, tan arraigado en su poesía: «ave infeliz y de la casa de Cécrope eterno oprobio», que tanto puede convenir a una como a otra hermana. Ahora bien, sea cual sea el nombre de la mujer que se metamorfoseó en el ave, aquí parece hacer referencia a la golondrina, que es la tradicional mensajera de la estación primaveral (cf. n. anterior).

546 Es el dios Pan. Estos versos constituyen una estampa bucólica muy semejante a las que nos ofrece Virgilio en sus *Églogas*.

547 ¿Se refiere aquí al poeta Virgilio? Teniendo en cuenta que Horacio lo aborda como a persona viva, ello nos obligaría a fechar la oda antes de la primavera del año 19, en que Virgilio marchó a Atenas para sólo volver moribundo y morir en Brindis a principios del otoño, datación que resultaría extrañamente temprana en el conjunto del libro IV (la cronología de las distintas piezas de este libro suele establecerse entre el año 17 y el 13, en que vio la luz). A pesar de tal inconveniente, la estampa bucólica, digna de las *Églogas* virgilianas, con que el poeta nos sorprende en la estrofa tercera, parece añadir verosimilitud a la propuesta de identificación: Horacio, al mencionarlo, tendría a bien hacer una citación de su obra, siguiendo una práctica extendida. La dificultad cronológica se salvaría entendiendo que Horacio, por simple convención literaria, fingiera vivo a Virgilio, muerto ya a la sazón.

548 Cf. n. 129.

549 Las grandes bodegas de Sulpicio Galba.

sin que tú traigas nada a cambio, como si fuera yo un rico en su opulenta mansión.

Pero deja de lado la tardanza y el afán de lucro, y acordándote, mientras es posible, de los lúgubres fuegos[550], mezcla con tu prudencia un poco de locura: es grato delirar cuando se ofrece la ocasión.

## 13.

Escucharon, Lice[551], los dioses mis deseos; los dioses escucharon, Lice: te haces vieja y, sin embargo, quieres parecer hermosa, y juegas y bebes desvergonzada, y borracha provocas al lánguido Cupido con tu canción temblorosa. Él pasa la noche arrimado a las mejillas hermosas de Quía, que está en la flor de la edad y sabe tocar la lira. Pues, altanero, deja atrás en su vuelo las encinas secas y te huye porque los dientes negruzcos, porque las arrugas y las nieves en la cabeza te afean. Y ni la púrpura de Cos ni las costosas gemas te devuelven ya el tiempo que el día volátil clausuró sepultándolo en los fastos conocidos.

¿A dónde se escapa, Venus, ¡ay!, o a dónde el color, a dónde el gracioso movimiento?, qué conservas de aquélla, de aquélla que inspiraba amores, que me había conquistado, dichosa después de Cínara y rostro célebre también por sus deliciosas habilidades? Pero a Cínara años escasos dieron los destinos, que habrían de conservar, en cambio, por largo tiempo a Lice hasta cumplir la edad de la vieja corneja, para que los jóvenes ardientes pudieran ver, entre risas sin cuento, su antorcha deshecha en cenizas.

---

550 De la pira funeraria. De modo que tenemos de nuevo el tema del *carpe diem:* incitación al goce a la vista de la muerte (cf. n. 217).

551 Este nombre de origen griego, que probablemente es fingido, tiene intención irónica sin duda. Significa «loba», y así se designaba a las meretrices entre los romanos.

## 14.

¿Qué disposición de los senadores o cuál de los quirites[552], con cargos repletos de honores, inmortalizará para siempre tus virtudes, Augusto, a través de inscripciones y de fastos que te recuerdan, oh tú, el más grande de los príncipes, por toda la extensión en que el sol ilumina las regiones habitables?

De ti aprendieron últimamente los vindélicos, ignorantes de la ley latina, cuál era tu poder en la guerra. Pues con tus soldados Druso[553] ha sometido a los genaunos, tribu turbulenta, a los veloces breunos y sus fortalezas levantadas sobre los Alpes amenazantes, enérgico en más de una sola ocasión.

Más tarde, el mayor de los Nerones[554] emprendió una dura campaña y, con auspicios favorables, derrotó a los feroces retos[555], digno de ser admirado en el combate marcial: con qué empuje hostigaba los pechos que se habían entregado a una muerte libre, casi como el Austro cuando bate las indómitas olas, mientras el coro de las Pléyades[556] desgarra las nubes, incansable en azuzar las mesnadas de los enemigos y en lanzar el caballo relinchante por medio del incendio. El tauriforme Áufido[557], que atraviesa los dominios de Dauno en Apulia, se arremolina, cuando se ensaña y se apresta para una horrible inundación sobre los campos cultivados, no de otro modo que Claudio cuando abatió con su fuerte acometida los batallones cu-

---

552 Ciudadanos romanos.

553 El celebrado en la oda 4 de este mismo libro. Aquí se alude a la continuación de sus campañas, con la derrota de genaunos y breunos, pueblos alpinos.

554 Alude a Tiberio, hermano de Druso. Se recurre a la perífrasis, en este caso probablemente por una razón métrica: el nombre *Tiberius,* con la sucesión inicial de tres sílabas breves, no podía entrar en el esquema de estos versos.

555 Pueblos que habitaban el actual Tirol.

556 Constelación, cuyo ocaso en el mes de Noviembre coincide con el mal tiempo. Según la leyenda, son las siete hijas de Atlas y Pleíone, que, perseguidas por Orión, fueron transformadas en palomas y luego en estrellas.

557 Cf. n. 464.

biertos de hierro de los bárbaros y, segando a los de vanguardia y retaguardia, dejó cubierto el suelo, vencedor sin sufrir daños; tú le proporcionabas las tropas, tú el designio y los propios dioses tuyos, pues a ti, desde el día en que Alejandría suplicante te abrió su puerto y su palacio vacío[558], al cabo del tercer lustro, la próspera Fortuna te recompensó con el feliz desenlace de la guerra, y concedió la gloria y el honor deseado a tus campañas concluidas.

Te admira el cántabro, antes invencible, el medo y el indo; te admira el errante escita, oh defensor presente de Italia y de la soberana Roma. A ti el Nilo, que oculta el origen de sus fuentes, y el Istro[559]; a ti el rápido Tigris y el Océano, habitado por monstruos, que ruge cabe a los remotos britanos; a ti la tierra de la Galia que no tiene miedo a la muerte, y de la áspera Iberia, te escuchan; a ti los sigambros[560], que se recrean en la matanza, depuestas sus armas, te respetan.

## 15.

Cuando quería yo hablar de batallas y ciudades vencidas, Febo, haciendo sonar su lira, me amonestó para que no desplegara velas pequeñas por el mar Tirreno[561].

Tu edad, César, nos ha traído fecundas cosechas a los campos; restituyó también a nuestro Júpiter las enseñas arrebatadas a las puertas soberbias de los partos y cerró el templo de Jano Quirinal[562], libre de guerras; puso fre-

---

558 Después de la victoria de Accio y del suicidio de Cleopatra.

559 Hoy el Danubio.

560 Cf. n. 485.

561 Una forma de *recusatio* muy similar a la que aparece a comienzos de la égloga VI de Virgilio. La metáfora náutica para la poesía es tradicional. Quiere decir el poeta que el dios le aconsejó no encerrar temas heroicos en el estrecho molde de las formas líricas.

562 Normalmente en lugar de esta designación aparece la de Jano Quirino. Su templo se abría en época de guerra y se cerraba en tiempo de paz.

no además al libertinaje que andaba fuera del recto orden, ahuyentó los delitos y reinstauró las viejas costumbres, merced a las cuales el nombre latino y el poderío de Italia, así como su fama y la erguida majestad de su soberanía, se extendieron desde la madriguera occidental del sol hasta su levante.

Siendo César el guardián del estado, ni el tumulto o la violencia de los ciudadanos pondrá fin a la paz, ni la cólera, que forja espadas y lleva discordia a las desgraciadas ciudades. No quebrantarán los edictos julios quienes beben en el profundo Danubio, ni los getas, ni los seres o los traidores persas, ni los nacidos junto al río Tánais.

Y nosotros, en días laborables y días festivos, entre los dones del riente Líber, tras invocar previamente a los dioses según el rito, acompañados de nuestros hijos y nuestras esposas, cantaremos según costumbre ancestral a los caudillos que actuaron valientemente —asociando nuestro canto a la música de flautas lidias—, a Troya y a Anquises y al linaje de la nutricia Venus.

¡Oh Febo y Diana, soberana de los bosques, gloria brillante del cielo[563], oh siempre venerables y venerados!, concedednos lo que os pedimos en el tiempo sagrado, tiempo en que los versos sibilinos[564] aconsejaron que escogidas doncellas y castos donceles dijeran un canto a los dioses a los que pluguieron las siete colinas[565].

¡Nutricio sol que con fulgente carro sacas el día y lo escondes, y naces otro y el mismo!, nada puedes contemplar más ilustre que la ciudad de Roma.

¡Ilitía[566], que sabes sin dolor según las reglas abrir los partos maduros!, protege a las madres, ya si consien-

---

563 Se refiere esta aposición tanto a Febo como a Diana; ambos, identificado el uno con el sol y la otra con la luna, son «gloria brillante del cielo».

564 En los versos sibilinos —una porción de los cuales relativos a la presente cuestión nos ha conservado Zósimo (II, 5)— se establecían las normas para la celebración de los juegos seculares.

565 Las siete colinas sobre las que se asentaba Roma eran éstas: Quirinal, Viminal, Capitolio, Esquilino, Palatino, Celio y Aventino.

566 O Lucina: una de las identificaciones de Diana (cf. n. 427).

tes en que se te invoque como Alumbradora, ya si como Engendradora: ¡oh diosa!, saca adelante a nuestra prole y haz prosperar los decretos senatoriales sobre el casamiento de las mujeres y sobre la ley matrimonial, fecunda en retoños nuevos [567], para que la fijada rueda del tiempo, al cabo de diez veces once años [568], traiga de nuevo canciones y juegos tres veces en número durante el claro día y otras tantas en la noche plácida.

Y vosotras, Parcas, veraces al vaticinar lo que ya una vez se dijo [569] (¡y ojalá que el firme término de los eventos se mantenga fiel a ello!), añadid destinos propicios a los ya cumplidos.

Fecunda la tierra en frutos y ganado, obsequie a Ceres con una corona de espigas; alimenten a las crías las aguas salutíferas y las brisas de Júpiter.

Guardado tu dardo, Apolo, escucha, afable y sereno, a los jóvenes que te suplican; reina bicorne de las estrellas, Luna, escucha tú a las muchachas.

Si Roma es obra vuestra y las tropas ilíacas se adueñaron del litoral etrusco —después que un grupo de ellas recibiera la orden de mudar de lares y de ciudad en travesía propicia, grupo a quien el pío Eneas, sobreviviendo a su patria, protegió en su libre marcha, sin que sufriera menoscabo, a través de las llamas de Troya, destinado a porcurarles más de lo que habían dejado [570]—, dad costumbres sanas, dioses, a la dócil juventud; descanso, dio-

---

567 Se trata de la *Lex Julia de maritandis ordinibus,* votada en los comicios en el 18 a. C.: favorecía el matrimonio, concediendo privilegios a los padres de familia.

568 Cf. n. 470. Los juegos seculares se celebraban cada ciento diez años.

569 Las Parcas son las diosas del destino o *fatum.* Esta palabra etimológicamente es el participio pasado neutro del verbo *for* y significa propiamente «lo que antaño se dijo», de modo que la expresión horaciana *quod semel dictum est* no es sino una perífrasis para referirse al destino.

570 Se resume aquí la leyenda que constituía el argumento de la *Eneida,* obra que por entonces Virgilio ya debía tener muy avanzada.

ses, a la plácida vejez; y al pueblo romano, riqueza, descendencia y todo tipo de honores.

Y lo que os suplica con el sacrificio de bueyes blancos el ilustre vástago de Anquises y Venus [571], consígalo, superior como es a su contrincante en la guerra y clemente con el enemigo postrado a sus pies.

Ya el medo teme sus manos poderosas por mar y por tierra, y las segures albanas; ya los escitas, soberbios hasta hace poco, y los indos, solicitan su consejo. Ya la Fidelidad, la Paz y el Honor, la Vergüenza de antaño y la Virtud olvidada se atreven a volver, y aparece la Abundancia, opulenta con su cuerpo rebosante [572].

Y si Febo, el augur, el adornado con su arco refulgente, el bienquisto de las nueve Camenas, el que con su ciencia medicinal sana los miembros enfermos del cuerpo, contempla benévolo los altares del Palatino y hace durar durante otro lustro y durante un período de tiempo cada vez más venturoso la prosperidad del estado romano y del Lacio, y la que habita en el Aventino [573] y el Álgido [574], Diana, se ocupa de los ruegos de los quindecénviros [575] y presta oídos amables a las súplicas de los muchachos, volvemos a casa con la esperanza feliz y segura de que Júpiter y los dioses todos están en ello de acuerdo, nosotros, coro instruido en cantar las glorias de Febo y Diana.

571 Augusto, descendiente de Eneas por vía de Julo, hijo de este último y de Lavinia, quien daría nombre a la familia de los Julios. Siendo Eneas hijo de Venus y Anquises, resultaba ser Augusto de linaje divino.

572 Cf. n. 115.

573 Donde Diana tenía un templo.

574 Donde desde antiguo se daba culto a la diosa (cf. n. 132).

575 Eran los sacerdotes encargados de la custodia e interpretación de los oráculos sibilinos.

# Fechas en la vida de Horacio

| | |
|---|---|
| Año 65 a. C. | Nace Horacio. |
| 63 | Nace Octavio. Conjuración de Catilina. |
| 60 | Constitución del llamado «primer triunvirato» (César, Pompeyo y Craso). |
| 53 | Derrota de Craso en Carras por los partos. |
| 49 | César pasa el Rubicón. Guerra civil entre César y Pompeyo. |
| 48 | Victoria de César en Farsalia. |
| 45 | Llega Horacio a Atenas. |
| 44 | Asesinato de César. |
| 43 | Guerra de Módena. Constitución del segundo triunvirato (Octavio, Antonio y Lépido). Proscripciones y muerte de Cicerón. Nacimiento de Ovidio. |
| 42 | Victoria de los cesarianos en Filipos. Horacio entre los derrotados. |
| 39 | Presentación de Horacio a Mecenas. |

37 Viaje a Bríndisi con ocasión de la conferencia de Tarento.

36 Derrota de Sexto Pompeyo en Nauloco.

35 Publicación del primer libro de *Sátiras*.

31 Victoria de Octavio en Accio sobre Marco Antonio y Cleopatra.

30 Publicación del libro II de las *Sátiras* y del libro de los *Epodos*.

27 Fin de la ilegalidad revolucionaria. Octavio recibe el título de Augusto.

23 Publicación de los tres primeros libros de *Odas*.

20 Publicación del primer libro de *Epístolas*.

19 Mueren Virgilio y Tibulo.

17 Celebración de los Juegos Seculares. *Canto Secular*.

15 Publicación del libro II de las *Epístolas*.

13 Publicación del libro IV de las *Odas*.

8 Muere Mecenas. Muere Horacio.

# Índice de nombres propios

# Indice

